

CHATEAUBRIAND



LOS CUATRO ESTUARDOS

783

3

R. C.

DATE
.5
Ch3



1020025020

Covarrubias
BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LOS CUATRO ESTUARDOS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDOS

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

098941

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES
calle del Principe núm. 4.

1854.

29860

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

9(41)

LOS CUATRO ESTUARDOS.

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

DA 783

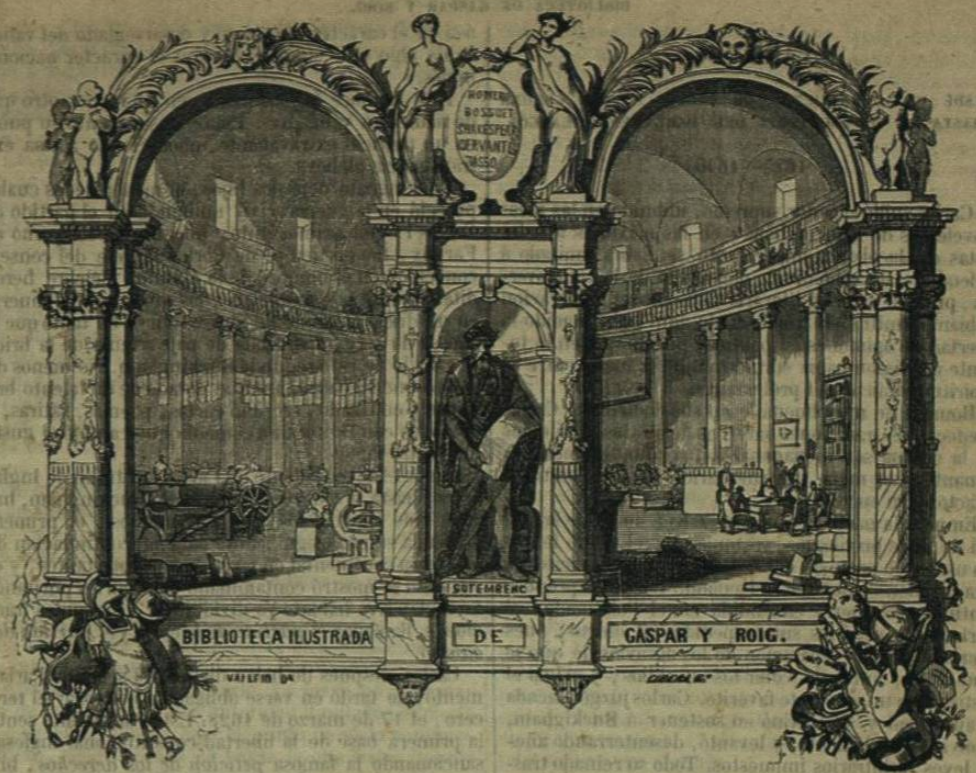
c 5
Ch 3



FONDO RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES



LOS CUATRO ESTUARDOS.

JACOBO I.

1603. — 1625.

Es indudable que en 1603 nacieron en la Gran-Bretaña, al advenimiento de Jacobo I, muchos individuos que fallecieron en 1688, á la caída de Jacobo II; así es que todo el reinado de los Estuardos en Inglaterra no fue mas largo que la vida de un hombre de edad avanzada, habiendo bastado ochenta y cinco años para la completa desaparicion de los cuatro monarcas que subieron al trono de Isabel, con la fatalidad, las preocupaciones y las desgracias que pesaron sobre su raza.

Jacobo, á imitacion de muchos principes devotos, fue manejado por favoritos; pero mientras defendia con la pluma el derecho divino, abandonaba el cetro á Buckingham, que abusaba del derecho político; este valido ostentaba los vicios del poder real, con cuyas virtudes se adornaba el monarca. Es harto comun que los principes deleguen el poder á un ministro cuyá indignidad conocen, y que, intentando imitar á Dios, cuya imagen se llaman, tengan el orgullo de crear algo de la nada.

Jacobo espiró sin violencia en el lecho de su mujer que habia dado muerte á María de Escocia, á esa no-

ble Maria, que segun una tradicion, lizo á su verdugo gentil-hombre ó caballero; á esa hermosa viuda de Francisco de Francia, que deseaba ver su cabeza cortada con una espada á la francesa, segun refiere Estéban Pasquier. *El verdugo mostró la cabeza separada del cuerpo, dice Pedro de l'Estoile; y cayendo en aquel momento al suelo el prendido, se echó de ver que las pesadumbres habian dejado calva á esta pobre reina de cuarenta y cinco años, despues de una prision de diez y ocho.* Pero Jacobo no dejó de trabajar por establecer los principios que debian producir el trágico fin de Carlos I, y murió temblando siempre entre la espada que le habia amenazado en el vientre de su madre, y la cuchilla que debia caer sobre la cabeza de su hijo. Su reinado no fue otra cosa que el espacio que separó los dos cadalsos de Fortheringay y de Whitehall: espacio oscuro en que desaparecieron Bacon y Shakespeare.

Jacobo fue un autor que no careció de mérito. Su *Basilicon Doron*, que sirvió de modelo al *Eikon Basilike*, encerraba esta leccion, tan inútil para su hijo Carlos: «Aleja de tí los hombres que tienen un interés en ocultarte las necesidades de tus súbditos, para mantenerte en la dependencia, y que presentando siempre al soberano las quejas públicas como actos sediciosos, dan á las lágrimas de los pueblos los nombres de desobediencia y rebelion.»

CARLOS I.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE CARLOS I A LA CORONA
HASTA LA CONVOCATORIA DEL PARLAMENTO LARGO.

1625—1640.

Carlos subió al poder supremo, imbuido en las ideas novelescas de Buckingham y en las máximas absolutistas de Jacobo I; empero este se había limitado a defender el derecho divino por medio de la controversia, pues su vanidad literaria y su natural moderación habían permitido la réplica; de aquí había nacido la libertad de opiniones en política, puesto que en lo tocante a religión había surgido ya de la lucha entre el espíritu católico y el protestante.

Hombre de muy buena fe en sus doctrinas, Carlos obedecía las tradiciones paternas de que los privilegios de la corona son inalienables, y que el monarca reinante, su mero usufructuario, debe transmitirlos intactos a su sucesor.

Empero la nación, que empezaba a dudar de la latitud de estos privilegios, sostenía que el trono le había usurpado parte de ellos. Los primeros indicios de esta división se dejaron ver cuando Carlos se propuso continuar la guerra encendida en el Palatinado: el Parlamento negó las sumas pedidas al efecto, pues quería obtener la reparación de los agravios de que se lamentaba, antes de votar los subsidios, y exigía el destierro de un insolente favorito. Carlos juzgó atacada su autoridad y se obstinó en sostener a Buckingham, disolvió el Parlamento, y levantó, desenterrando añejas leyes, arbitrarios impuestos. Todo su reinado transcurrió en este mismo espíritu.

Grandes fueron sus esfuerzos para gobernar sin el concurso del Parlamento; pero la saludable necesidad de la monarquía representativa, necesidad que impone al príncipe un ejercicio templado del poder, para conseguir la recaudación tranquila de las contribuciones, atraía forzosamente la corona al principio constitucional. Cuanto más a su capricho había obrado el rey, tantas más garantías se le reclamaban; así es que cedía ó se estralimitaba de nuevo, pero sus concesiones y sus demasías daban siempre por resultado el reconocimiento de algunos derechos.

En medio de este conflicto se formaron eminentes talentos, se trazaron los límites de diferentes poderes, se desenmarañó el caos político, vislumbráronse muchas verdades a través de muchas pasiones, y cuando estas se disiparon, subsistieron aquellas.

Buckingham, el valido de Jacobo I, que turbó los primeros años del reinado de Carlos I, es más notable en la historia pasada de lo que será en la futura, porque no se enlaza con ningún gran movimiento del espíritu humano, ni con ningún gran vicio ó virtud, en la cadena moral de los hechos.

Era Buckingham hombre pródigo, disoluto, de hermosura sin expresión, de orgullo desmedido y de limitado y caprichoso espíritu; uno de esos hombres en quienes predomina la materia, y cuyo espíritu subyugan la carne y la sangre. Este favorito se conceptuaba un general, no siendo sino un soldado. Fanfarrón de galantería en la corte de España, insolente en sus pretensiones de amor en la de Francia, y acaso en la de Inglaterra, suponía triunfos que no había alcanzado.

No obstante, es digno de atención que Buckingham desafiase impunemente a Richelieu, y que aquellos terribles parlamentarios que algún tiempo después hicieron subir al cadalso a Strafford, hombre eminente, sufriesen, aunque acusándole, las insolencias de un cortesano vulgar. Consiste esto en que los hombres perdonan más fácilmente al poder que al genio; y queda por averiguar si Richelieu despreció a un aventurero,

ó si en el carácter imperioso y desarreglado del valido había algo que simpatizaba con el carácter nacional inglés.

Este hombre fue asesinado en 1628 por otro que de nadie era vengador: Felton ensangrentó su puñal en un patricio extravagante, obedeciendo a una extravagancia plebeya.

Buckingham dejó dos hijos, el menor de los cuales pereció en la guerra civil militando en el partido de Carlos I; y el primogénito, que llegó a ser yerno de Farfax, fue en tiempo de Carlos II jefe del consejo conocido con el nombre de la *Cábala*. Célebre hereditariamente por su afición a las mujeres, dió muerte en un duelo al conde de Shrewsbury, en tanto que la esposa de este, disfrazada de paje, tenía de la brida el caballo de este segundo Buckingham. No menos disoluto que su padre, aunque dotado de un talento brillante y cultivado, escribió cartas, poemas, sátiras, y compuso con Butler una comedia que cambió el gusto del teatro inglés.

Desde el advenimiento de Carlos I al trono de Inglaterra, hasta la muerte del duque de Buckingham, habían sido convocados tres parlamentos: el primero votó una suma insignificante para la continuación de la guerra continental en favor de los protestantes, y el segundo se mostró contaminado del espíritu puritano. La Inglaterra habíase ya dividido en dos grandes fracciones, llamadas el *partido de la corte* y el *partido del campo*.

Carlos, después de haber disuelto el segundo Parlamento, no tardó en verse obligado a convocar el tercero, el 17 de marzo de 1628. Este Parlamento sentó la primera base de la libertad constitucional inglesa, sancionando la famosa *petición de los derechos*, bill encaminado a precisar las atribuciones de la corona, en virtud de los principios consignados en la gran Carta. Los Comunes se enorgullecieron hasta el extremo con esta victoria, y después de varias escenas de violencia en que algunos diputados llegaron a vías de hecho, el rey se vió precisado a prescindir de su concurso.

Asesinado Buckingham y disuelto el tercer Parlamento, transcurrieron doce años sin convocar otro. El consejo de Carlos se componía a la sazón de ministros que presentaban un extraño contraste de mérito y de ineptitud.

El guarda-sellos sir Tomás Coventry, reunía a una vasta erudición una elocuencia sencilla y la ciencia de los negocios; pero su carácter íntegro carecía de ese calor que crea amigos y de esas pasiones que forman discípulos. Viéndose, pues, poco apoyado en la corte, vió cundir el mal sin dar noticia de sus progresos a su señor; y, según dice Clarendon, «tuvo la fortuna de morir en un tiempo en que todo hombre honrado hubiera deseado abandonar la vida.»

Sir Ricardo Weston, primer lord de la Tesorería, había mostrado en una clase humilde un talento y un valor que le abandonaron en el pináculo del poder: altanero y cobarde, y tan propenso al insulto como a temblar delante del insultado, no legó a su familia otra cosa que la indigencia y el infortunio.

El conde de Pembroke se distinguía por sus virtudes, por su genio y por cierta gracia particular, y solo se le acriminó su pasión por las mujeres; pasión a que sacrificó un tiempo que hubiera debido consagrar al alivio de las calamidades de su país.

Una gallarda presencia y su destreza en la caza habían asegurado en la corte la posición del conde de Montgomery, hombre que hubiera pasado desapercibido en tiempos normales. La medianía de este ministro fue objeto de severos cargos contra Carlos, porque en las revoluciones se considera un crimen en los reyes el no rodearse de hombres capaces de elevarse a la altura de las circunstancias.

El conde de Dorset debía a la naturaleza un talento

ameno y una profunda sabiduría; dotes que le granjearon un brillo igual en la cámara de los Comunes y en la hereditaria; pero por desgracia su impetuoso carácter le arrastró a los excesos. Aunque valiente y entusiasta, prodigó su tiempo a galanteos sin honor, y su sangre a combates sin gloria.

La privanza no sirvió al conde de Carlisle sino de medio de gozar de los placeres; y si bien tenía un talento natural para la dirección de los negocios, nunca hizo uso de él. Murió en la indolencia, sin haber sido herido por la tormenta que oyó bramar a lo lejos.

Adulador de Carlos en la prosperidad, lord Holland le abandonó en el infortunio: bajeza vulgar común a las almas mezquinas; este hombre llegó a ser uno de los bota-fuegos del Parlamento, pues cuando las facciones empiezan, escogen al acaso sus caudillos, y arrojan luego al abismo los monos que habían tomado por hombres.

Por último, el arzobispo de Cantorbery cierra la lista de los consejeros de Carlos, en los tiempos anteriores a los disturbios. Este prelado desplegó en la corte una inflexibilidad de carácter que le hizo incapaz de amoldarse a las circunstancias; por lo que, aborrecido de los grandes, cuyas intrigas y costumbres despreciaba, no tuvo otros medios de sostenerse que la autoridad de una vida santa y la fama de una integridad llevada hasta la rudeza. Y del mismo modo que se había negado a doblegarse ante los magnates, se opuso a los excesos del pueblo, pasando de la persecución de las intrigas a la proscripción de las revoluciones.

Apoyado en este ministerio, Carlos reinó por espacio de doce años con una autoridad ilimitada; es cierto que no abusó de ella bajo el punto de vista administrativo, pero buscaba en teoría lo que había llegado a ser imposible en práctica, es decir, una monarquía absoluta. Muy fácil es el tránsito del gobierno absoluto al gobierno arbitrario, pues el absolutismo es la tiranía de la ley, y la arbitrariedad la tiranía del hombre.

Si la Inglaterra hubiera querido sufrir un impuesto, entonces módico, hubiera vivido bajo un despotismo tolerable, pues Carlos tenía virtudes domésticas, denudedo, moderación y probidad; pero se analizaban todos sus actos con la ley en la mano, y se hallaba que podían ser buenos, mas no legales; así es que una sola resistencia daba por resultado el empleo de la fuerza y un escándalo. A falta del poder parlamentario, los consejeros del monarca suscitaron el poder de la cámara Estrellada, fatal auxiliar de la corona.

La sentencia expedida en 1636 contra Hampden por no haber querido someterse al impuesto del *Sihymony* agitó más hondamente los ánimos; y mientras esto ocurría, una conmoción religiosa trastornaba la Escocia. Merced a ese misterioso concurso de circunstancias que produce la renovación de los imperios, el pueblo de Escocia y el de Inglaterra se inclinaban al puritanismo en el momento mismo en que los obispos querían hacer triunfar la Iglesia anglicana, y pretendían introducir una parte de la pompa católica.

La nueva liturgia fue rechazada en 1637 en Edimburgo, y la multitud gritaba: ¡El papa! ¡el papa! ¡el anticristo! El reino se sublevó y el *covenant* quedó firmado.

Y no obstante, de este acto fanático, místico é ininteligible, que expresaba en una gerigonza bárbara las ideas más mezquinas, brotaron la libertad, la tolerancia y la civilización constitucional de Inglaterra. No de otro modo salió de los horribles comites de 1793 el pacto de la nueva monarquía francesa. Toda perturbación política se funda en una verdad que sobrevive. Por lo regular, esta verdad está confusamente envuelta entre palabras salvajes y hechos atroces; pero en los grandes cambios de los Estados, las palabras y las acciones pasan, en tanto que el hecho político y moral que resulta de una revolución es toda la revolución. Cuando esta aborta es porque ha sido inten-

tada demasiado pronto ó demasiado tarde, es decir, mas acá ó mas allá de la época en que hubiera hallado los hombres y las cosas en el grado de madurez adecuado a su fructificación.

Una asamblea general de la nación escocesa sucedió a las primeras conmociones de Edimburgo. El episcopado fue abolido en 1638, y empezaron los reclutamientos para sostener las opiniones con soldados.

Sir Tomás Wentworth, miembro del tercer parlamento, había provocado eficazmente en él la famosa *petición de los derechos*; pero, una vez establecido el fundamento de la independencia constitucional, Wentworth se declaró el sosten de la prerogativa real atacada, así como había sido el defensor de las libertades populares escarnecidas. Carlos lo había nombrado par de Inglaterra y virey de Irlanda. Este monarca, en las difíciles circunstancias políticas en que se vió envuelto, consultó al nuevo lord Wentworth, quien dió a su soberano consejos enérgicos. Mas ¿de qué sirve recomendar la fuerza a la debilidad?

Aunque en toda revolución hay siempre algunos momentos en que nada parece más fácil que detenerla, es tal la condición humana y tan extraña la combinación de las cosas, que nunca se aprovechan esos propicios momentos. En vez de resistirse, el mismo Carlos hizo un *covenant*, como Enrique III había formado una liga. Los *covenantarios* escoceses calificaron de *satánico* el *covenant* del rey; y esto, después de algunas inútiles concesiones, reunió tropas; lord Wentworth le suministró recursos pecuniarios, y podía poner a sus órdenes un segundo ejército; así, cuando solo se trataba de avanzar, Carlos retrocedió, y concluyó una tregua el 17 de julio de 1639, cuando contaba segura una victoria.

Los escoceses no tardaron en empuñar de nuevo las armas; lord Wentworth, creado conde de Strafford quería llevar la guerra al corazón del país rebelde, y que se reuniese un parlamento inglés; pero Carlos solo siguió la mitad de este consejo.

Hubiera podido creerse que este cuarto parlamento, reunido después de un interregno de doce años, estaría en justas quejas; sin embargo, lord Strafford lo dirigió con tanta habilidad, que los Comunes se mostraron al principio bastante dóciles. Estaban fraccionados en tres partidos: los amigos del rey, los partidarios de la monarquía constitucional, y los puritanos, quienes aspiraban a un cambio radical en las leyes y en la religión del Estado; estos tres partidos estuvieron no obstante a punto de reunirse para votar los subsidios; pero la traición del secretario de Estado, sir Enrique Vane, favorito de la reina, lo desconcertó todo.

El rey y el parlamento, igualmente engañados por este ministro, se creyeron involucrados cuando se entendían; y Carlos, que con su habitual precipitación imaginó que iban a serle negados los subsidios, hizo por última vez uso de una prerogativa de que tanto había abusado, disolviendo el 5 de mayo de 1640 este cuarto parlamento, que debía ser seguido de la asamblea que a su vez dió en tierra con la corona.

Los escoceses, que cediendo a las instigaciones de los puritanos, habían invadido de nuevo la Inglaterra, sorprendieron las tropas del rey en Newborn. Habiendo llegado Carlos a York, con objeto de rechazar a los escoceses, reunió un gran consejo de Pares, y le declaró que la reina deseaba la reunión del quinto parlamento.

Detengámonos aquí para hablar de esta reina, cuya influencia fue tan grande en el destino de su esposo Carlos I, y en el de su hijo Jacobo II.

ENRIQUETA MARIA DE FRANCIA.

Sexto vástago y tercera hija de Enrique IV, Enriqueta María nació el 25 de noviembre de 1609, seis meses antes del asesinato de su padre, y murió veinte años después del de su marido. Sostuvo en las fuentes bautismales el nuncio que fue andando el tiempo, el papa Urbano VIII, y el 11 de mayo de 1625 se casó con Carlos, rey de Inglaterra: el contrato matrimonial, extendido en presencia del papa, contenía cláusulas favorables á la religión católica. Enriqueta María llegó á Inglaterra con las instrucciones de la madre María Magdalena de San José, religiosa carmelita, y bajo la dirección del padre Berullo, acompañado de doce clérigos de la nueva congregación del Oratorio, quienes después de su regreso á Francia, fueron reemplazados por otros tantos capuchinos. Nada podía ser más fatal á Carlos I que esta unión católica, por otra parte tan noble, en el siglo del fanatismo puritano. El odio popular se pronunció desde luego contra la reina, y se reflejó en el rey.

Imposible es hoy penetrar en el secreto de las razones que dirigieron la conducta de Enriqueta María al estallar las turbulencias políticas de la Gran-Bretaña, pues le vemos inclinarse al interés parlamentario hasta el momento de la explosión de la guerra civil; proteger á sir Enrique Vane, que había malquistado al rey con el cuarto parlamento; pedir la convocación del parlamento Largo que llevó al patíbulo á Carlos; arrancar á este la confirmación de la sentencia expedida contra Strafford; y en virtud de su protección, el consejo del monarca se llenó de enemigos ó de adversarios de la corona.

¿Se hallaba Enriqueta María en desacuerdo doméstico con el rey, como aseguraban los parlamentarios? Bossuet dejó traslucir algo acerca de una división secreta entre ambos esposos. Dios, dice, había cifrado para el rey de Inglaterra grandes encantos en la extraordinaria hermosura de la reina; y como esta poseía todo su cariño, las nubes que al principio se habían dejado ver, no tardaron en disiparse, etc.

Ninguna duda cabe hoy relativamente al género de ejecución que reinó momentáneamente entre Carlos y Enriqueta María: educada esta en una monarquía absoluta, en una religión cuyo principio es inflexible, en una corte donde se tolera todo á las mujeres, y en un país cuyo carácter nacional es ligero y variable, Enriqueta se mostró desde luego como un niño caprichoso, que pretendió hacer predominar á la vez su voluntad, su religión y sus inclinaciones. De los clérigos, las mujeres y los nobles que formaban su séquito, unos querían practicar su culto en todo su esplendor, mientras otros pugnaban por establecer sus modas y se mofaban de las costumbres de una corte bárbara. Carlos, abrumado por estas disensiones, envió á Francia la comitiva de la reina, de cuya conducta se queja en estas instrucciones remitidas á la corte francesa, con fecha de 12 de julio de 1626. Oigámosle:

«El rey de Francia y su madre no ignoran las desavenencias y disgustos que ocurren entre mi esposa y yo; todo el mundo sabe que las he sufrido hasta el día con mucha paciencia, creyendo siempre y esperando que las cosas mejorarían de aspecto, porque la reina es muy joven, y todo procede, no de sus propias inclinaciones, sino de los siniestros y perversos consejos de los que la rodean. En efecto, cuando me trasladé á Douvres para recibirla, no podía esperar más muestras de respeto y de cariño que las que me dió en tal ocasión. Lo primero que me dijo fue que siendo joven y viniendo á un país extraño, cuyas costumbres ignoraba, podría incurrir en muchos errores; por lo cual me pedía no me enfadase con

nella por las faltas que cometiese por ignorancia, hasta que le diese las instrucciones necesarias para evitarlas.... Pero no ha cumplido su palabra. Poco después de su llegada, madama de San Jorge.... enemistó de tal modo conmigo á mi mujer, que puede decirse que desde entonces no se ha conducido dos días consecutivos con las atenciones que la he merecido....

«No me tomaré la molestia de detenerme en hablar de muchas pequeñas omisiones, como por ejemplo del cuidado con que huye de mí, pues llega esto á tal grado, que cuando tengo que hablarle de algún asunto, me es preciso dirigirme primero á las personas de su comitiva, pues de lo contrario estoy seguro de recibir un desaire; su poca aplicación al estudio del inglés, y sus escasos miramientos á la nación en general. Paso asimismo en silencio la afrenta que me hizo antes de dirigirme á la última y funesta sesión del Parlamento, sobre lo cual tanto se ha hablado, y en Francia teneis á la vista al autor.... Después de haber sufrido tanto tiempo con paciencia los pesares que recibo de la mujer que debería ser mi mayor consuelo, no puedo tolerar por más tiempo á su rededor á los que fomentan sus caprichos y se animan contra mí; y debería alejarlos de ella aun cuando no fuese sino por la sola razón de haberla comprometido á ir á Tiburn, por motivos de devoción.»

No puede, por consiguiente, atribuirse la falta de armonía de Carlos y Enriqueta sino á una especie de incompatibilidad de carácter entre ellos. Si el tiempo y la adversidad la debilitaron, la vida de Carlos no fue bastante larga para que desapareciese por entero. Carlos era de carácter benigno, fácil y afectuoso, al paso que su esposa era dominante, y aun se advertía que miraba con cierto desprecio la debilidad de aquel. Era además encantadora; pero aunque nacida en una corte en que á la verdad no abundaban las virtudes austeras, ni aun los republicanos se atrevieron á calumniar sus costumbres. Tenemos retratos de ella, trazados por Kensington, por Hellis y por Howell. Uno de los historiadores franceses de su vida nos la pinta así, en el momento de su matrimonio: «No había cumplido aun diez y seis años; su estatura era mediana, pero bien proporcionada; su tez fresca y suave, su rostro largo, sus ojos grandes, negros, de apacible mirar, vivos y brillantes; su cabello negro, sus dientes hermosos; su frente y nariz grandes, pero bien formadas; su aspecto distinguido, sus facciones delicadas, y en toda su persona se advertían cierta nobleza y magestad. De todas las princesas sus hermanas, era la que más se parecía á su padre Enrique IV, pues tenía como éste el corazón elevado, magnánimo, intrépido, lleno de ternura y benevolencia al paso que su talento ameno y agradable se asociaba á los padecimientos ajenos, y compadecía los males de todos.»

Los historiadores ingleses la pintan de pequeña estatura y morena, pero notable por la hermosura de sus facciones y sus elegantes modales.

Amábala Carlos apasionadamente; pero parece que ella no le correspondía en igual grado; y no obstante, mientras él no le mostraba inquietud alguna, ella se le quejaba y parecía un poco zelosa. En las cartas del monarca, impresas por orden del Parlamento, traspara el más tierno sentimiento de amor á Enriqueta.

El 13 de febrero de 1643 le decía: «Nunca había conocido tan á fondo como ahora cuan ventajoso es algunas veces ignorar, porque no he sabido los peligros que has corrido en el mar por la violencia de la tempestad, hasta que adquirí la certidumbre de que por fortuna te habías librado de ellos.... El susto que estos peligros me han causado no se calmará hasta que haya tenido la alegría de verte, porque no ves á mis ojos el menor de mis infortunios el que has corrido por mí tan gran riesgo, en lo cual me

has manifestado tanto amor, que no hay cosa en el mundo con que pueda pagártelo, y aun menos con palabras; pero mi corazón está tan henchido de ternura y de tan apasionada impaciencia hacia tí, que no he podido dejar de decirte algunas, dejando á tu noble corazón el cuidado de adivinar el resto.»

En Oxford le escribía el 2 de enero de 1645: «Al leer la carta que recibí ayer, me causó gran sorpresa ver que te quejas de mi descuido en escribirte.... Nunca he desperdiciado ocasión de participarte todo lo que me ocurría. Si no tienes la paciencia de hacerme superior á juicios desfavorables á mis acciones, hasta que te haya explicado los verdaderos motivos de ellas, te expondrás á cada paso á tener la doble pesadumbre de entristecerte por falsos informes, y de haberles dado fácil asenso. No me ames sino en cuanto me veas seguir los principios que conoces en mí.»

El 9 de abril del mismo año le escribe desde el citado lugar: «Te reñiría un poco si reñirte pudiese porque te alarmas demasiado. Te suplico pienses, puesto que te amo más que á cuanto existe en el mundo y que mi satisfacción está inseparablemente unida á la tuya, si es posible que todas mis acciones no tengan por objeto servirte y complacerte.... La costumbre de tratarte me ha hecho bastante descontentadizo: pero esto no es una razón para que me compadezcas menos, puesto que tú eres el único remedio á este mal. El objeto de todo esto es pedirte que me consueles con tus cartas con la posible frecuencia. ¿Crees acaso que los pormenores relativos á tu salud no son objetos agradables para mí, aun cuando no tengas otro asunto sobre que escribirme? No dudes, alma mía, que tu cariño es tan necesario al consuelo de mi corazón, como tu consejo á mis negocios.»

Cuando se reflexiona que Carlos desahogaba en estos términos su corazón en medio de los horrores de una guerra civil, y próximo á caer en manos de sus enemigos, se experimenta una viva ternura.

La reina le escribía desde York el 30 de marzo, esto es, un año antes, estas palabras un poco duras: «Acuérdate de lo que te he escrito en mis tres últimas cartas, y ocúpate de mí más que hasta el presente, ó aparenta á lo menos ocuparte más para que nadie advierta tu indiferencia hacia mí.»

Carlos creyó de su deber declarar al morir, á su joven hija la princesa Isabel, que *había sido siempre fiel* á la reina; y la carta de despedida que á esta escribió terminaba con estas palabras: «Muero tranquilo, pues mis hijos quedan á tu lado. Tu virtud y tu cariño me responden del cuidado que tomarás en su dirección; no puedo dejarte prendas más queridas y preciosas de mi amor. Bendigo al cielo porque descarga su cólera solamente sobre mí, pues mi corazón te profesa el mismo amor que siempre has visto. Marcho á la muerte sin temor, porque me siento fortalecido por el recuerdo de la firmeza de alma que me has infundido en nuestros comunes peligros. Adios; vive persuadida de que hasta el postrer momento de mi vida nada haré que sea indigno del honor de ser tu esposo.»

Esta última carta, no bastante conocida, prueba que los sentimientos íntimos de Carlos eran tan nobles, y acaso más interesantes que los que hizo brillar en el cadalso.

Puede acriminarse á Enriqueta María la inclinación á la intriga, que había heredado de la sangre de los Médicis; también es cierto que se entregó á frailes imprudentes y á favoritos desleales. Tenía el valor propio de su sangre, pero el valor político le faltaba algunas veces, pues cuando bramaban las tormentas populares, aunque mujer de cabeza y de corazón, daba tímidos consejos. Benéfica y magnánima, hizo conceder muchas veces la libertad y la vida á sus enemigos, y ni aun quería saber el nombre de sus calumnia-

dores. «Si esas personas me aborrecen, decía, tal vez su odio no durará siempre, y si les queda algún sentimiento de honor, se avergonzarán de causar tormentos á una mujer que tan pocas precauciones toma para defenderse.» Los infortunios de Enriqueta María habían sido predichos, por decirlo así, por Francisco de Sales; que figura en nuestra historia con el triple título de santo, de varón ilustre, y de amigo de Enrique IV.

Sea lo que fuere de las disensiones religiosas y domésticas que turbaron la paz privada de Carlos y de Enriqueta; sean cuales fueren las causas que produjeron la unión, inesplicable hasta el día, de la reina con los principales parlamentarios, cuando estallaron los infortunios de Carlos, la hija del Bearnés halló como él el valor y la virtud en medio de la guerra civil.

Cuando en 1625 fué á recibir la corona de la Gran-Bretaña, su madre la reina María de Médicis y su cuñada la reina Ana de Austria, la acompañaron á Amiens. Todas las ciudades le hicieron á su paso extraordinarios honores; y por una pompa digna de la magestad real cristiana, las prisiones se abrieron á su llegada, y se veía precedida de multitud de desgraciados que la daban gracias por su libertad, y la colmaban de bendiciones. Las tres reinas se separaron en Amiens, y veinte bajeles que esperaban á Enriqueta de Francia en Bolonia, la trasladaron á Douvres, donde fue recibida al estrépito de la artillería y entre las aclamaciones populares. Hubo además certámenes de carrera, juegos de sortija y otros festejos.

Cuando la reina de Inglaterra volvió fugitiva á Francia en 1644, las prisiones no se abrieron al encanto de su cetro; lejos de esto, huía de ellas. Viendo de un reino á otro, huyendo de las tempestades para verse envuelta en combates, y librándose de estos para dar en aquellas, Enriqueta se veía abrumada por la fatalidad que perseguía á los Estuardos. Vióse á esta animosa mujer cañoneada en la casa que le servía de asilo contra las olas, y obligada á pasar la noche en un foso donde las balas la cubrían de tierra. Hallándose en otra ocasión próximo á zozobrar el bajel que la conducía, dijo á los marineros estas palabras, que recuerdan las de César: «Una reina no se ahoga.»

El 27 de junio de 1643, rodeada de todos los peligros, pero señora de su espíritu, escribía al rey desde Newart: «Todas las tropas reunidas actualmente en Nottingham, se han trasladado á Leicester; esto me induce á creer que su intento es cortarnos el paso.... Me acompañan tres mil hombres de infantería, treinta compañías de caballería ó de dragones, seis piezas de artillería y dos morteros. Enrique Germyn manda todas estas fuerzas en calidad de coronel de mis guardias, y á sus órdenes sirve sir Alejandro Lesley, jefe de la infantería, siéndolo Gerardo de la caballería, y Roberto Legg, de la artillería; yo soy la generalísima, y me siento llena de ardor y de actividad; en caso de batalla, tendré á mis órdenes ciento cincuenta carros de bagajes.»

Después de nuevos reveses, y privada casi de asistencia en la pequeña ciudad de Exeter, que el conde de Essex se disponía á sitiarse, dió á luz su última hija el 16 de junio de 1644.

No bien restablecida de su alumbramiento, vióse precisada á huir de nuevo, no teniendo otra asistencia que la de su confesor, un gentil-hombre y una de sus damas, que la sostenían con trabajo á causa de su *extremada debilidad*. Habiale sido forzoso abandonar en Exeter á su recién nacida hija: aquella princesa prisionera diez y siete días después de su nacimiento, y herida por la muerte en Saint-Cloud en toda la lozanía de la hermosura y de la juventud; aquella duquesa de Orleans, aquella segunda Enriqueta á quien, como á la primera, debía alcanzar la gloria de Bossuet,

La fugitiva María Enriqueta halló á la entrada de un bosque una cabaña desierta, en la que se mantuvo oculta durante dos dias, y desde donde oia desfilas las tropas del conde de Essex, que hablaban de llevar á Londres la cabeza de la reina, que habia sido puesta al precio de seis mil libras esterlinas.

Habiendo llegado Enriqueta á Plymouth á través de mil peligros, se embarcó para la isla de Jersey, perseguida por el almirante Batty. Entonces, á imitación de la esposa de San Luis, hizo prometer á un capitán que le daría muerte y la arrojaría al mar antes de permitir cayese en poder de aquellos infieles de nueva especie. Abordó con algunos marineros á unas rocas de la costa de la Baja-Bretaña, y los habitantes, que tomaron á los extranjeros por unos piratas, se armaron contra ellos; pero Enriqueta María se dió á conocer, y marchando á París, se trasladó al Louvre, donde se vió envuelta en nuevas desventuras.

Ultrajada por los libelos hasta en el continente, pasaba de las manos del feroz populacho de Londres á las del insolente de París. Combatida por dos guerras civiles, hallaba en las orillas del Támesis los crímenes formales de las revoluciones, y en las márgenes del Sena tropezaba con los sanguinarios pasquines de la Gironda; representábase en aquellas el drama de la libertad; y en estas su parodia. Los carniceros y los panaderos ingleses querían matar á Enriqueta María en el palacio de los Estuardos; los carniceros y los panaderos franceses le negaban todo alimento en el palacio de los Borbones, olvidando que sus padres habian sido alimentados por aquel cuya hija se negaban á socorrer.

«Cinco ó seis dias antes que el monarca saliese de París, dice el cardenal de Retz, me trasladé á casa de la reina de Inglaterra, á quien encontré en la cámara de su hija, que fue mas tarde Mad. de Orleans, y me dijo al verme: «Ya lo veis: he venido á acompañar á Enriqueta, pues la pobre no ha podido levantarse hoy por falta de fuego... La posteridad agradecerá con trabajo que una nieta de Enrique el Grande haya carecido de un haz de leña para calentarse en el mes de enero en el Louvre, y en presencia de una corte de Francia.»

Muchas veces se veía precisada á pasearse tardes enteras en las galerías del Louvre para entrar en calor... No sólo tenía los insultos del pueblo de París, sino también la dureza de sus acreedores... Los parisienses no podían sufrirla; y cierto dia que su hijo el rey Carlos II se paseaba por una azotea que daba al río, algunos marineros le hicieron amenazas que le obligaron á retirarse por temor de exasperarle mas con su presencia (1).

Triste y extraña complicación y semejanza de destinos! Enriqueta María habia recibido en 1639 en Whitehall á su madre desterrada, María de Médicis. Los habitantes de Londres, ya sublevados contra la reina de Inglaterra, se entregaron á excesos contra la antigua reina de Francia. La hija de Enrique IV, que se sustraía difícilmente al odio público, se vió precisada á pedir una guardia para proteger la hija de Enrique IV; y Ana de Austria fue impotente á su vez para escudar á la hermana fugitiva de Luis XIII y la tia de Luis el Grande.

Una falsa noticia llegó á oídos de la reina de Inglaterra acerca de la catástrofe del 30 de enero de 1649: cundió la voz de que Carlos I habia sido puesto en libertad por el pueblo; pero la carta de despedida del desgraciado monarca, entregada á Enriqueta el 9 de febrero en el convento de carmelitas de París, la sacó de su agradable error y cayó desmayada. Al dia siguiente Mad. de Motteville fué á cumplimentarla en nombre de la reina regente. La adversidad investía á la reina de Inglaterra del derecho de dar lecciones;

(1) Vida de Enriqueta María.

así, pues, encargó á Mad. de Motteville dijese á Ana de Austria, «que el rey su señor (Carlos I) se habia perdido por haber ignorado siempre la verdad...; que la mayor de las calamidades que podian abrumar á los reyes, y la única que devoraba sus imperios, era no saber la verdad.»

¿No explica esta insistencia de Enriqueta su primera inclinación á los parlamentarios y su antipatía á Strafford, cuyo carácter le parecia demasiado absoluto? En esta conversacion añadió: «que era preciso abstenerse de irritar á los pueblos.» Si Carlos I se habia perdido por no haber conocido la verdad, en sentir de la reina, ¿no participaba esta de la obstinación del rey acerca de la extension de la prerogativa real? No odiaba los parlamentos; y cuando resolvió abandonar la Inglaterra con su madre María de Médicis, las dos Cámaras la presentaron una humilde peticion suplicándole no se alejase, á la cual Enriqueta contestó en inglés en un expresivo discurso, que permanecería en aquel país, y que no habia sacrificio alguno que el pueblo no pudiese prometerse de ella.

Después de la muerte de su esposo, se aplicó el renombre de reina desgraciada, y llevó luto toda su vida.

La prueba mas cruel á que se vió sometida esta reina, fue tener que pedir una pension de viudedad al hombre que la habia dejado viuda: Cromwell respondió al cardenal Mazarino que Enriqueta de Francia no habia sido reconocida como reina de Inglaterra. Esta respuesta salvaje, que suponía concubina de un príncipe extranjero la hija de uno de los mas grandes reyes de Francia, causa menos extrañeza que esta peticion de la nieta de Juana Albret. Cuando Enriqueta supo esta negativa, respondió con nobleza: «Este ultraje no recae sobre mí, sino sobre la Francia.» Tal era en efecto la abyección á que la política de un ministro sin honor habia reducido entonces la nacion francesa. Mazarino se habia envilecido hasta el punto de hacerse espía de Cromwell cerca de la familia real desterrada: este hecho se desprende de una carta de Cromwell, que no era á su vez sino un gran espía armado y coronado.

Poco antes, Enriqueta María se habia visto obligada á pedir al parlamento de París lo que ella denominaba una limosna.

Retirada á Chaillot entre unas hermanas de la Visitacion, establecidas en una casa edificada por Catalina de Médicis, Enriqueta se hizo beata; y es digno de notarse que Port-Royal le habia ofrecido dinero y un asilo. Tristes son en las historias de su vida esos sencillos cuentos de religiosos y religiosas, y esos consejos de monjas que hablan de los mas graves acontecimientos, cuyo rumor apenas llega á sus oídos; que juzgan desde el fondo de sus celdas los negocios políticos; y que, inmóviles en sus santos desiertos, ni siquiera advierten que el mundo marcha y pasa al pié de las paredes de sus claustros. Enriqueta María intentó restituir sus hijos al gremio de la Iglesia Romana; pero Carlos II, indiferente á todos los principios, antepuso su corona á su fe, y solo se hizo católico al morir; es decir, cuando nada tenia ya que perder de los bienes terrenos. El duque de Gloucester y la princesa de Orange subsistieron celosos protestantes, y solo el duque de York (Jacobo II) recibió las impresiones que debian llevarle un dia á París, para morir allí destronado como su madre. La princesa Enriqueta, mas adelante duquesa de Orleans, fue educada en la religion romana.

A la restauracion de Carlos II, la viuda de Carlos I pasó á Inglaterra, donde no pudo resolverse á vivir. A nadie conocía ya, é iba derramando lágrimas por los palacios de Whitehall, de San James y de Windsor, acosada por sus recuerdos. Después de haber visto morir á dos de sus hijos (la princesa de Orange, viuda de veinte y seis años, y el duque de Gloucester),

embarcóse con su hija Enriqueta para regresar á Francia. Su bajel encalló; Enriqueta fue acometida de un sarampión peligroso, y permaneció á bordo al cuidado de su madre un mes entero. La acrisolada compañera del infortunado Carlos, casó á Enriqueta con el duque de Orleans, y recibió en Chaillot el

Breve de la beatificacion de San Francisco de Sales: postreras grandezas de la tierra y del cielo, que la visitaron en la soledad.

Hacia el año 1663, Enriqueta María hizo su último viaje á Londres. En fin, habiendo vuelto para siempre á su patria, cayó enferma en Santa Colomba, pequeña



ENRIQUETA MARÍA SE REFUGIA EN UNA CABAÑA DESIERTA.

casa de campo situada á excusa distancia del Sena. Un grano de opio que tomó, la sepultó en un sueño de que no tornó á despertar, espirando el 10 de setiembre de 1669 á media noche. Un historiador ha dicho que hizo un santo uso de sus males. Aunque sus restos fueron trasladados á San Dionisio, y su corazón á la Visitacion de Chaillot, hubiera muerto olvidada si Bossuet no se hubiese apoderado de estos grandes

despojos de la fortuna, para hacer reflejar sobre ellos la brillante luz de su genio.

El eminente orador escribía al abad de Rancé, enviándole la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra: «He dado orden para que lleguen á vuestras manos dos oraciones fúnebres, que pueden tener oportuno lugar entre los libros de un solitario, porque descubren la nada de las cosas del mundo; de todos

«modos podreis mirarlas como dos calaveras bastante velocientes.»

DESDE LA APERTURA DEL PARLAMENTO

LARGO HASTA EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL.

1640—1647.

Cediendo al parecer de la reina, Carlos I anunció al consejo de los Pares reunidos en York, la convocatoria de un parlamento.

Para conseguir ocuparse exclusivamente de los asuntos interiores, era preciso vencer á los escoceses. En vano se opuso Strafford al deshonroso tratado concluido con ellos; en vano demostró en una acción arrojada cuan fácil era derrotarlos, pues el rey que nada escuchaba, se apresuró á volver á Londres. El cuarto parlamento había sido disuelto el 5 de mayo de 1640, y el 3 de noviembre del mismo año se abrió esta quinta asamblea, tan famosa en la historia con el nombre de *Parlamento Largo*.

Carlos había pasado doce años sin reunir la cámara de los Comunes, y se había dado prisa, despues de este espacio de tiempo á disolverla de nuevo; no es por consiguiente de extrañar que los Comunes irritados, cediendo á una reacción natural, estableciesen el bill de los parlamentos trienales, y arrebatasen al rey el poder de prorogarlos y disolverlos; por este mero hecho, la monarquía constitucional se había cambiado en una democracia real. El monarca, que tanto había combatido por la prerogativa, cuando no era virtualmente atacada, la abandonó en el momento mismo en que se le asestaban los mas rudos golpes.

Desconfiando de ser útil á tan débil príncipe, Strafford había intentado retirarse del ministerio; pero Carlos retuvo á este fiel consejero, que no pudiendo servirle ya, se sacrificó á él.

Habiase concebido un designio digno ciertamente del resuelto carácter de Strafford: este ministro quería denunciar al Parlamento los miembros del mismo que habían llamado á Inglaterra el ejército escocés, pues existían las pruebas de este llamamiento; pero los hombres á quienes el ministro se proponía anotar, se anticiparon á él; Pym presentó en nombre de los Comunes en la barra de la cámara de los Pares una acusación de alta traición contra Strafford, que fue inmediatamente preso y enviado á la Torre.

Creuyendo entonces Carlos calmar á los Comunes, accedió á todo lo que quisieron intentar contra la autoridad de la corona; pero renunciando como acaba de decirse, al poder de disolver el Parlamento, se privó del medio mas seguro de salvar á su amigo.

Los gefes del partido eran en la cámara de los Lorens el duque de Bedford, lord Say, lord Mandeville y el conde de Essex.

El duque de Bedford, dueño de una inmensa renta, procedente en gran parte de las confiscaciones con que la corona había dotado su familia, estaba adornado de ese buen sentido comun, que el vulgo toma por sabiduría; envanecido de una riqueza de mal origen y de una razon que bastaba tan solo para los asuntos ordinarios de la vida, y mirando las mercedes de las córtes, no como un favor, sino como un tributo pagado á su poder, Bedford, partidario entusiasta del régimen legal, y cuyos bienes eran los únicos presentes de la arbitrariedad, se reservaba el derecho de ser ingrato en el día del infortunio.

Lord Say, furbundo puritano, poseía una regular fortuna. Su ambición era desmedida, su espíritu sagaz, su carácter reservado; los realistas no tenían un enemigo mas temible.

Sin talentos reales, pero dotado de cortesania y de cierta sinceridad, lord Mandeville se granjeó el aprecio y la confianza de los Comunes.

El conde de Essex, juguete de los caudillos populares que fisonjeaban su vanidad, era uno de esos hombres de juicio escaso é inexacto, para quienes nada dice la experiencia; hombres que ven la felicidad de la especie en la ruina del individuo, siempre dispuestos á reincidir en las mismas faltas, siempre asombrándose de lo que sucede; personajes que son los necios de un partido, así como otros son los especuladores ó los héroes.

Pym, encargado de todas las proposiciones de leyes en la cámara de los Comunes, no tenía mas talento que el de los negocios, á los que parecía dar cierto aplomo por medio de una palabra pesada y un tono dogmático; pero no carecia de consecuencia, y su juicio era exacto. Deseaba únicamente una mejora en el gobierno; pero jefe de los reformadores al nacer los disturbios, se halló muy á su espalda cuando la revolución hubo hecho progresos.

Hampden llegó oportunamente para cooperar á la ruina de un imperio; este hombre que había pasado súbitamente de una vida disipada á las costumbres mas severas, y que ocultaba bajo las apariencias de la afabilidad, gigantescos proyectos, es probable concibiese la idea de una república cuando no se pensaba aun sino en los privilegios parlamentarios.

El secreto de la fuerza de Hampden consistía en la flexibilidad de sus talentos: su elocuencia y su ingenio eran concisos ó difusos, claros ó misteriosos, según cuadraba á sus designios; y esta oscuridad de que era árbitro, le revestía de mayor poder, identificándole mas con los defectos de su siglo. Ora resumía los debates del Parlamento con admirable precision, cuando contribuían al triunfo de su opinion; ora involucraba las cuestiones de tal manera que conseguía aplazarlas, si anunciaban resolverse en sentido contrario á su parecer. Atento y modesto con artificio, aparentando desconfiar de su juicio y ceder al ajeno, concluía siempre logrando lo que deseaba. Intrépido en el ejército y profundo en el conocimiento de los hombres, fue el único que adivinó á Cromwel, cuando la muchedumbre nada descubria aun en este destructor del trono de los Estuardos. Así penetró Silas el alma de César, pues las águilas vuelan desde lejos y desde alto. Háse creído, no obstante, que Hampden se dejó tentar por la proposición que se le hizo de ser ayo del príncipe de Gales, si accedía á comprometerse, en union con Pym y Hollis, á salvar á Strafford.

Sombrio, vengativo é implacable, Saint-John, formaba con Pym y Hampden, el triunvirato que dominaba la nación. Los tres se valían además del fanatismo de Fiennes y de los talentos de sir Enrique Vane.

Unia este á un profundo disimulo, mucha perspicacia y una palabra incisiva; en la no comun fealdad de su rostro creía el vulgo leer destinos extraordinarios. Dominado por una imaginación inquieta é impetuosa, libertino en Londres, puritano en Ginebra y sedicioso en Boston, Vane excitaba disturbios por donde quiera, enardeciendo los ánimos mediante la ostentación de principios de que se burlaba. Despues de una vida aventurera en todos los países, regresó á su país donde la revolución parecía atraer su genio fatal.

Habiendo sido acusado Strafford, el Parlamento creyó que era llegado el tiempo de recurrir á las grandes medidas populares. El pueblo hizo salir de las cárceles y pasear en triunfo á tres escritores condenados como libelistas, pues en tiempos de disturbios políticos la licencia de la prensa se confunde frecuentemente con la libertad de la misma, recurriéndose luego al temor que inspira la primera para aberrojar la segunda: Milton tomó la pluma en favor de esta. Encuéntrase por primera vez el gran nombre del

Homero inglés confundido con los de los folletistas de su época, como se lee el nombre de Oliverio Cromwell en el escalafon de los coroneles ó capitanes de caballería del ejército parlamentario.

Numerosas peticiones eran llevadas en hombros de casa en casa, cubiertas con las firmas de honrados ciudadanos, cuya buena fe era sorprendente. Cualquiera que en la cámara popular se mostraba moderado, perdía su puesto, y se hallaban cien causas de nulidad contra su elección, mientras que todo el que adoptaba de una manera violenta las ideas dominantes, conservaba su diputación, aunque su elección adoleciese de todas las ilegalidades. Habiendo pasado el poder á los Comunes, fácil fue prevenir la muerte de Strafford.

Este hombre solo tuvo un defecto, causa de su perdición: despreciaba demasiado los consejos y los obstáculos. Formado por la naturaleza para el mando, la mas ligera contradicción le era insoportable. El imperio pertenece sin duda á los talentos, y la soberanía reside en el genio; pero es una desgracia que el sentimiento de una superioridad incontestable se revele al que la posee en un puesto secundario, cuando le es imposible llegar al principal. Lo que sería grandeza y poder legítimo en el mas alto grado del órden social, se convierte en orgullo y tiranía, en un grado inferior.

Conducido ante la cámara de los Pares, sin asistencia, sin preparación, sin conocer siquiera las acusaciones de que era objeto, luchando solo contra la debilidad del rey, el ardor de los Comunes y el torrente de la enemistad popular, Strafford se defendió con tanta presencia de ánimo, que sus jueces no se atrevieron á sentenciarlo.

Todas las palabras del ilustre desgraciado fueron tranquilas, dignas, patéticas y modestas. Su discurso, que ha llegado hasta nosotros, no está recargado con el farrago propio de la época. Strafford se mostró en su adversidad tan superior á los Pym y á los Fiennes, por la brillantez del genio como por la elevación del alma. La conclusion de su defensa, citada en todas partes, arrancó lágrimas á sus enemigos.

«Milores: he detenido aquí á vuestras señorías mucho mas tiempo de lo que hubiera debido; inexcusable sería si no hubiese hablado en interés de estas prendas, que una santa que ahora habita el cielo, me ha dejado (mostraba á sus hijos, y sus lágrimas le interrumpieron); lo que pierdo es nada; pero confieso que lo que mis indiscreciones van á hacer perder á mis hijos me afecta profundamente: os ruego me perdoneis esta debilidad. Hubiera querido decir algunas palabras mas, pero no me es posible en este momento: así pues, callaré....»

«Y ahora, milores, doy gracias á Dios por haberme hecho conocer, por su gracia, la extremada vanidad de los bienes terrenos, comparados con la importancia de nuestra salvación. Me someto, milores, con toda humildad y toda paz de espíritu á vuestra sententia. Ya sea para la vida, ya para la muerte vuestro equitativo juicio, descansaré lleno de gratitud y de amor en los brazos del Supremo Autor de mi existencia.»

Sócrates se mostró menos resignado, pues acusó á sus jueces al fin de su apología. «Es tiempo, les dijo de retirarme, vosotros para vivir, yo para morir.» Solo á fuerza de amenazas se consiguió hacer condenar á Strafford en la cámara de los Pares; y á pesar de estas violencias, diez y nueve votos se atrevieron á absolverle contra cuarenta y seis.

El acusado se había dirigido especialmente en su defensa contra su acusador Pym, que se vió reducido á la necesidad de balbucear una mezquina réplica. El encono de los Comunes contra Strafford, era acaso tan vivo porque el noble par había formado parte de la cámara popular, y se había mostrado ardiente con-

trario de la corona; así es que los caudillos plebeyos le miraban como un desertor. La envidia hacia también blanco de su saña la elevación del ministro de Carlos, pues el mérito olvidado complace, pero recompensado ofusca. Y es preciso añadir que los partidos están dotados de un prodigioso instinto para descubrir y perder á los hombres capaces de combatir sus proyectos. En las grandes revoluciones, el talento que lucha de frente con ellas es anonadado; solo el que las sigue puede dominarlas, y las domina de hecho cuando habiendo agotado sus fuerzas, no tiene ya en su apoyo el peso de las masas y la energía de los primeros movimientos. Pero esta especie de talento, cómplice, digámoslo así de las revoluciones, pertenece á hombres mas grandes por su cabeza que por su corazon, puesto que se ven obligados durante mucho tiempo á ocultarse en el crimen para saltar el poder.

Temblando Carlos en su palacio al pensar en los peligros de la reina, nombró una comisión encargada de ratificar todos los bills presentados á la sanción régia, entre los cuales se hallaba el que condenaba á Strafford: última y miserable debilidad de un príncipe que intentaba cohonestar su ingratitud á sus propios ojos, comprendiendo en un acto general de la autoridad suprema el acto particular que daba la muerte á un amigo! Sabido es que el monarca se resolvió á permitir la ejecución de la sentencia por lo mismo que hubiera debido robustecerle en la resolución de oponerse á ella. El magnánimo Strafford escribió una carta á Carlos, para descargar la conciencia de su rey, y darle el permiso de hacerle morir.

«Mi vida, le decía, no vale los cuidados que V. M. se toma para conservármela. Me apresuro, pues, á dárosela en cambio de las mercedes con que me habeis colmado y como una prueba de reconciliación entre vos y vuestro pueblo. Dirigid únicamente una mirada de compasión sobre mi pobre hijo y sus tres hermanas.»

De todos los consejeros de la corona, solo Juxon, obispo de Londres, tuvo el valor de decir al rey que no debía acceder á la sentencia de muerte, si no juzgaba culpable á Strafford. Ejemplo aterrador de la divina justicia! Ese mismo Juxon, ese recto y animoso prelado, auxilió en el cadalso á Carlos I.

Cuando Strafford supo que su suplicio había sido autorizado, se levantó con asombro y exclamó con las palabras de la Escritura: «No pongais vuestra confianza en la palabra de los príncipes ni en la de los hombres.» Había tenido fe en el valor del rey, ó es que un resto de amor á la vida se había deslizado en el fondo de su elevado corazon?

Empero Carlos no aplacó los ánimos, dejando verter la sangre de su ministro; que nunca una bajeza será poderosa á salvar un hombre. Los príncipes de la tierra que arriesgan con frecuencia su corona por faltas ó por crímenes, obrarian con mas acierto comprometiéndola algunas veces por causas santas.

Por lo demás, el desgraciado Estuardo no dejó de acusarse su falta; y condenado á su vez, declaró que su muerte era una justa expiación de la de Strafford. Esta confesion pública, pronunciada en alta voz sobre el patíbulo, es una de las mas altas lecciones de la historia: la posteridad no ha absuelto al amigo, pero ha perdonado al monarca, merced á la sinceridad del arrepentimiento y á la grandeza de la expiación.

Es cierto que Strafford se había hecho culpable de actos arbitrarios en Irlanda; pero este país había sido gobernado siempre por la autoridad militar y por leyes excepcionales. Además, los límites de los privilegios de la corona y los derechos del Parlamento estaban aun tan mal deslindados, que cualquiera podía colocarse al lado de uno de estos dos poderes, en virtud de antecedentes de igual autoridad. Cincuenta años despues, Strafford hubiese sido condenado con severidad, pero con justicia; mas en la época en que

fue sentenciado, las leyes que se le aplicaban, ó aun no estaban confeccionadas, ó eran objeto de controversia, ó quedaban derogadas por otras.

El bill de *attainder* envolvió implícitamente el delito y la pena; la sentencia fue á la vez un juicio y una ley que tenia efecto retroactivo: adolecía por consiguiente de violencia y de iniquidad.

Strafford se preparó al suplicio con inalterable calma (1). En la mañana del 23 de mayo de 1641, se le condujo al lugar de la ejecucion: al pasar al pié de la torre en que estaba encerrado el arzobispo Laud, acusado como él, levantó la voz y pidió al prelado le bendijese. El anciano se acercó á la ventana; sus cabellos eran blancos, y las lágrimas surcaban sus mejillas;



EL ARZOBISPO LAUD, BENDICE Á LORD STRAFFORD MARCHANDO AL PATIBULO.

sostenían dos eclesiásticos. Strafford se arrodilló, y Laud pasó sus manos á través de la freja, procurando dar una bendición que la edad, el infortunio y el dolor no le permitieron concluir, pues cayó desmayado en brazos de sus dos familiares.

Strafford se levantó y volvió á emprender el camino del cadalso, á donde debía seguirle el anciano prelado. El ministro de Carlos marchó al suplicio con tranquilo continente en medio de los insultos del popula-

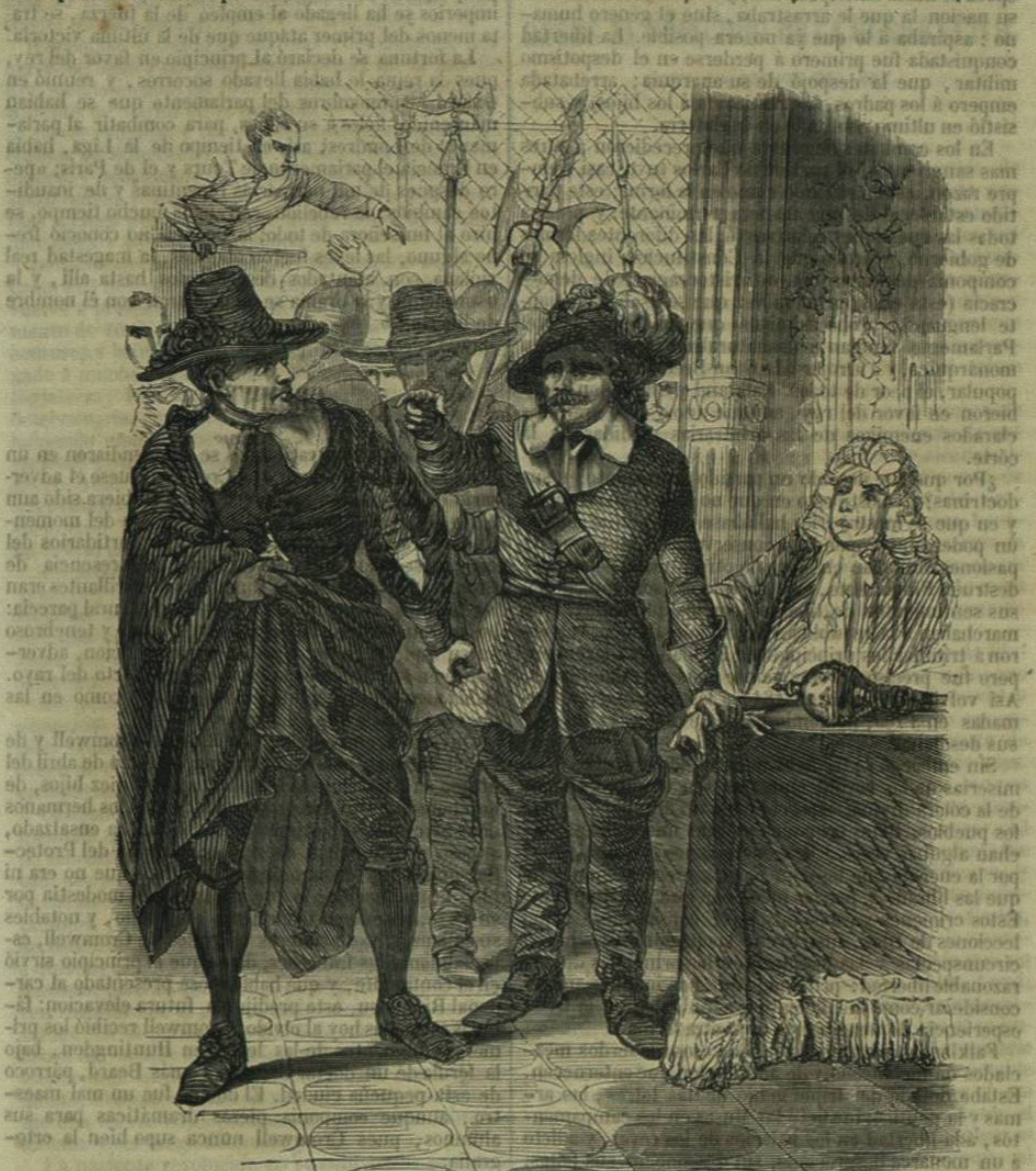
cho. Antes de colocar su cabeza en el tajo, pronunció estas palabras: «Temo que una revolucion que empieza derramando sangre, termine con las mayores calamidades, labrando la ruina de los mismos que la provocan.» Esto dicho, entregó su cuello y pasó á la eternidad en 1641.

(1) Léase en la coleccion de las cartas de Strafford, la que escribió á su hijo antes de subir al patibulo.

La revolucion precipitó su carrera, y el rey se trasladó á Escocia: estalló la conspiracion irlandesa, y fue seguida de una de las matanzas mas horrosas de que la historia hace mencion; los gefes del partido puritano aprovecharon esta coyuntura para acelerar la marcha de los acontecimientos. Carlos regresó de Escocia; el Parlamento le hizo representaciones sediciosas, é hizo prender á los obispos.

Exasperado por tantas afrentas, el rey acusó personalmente de alta traicion en la cámara de los Comunes, á los seis miembros mas famosos de la fraccion puritana.

Advertidos estos de tan imprudente paso, por una indiscrecion de la reina, se refugiaron en la ciudad. Estalló una insurreccion; y se esparcieron los mas absurdos rumores: ya se decia que los *caballeros* (los re-



CROMWELL DISUELVE EL PARLAMENTO.

listas), debian hacer saltar en el aire el rio, mediante la explosion de una mina; ya se aseguraba que los mismos *caballeros* acababan de prender fuego á las casas de los *cabeceras redondas* (los parlamentarios). Amenazada con un decreto de acusacion, la reina obligó al rey á dar su sancion á la ley que privaba á los obispos del derecho de votar. Enriqueta abandonó la Inglaterra, y Carlos se retiró á York despues de haberse negado

á firmar el bill relativo á la milicia, bill encaminado á poner el poder militar á discrecion de la cámara electiva, y por una y otra parte se prepararon á la guerra.

Obsérvese en la conducta del rey, desde su advenimiento al trono hasta la época de la guerra civil; esa incertidumbre que prepara las grandes catástrofes. Obstinado en la *prerogativa*; primero se la dejó arrancar á girones, para entregarla luego por entero;

era valiente, pudo remitir á la espada la satisfaccion de sus ofensas, y solo acudió á las armas cuando sus enemigos habian adquirido el poder de resistirse; todas las vias constitucionales le estaban expeditas para obrar en nombre de la Constitucion, hasta contra el Parlamento, y no entró en ellas. Por último, Carlos luchó inútilmente contra la fuerza de las cosas, porque su época se habia anticipado á él, y no era ya únicamente su nacion la que le arrastraba, sino el género humano: aspiraba á lo que ya no era posible. La libertad conquistada fue primero á perderse en el despotismo militar, que la despojó de su anarquía; arrebatada empero á los padres, fue restituida á los hijos, y subsistió en ultimo resultado en Inglaterra.

En los combates de pluma que precedieron á otros mas sangrientos, el partido de Carlos tuvo casi siempre razon, así en el fondo como en la forma; este partido estableció de una manera terminante y precisa todas las cuestiones relativas á las diferentes formas de gobierno, y probó que la Constitucion inglesa se componia de monarquía, de aristocracia y de democracia (esta era la primera vez que se usaba semejante lenguaje); probó asimismo que las peticiones del Parlamento tendian á desnaturalizar la constitucion monárquica, y á arrojar á la Gran-Bretaña en el estado popular, el peor de todos. Falkland y Clarendon escribieron en favor del rey, aunque uno y otro eran declarados enemigos de las arbitrarias medidas de la corte.

¿Por qué fue desoido un partido tan sensato en sus doctrinas? Consiste esto en que no se le creyó sincero, y en que se mostró frio; hallábase colocado al lado de un poder que propendia á conservar, en tanto que las pasiones militaban en favor de otro que trabajaba por destruir. Finalmente, este partido era sobrepujado en sus sentimientos de libertad por los puritanos, que marchaban á la república. Andando el tiempo, volvieron á triunfar los principios de Falkland y Clarendon, pero fue preciso devorar veinte años de calamidades. Así volvió la Francia en 1814 á las doctrinas proclamadas en 1789, habiendo podido evitarse el lujo de sus desdichas.

Sin embargo, ¡triste es decirlo! los crímenes y las miserias de las revoluciones no son siempre tesoros de la cólera divina, esparcidos sin un alto objeto entre los pueblos. Estos crímenes y estas miserias aprovechan algunas veces á las generaciones subsiguientes, por la energía que les dan, por las preocupaciones de que las libran, y por las luces con que las iluminan. Estos crímenes y estas miserias, consideradas como lecciones de Dios, instruyen á las naciones, las hacen circunspectas y las fortifican en los principios de una razonable libertad: principios que nos inclinamos á considerar como insuficientes, si no existiese la triste experiencia de una libertad bajo otra forma.

Falkland nos ha dejado uno de esos recuerdos mezclados de melancolía y de admiración que enternecen. Estaba dotado del triple genio de las letras, las armas y la política; fue fiel á las Musas en los campamentos, á la libertad en los palacios de los reyes, y adicto á un monarca desgraciado, sin desconocer sus faltas. Abrumado por los males de su país y cansado de la vida, se entregó á una tristeza que se revelaba hasta en el desaliño de sus vestidos. Buscó y halló la muerte en la batalla de Naseby: todos adivinaron su intento de abandonar la vida al verle cambiar sus vestidos, pues se habia ataviado como para un día de gran solemnidad.

El canciller Clarendon, que por su parte sirvió tan bien á Carlos I, murió mas tarde en Ruen, desterrado por Carlos II, que le debía en parte su corona. En el reinado de este príncipe, se condenó á ser quemada por mano del verdugo la memoria justificativa del virtuoso magistrado cuyos escritos, mezclados con los de Falkland, habian hecho triunfar la causa realista.

Hume dice que el estandarte real plantado en Nottingham, dió la señal de la discordia y de la guerra civil á toda la nacion. Clarendon observa que los parlamentarios cometieron el primer acto de hostilidad, apoderándose de los almacenes de Hull. Esta observacion es justa; pero téngase en cuenta que el Parlamento habia obrado en provecho de sus intereses, porque, cuando en las convulsiones políticas de los imperios se ha llegado al empleo de la fuerza, se trata menos del primer ataque que de la última victoria.

La fortuna se declaró al principio en favor del rey, pues la reina le habia llevado socorros, y reunió en Oxford los miembros del parlamento que se habian mantenido fieles á su causa, para combatir al parlamento de Londres; así, en tiempo de la Liga, habia en Francia el parlamento de Tours y el de Paris; «pero despues de mil peripecias repentinas y de inauditos cambios, la rebelion, refrenada mucho tiempo, se hizo al fin señora de todo; la licencia no conoció freno alguno, las leyes fueron abolidas, la magestad real violada con atentados desconocidos hasta allí, y la usurpacion y la tiranía se engalanaron con el nombre de libertad.»

CROMWELL.

Todos estos contratiempos se compendiaron en un hombre: no es esto decir que Cromwell fuese el adversario de Carlos, (en tal caso la lucha hubiera sido aun harto desigual), pero era el destino visible del momento. Si Carlos, el príncipe Ruperto y los partidarios del rey conseguian algunas ventajas, la presencia de Cromwell las inutilizaba. Cuanto menos brillantes eran los talentos de este hombre, mas sobrenatural parecia: bufon y trivial en sus pasatiempos, lento y tenebroso en su espíritu, poco expedito en su locucion, advertíanse en sus acciones la rapidez y el efecto del rayo. Habia algo de invencible en su genio, como en las nuevas ideas de que era campeón.

Oliverio Cromwell, hijo de Roberto Cromwell y de Isabel Stewart, nació en Huntingdon el 24 de abril del último año del siglo xvi. Roberto tuvo diez hijos, de los cuales fue Oliverio el segundo; todos los hermanos de este murieron de tierna edad. Milton ha ensalzado, al paso que otros han deprimido la familia del Protector, quien dijo en uno de sus discursos que no era ni bien ni mal nacido, lo que era bastante modestia por su parte, porque su nacimiento era bueno, y notables sus alianzas. Los primeros biógrafos de Cromwell, especialmente los franceses, dicen que al principio sirvió en el continente, y que habiéndose presentado al cardenal Richelieu, este predijo su futura elevacion: fábulas relegadas hoy al olvido. Cromwell recibió los primeros rudimentos de las letras en Huntingdon, bajo la férula de un doctor llamado Tomás Beard, párroco de esta pequeña ciudad. El doctor fue un mal maestro, aunque componia piezas dramáticas para sus alumnos, pues Cromwell nunca supo bien la ortografía.

Enviado á Cambridge al colegio de Sydney-Sussex, el 23 de abril de 1616, estudió bajo la direccion de Ricardo Howlet, y aprendió un poco de latinidad. Waller dice que conocia bien la historia de Grecia y Roma; era aficionado á los libros, y escribia fácilmente mala prosa y pésimos versos.

Muerto su padre, y habiéndole su madre llamado cerca de sí, fue, durante dos años el asombro de Huntingdon, por sus excesos. Enviado luego á Lincoln-Inn, para que estudiase leyes; lejos de dedicarse á ellas, se encenagó en la disolucion; y habiendo regresado de Londres á su provincia, contrajo matrimonio con Isabel de Bouchier, hija de sir James Bouchier, natural del condado de Essex, mujer fea y bastante infatuada

con su nacimiento; una sola carta soya que ha llegado á nosotros, prueba que su educacion habia sido completamente descuidada (1).

Cromwell, que solo tenia á la sazón veinte y un años, cambió súbitamente de costumbres, se afilió en la secta puritana y se entregó al entusiasmo religioso, que, unas veces fingido y otras verdadero, conservó toda su vida. En adelante veremos los extraños contrastes de su carácter.

Habiéndole rodeado de algunas comodidades, una herencia, llegó á ser *gentleman farmer* en la isla de Ely, siendo elegido en 1628 miembro del tercer parlamento de Carlos en el que solo se hizo notable por su fervor religioso y por sus declamaciones contra los obispos de Winchester y de Winton. Su acento era bronco y apasionado, sus ademanes groseros, y su vestir sucio y desaliñado. Su estatura era de cinco piés y cinco pulgadas, ancho de hombros, de abultada cabeza y de rostro encendido.

Despues de la disolucion del parlamento de 1628, Cromwell desaparece de la escena pública, donde no vuelve á presentarse hasta la convocacion del parlamento de 1640. Sábese únicamente que habiendo las censuras y la intolerancia de la cámara Estrellada obligado á muchos ciudadanos á trasladarse á la Nueva-Inglaterra, Hampden y su primo Oliverio Cromwell determinaron emigrar á este país. Mas, es el caso que habiendo elegido por punto de su residencia en las regiones salvajes una pequeña ciudad puritana, fundada en 1635 con el nombre de Say-Brook, por los lones Brook y Say, hallábase ya á bordo de un buque surto en el Támesis, cuando le obligó á desembarcar un edicto concebido en estos términos:

«Se prohíbe á todos los mercaderes, dueños y propietarios de buques, hacer salir al mar un bajel ó bajeles con pasajeros, antes de haber obtenido una licencia especial de algunos de los lones del consejo privado de S. M., encargados de las plantaciones de Ultramar.»

Así pues, Hampden y Cromwell, en lugar de ir á sepultarse en los desiertos de la América, según habian resuelto, se vieron detenidos en Inglaterra por orden de Carlos I: no existe en los anales humanos un ejemplo mas evidente de la fatalidad.

Obligado Cromwell á permanecer en Inglaterra, por mandato del rey á quien debia conducir al cadalso, y no sabiendo qué direccion dar á su turbulenta inquietud, se opuso al desecamiento, muy útil por otra parte, de las lagunas de Cambridge, de Huntingdon, Northampton y Lincoln, que habia emprendido el conde de Bedford. Esto le valió, por parte de los poderosos á quienes atacaba, el sarcástico nombre de *lord de las lagunas*; pero los partidos popular y puritano le eligieron miembro de la cámara de los Comunes por Cambridge, en el parlamento del 5 de mayo de 1640, á causa del ataque que dirigia contra la nobleza. Habiendo sido disuelto bruscamente este cuarto parlamento, el oscuro diputado volvió á mostrarse el mismo año en ese largo parlamento que debia labrar su fortuna y ser luego destruido por él.

La naciente revolucion no se equivocaba acerca de su caudillo, aunque era aun el miembro mas ignorado de aquellos famosos Comunes. El genio del Protector se despertó al primer grito de la guerra civil: voluntario primero, y luego coronel parlamentario, organizó un regimiento de fanáticos, que sometió á la mas severa disciplina, pues el fraile se convierte fácilmente en soldado; y para vencer el principio de honor que animaba á los *caballeros*, reclutó en su servi-

(1) Es preciso no confundir las faltas de ortografía y de lenguaje en los manuscritos de la primera parte del siglo xvii, con la ortografía y las lenguas de la misma época, que aun no se habian fijado y variaban en cada país, según las diferentes provincias.

cio el principio religioso que inflamaba las *cabezas redondas*. No tardó pues, en ser el alma de todo; refundió y reconstituyó el ejército; y sabiendo hacerse eximir de los bills que inspiraba al Parlamento, se ostentó como un poder arbitrario en medio de una nacion enteramente democrática.

DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

HASTA LA PRISION DEL REY.

1642-1647.

Cromwell se encumbró adoptando el partido de ponerse á la cabeza de los *independientes*; secta derivada del puritanismo, y cuya exageracion constituyó su fuerza. Los miembros *independientes* del Parlamento llegaron á ser los tribunales de la república: los generales y oficiales del ejército fueron reemplazados por generales y oficiales independientes, y en cada regimiento se establecieron comisarios que desconcertaban las medidas de los capitanes moderados; el resultado de esto fue exaltar hasta el colmo del fanatismo el espíritu de las tropas.

En vano Carlos, revestido aun de una sombra de poder, quiso tratar con Huxbridge, pues rota la negociacion se renovó la guerra. Montrose alcanzó algunas estériles victorias en Escocia. «El conde de Montrose, escocés y cabeza de la casa de Graham, dice el cardenal de Retz, es el único hombre del mundo que me ha traído á la memoria la imagen de algunos héroes que solo se ven ya en las *Vidas* de Plutarco; este no le habia defendido en su país el partido del rey de Inglaterra con una grandeza de alma sin ejemplo en aquel siglo.»

A pesar de esto, Montrose no era un varon de Plutarco, sino uno de esos hombres que un siglo que termina lega á otro que empieza: sus antiguas virtudes son tan hermosas como las nuevas, pero son estériles, porque plantadas en un suelo exhausto de vida, ya no las fecundan las costumbres nacionales.

Mientras unos y otros se degollaban en los campos de Inglaterra, les Comunes daban batallas en Londres, derribando cabezas sin arriesgar las suyas. El arzobispo Laud, preso hacia mas de tres años, fue sacado del calabozo por la venganza de Prienne, y subió al patíbulo el 10 de enero de 1645. Este inflexible prelado habia sido muy perjudicial á Carlos, puesto que le habia inculcado la idea de la supremacia episcopal, é induciéndole á emprender lo que no tenia fuerzas bastantes para llevar á cabo. Laud, apoyado en su báculo pastoral, se hallaba naturalmente tan cercano al fin de su carrera, que bien hubiera podido prescindirse del trabajo de empujarle hacia él. «De edad de setenta y seis años, venerable por sus virtudes... miró la muerte sin caer en esa pusilaminidad propia de los viejos, que desde el borde del sepulcro piden al cielo les conceda algunos desgraciados momentos, que intentan agregar al considerable número de sus años (1).»

Batido en todas partes y completamente derrotado en Naseby en junio de 1645, Carlos creyó hallar un asilo entre sus verdaderos compatriotas; y sabiendo de Oxford, á donde se habia refugiado, fue á reunirse al ejército escocés, con cuyos gefes habia tratado en secreto. Fue conducido á Newcastle, donde se abrieron nuevas comunicaciones. Llegaron comisarios del gobierno inglés, y todos instaban á Carlos para que aceptase las condiciones propuestas: los escoceses ó los *santos*, que tal nombre se daban á sí mismos; los *presbiterianos* temerosos de los *independientes*; el

(1) Vida de Enriqueta de Francia.

era valiente, pudo remitir á la espada la satisfaccion de sus ofensas, y solo acudió á las armas cuando sus enemigos habian adquirido el poder de resistirse; todas las vias constitucionales le estaban expeditas para obrar en nombre de la Constitucion, hasta contra el Parlamento, y no entró en ellas. Por último, Carlos luchó inútilmente contra la fuerza de las cosas, porque su época se habia anticipado á él, y no era ya únicamente su nacion la que le arrastraba, sino el género humano: aspiraba á lo que ya no era posible. La libertad conquistada fue primero á perderse en el despotismo militar, que la despojó de su anarquía; arrebatada empero á los padres, fue restituida á los hijos, y subsistió en ultimo resultado en Inglaterra.

En los combates de pluma que precedieron á otros mas sangrientos, el partido de Carlos tuvo casi siempre razon, así en el fondo como en la forma; este partido estableció de una manera terminante y precisa todas las cuestiones relativas á las diferentes formas de gobierno, y probó que la Constitucion inglesa se componia de monarquía, de aristocracia y de democracia (esta era la primera vez que se usaba semejante lenguaje); probó asimismo que las peticiones del Parlamento tendian á desnaturalizar la constitucion monárquica, y á arrojar á la Gran-Bretaña en el estado popular, el peor de todos. Falkland y Clarendon escribieron en favor del rey, aunque uno y otro eran declarados enemigos de las arbitrarias medidas de la corte.

¿Por qué fue desoido un partido tan sensato en sus doctrinas? Consiste esto en que no se le creyó sincero, y en que se mostró frio; hallábase colocado al lado de un poder que propendia á conservar, en tanto que las pasiones militaban en favor de otro que trabajaba por destruir. Finalmente, este partido era sobrepujado en sus sentimientos de libertad por los puritanos, que marchaban á la república. Andando el tiempo, volvieron á triunfar los principios de Falkland y Clarendon, pero fue preciso devorar veinte años de calamidades. Así volvió la Francia en 1814 á las doctrinas proclamadas en 1789, habiendo podido evitarse el lujo de sus desdichas.

Sin embargo, ¡triste es decirlo! los crímenes y las miserias de las revoluciones no son siempre tesoros de la cólera divina, esparcidos sin un alto objeto entre los pueblos. Estos crímenes y estas miserias aprovechan algunas veces á las generaciones subsiguientes, por la energía que les dan, por las preocupaciones de que las libran, y por las luces con que las iluminan. Estos crímenes y estas miserias, consideradas como lecciones de Dios, instruyen á las naciones, las hacen circunspectas y las fortifican en los principios de una razonable libertad: principios que nos inclinamos á considerar como insuficientes, si no existiese la triste experiencia de una libertad bajo otra forma.

Falkland nos ha dejado uno de esos recuerdos mezclados de melancolía y de admiración que enternecen. Estaba dotado del triple genio de las letras, las armas y la política; fue fiel á las Musas en los campamentos, á la libertad en los palacios de los reyes, y adicto á un monarca desgraciado, sin desconocer sus faltas. Abrumado por los males de su país y cansado de la vida, se entregó á una tristeza que se revelaba hasta en el desaliño de sus vestidos. Buscó y halló la muerte en la batalla de Naseby: todos adivinaron su intento de abandonar la vida al verle cambiar sus vestidos, pues se habia ataviado como para un día de gran solemnidad.

El canciller Clarendon, que por su parte sirvió tan bien á Carlos I, murió mas tarde en Ruen, desterrado por Carlos II, que le debía en parte su corona. En el reinado de este príncipe, se condenó á ser quemada por mano del verdugo la memoria justificativa del virtuoso magistrado cuyos escritos, mezclados con los de Falkland, habian hecho triunfar la causa realista.

Hume dice que el estandarte real plantado en Nottingham, dió la señal de la discordia y de la guerra civil á toda la nacion. Clarendon observa que los parlamentarios cometieron el primer acto de hostilidad, apoderándose de los almacenes de Hull. Esta observacion es justa; pero téngase en cuenta que el Parlamento habia obrado en provecho de sus intereses, porque, cuando en las convulsiones políticas de los imperios se ha llegado al empleo de la fuerza, se trata menos del primer ataque que de la última victoria.

La fortuna se declaró al principio en favor del rey, pues la reina le habia llevado socorros, y reunió en Oxford los miembros del parlamento que se habian mantenido fieles á su causa, para combatir al parlamento de Londres; así, en tiempo de la Liga, habia en Francia el parlamento de Tours y el de Paris; «pero despues de mil peripecias repentinas y de inauditos cambios, la rebelion, refrenada mucho tiempo, se hizo al fin señora de todo; la licencia no conoció freno alguno, las leyes fueron abolidas, la magestad real violada con atentados desconocidos hasta allí, y la usurpacion y la tiranía se engalanaron con el nombre de libertad.»

CROMWELL.

Todos estos contratiempos se compendiaron en un hombre: no es esto decir que Cromwell fuese el adversario de Carlos, (en tal caso la lucha hubiera sido aun harto desigual), pero era el destino visible del momento. Si Carlos, el príncipe Ruperto y los partidarios del rey conseguian algunas ventajas, la presencia de Cromwell las inutilizaba. Cuanto menos brillantes eran los talentos de este hombre, mas sobrenatural parecia: bufon y trivial en sus pasatiempos, lento y tenebroso en su espíritu, poco expedito en su locucion, advertíanse en sus acciones la rapidez y el efecto del rayo. Habia algo de invencible en su genio, como en las nuevas ideas de que era campeón.

Oliverio Cromwell, hijo de Roberto Cromwell y de Isabel Stewart, nació en Huntingdon el 24 de abril del último año del siglo xvi. Roberto tuvo diez hijos, de los cuales fue Oliverio el segundo; todos los hermanos de este murieron de tierna edad. Milton ha ensalzado, al paso que otros han deprimido la familia del Protector, quien dijo en uno de sus discursos que no era ni bien ni mal nacido, lo que era bastante modestia por su parte, porque su nacimiento era bueno, y notables sus alianzas. Los primeros biógrafos de Cromwell, especialmente los franceses, dicen que al principio sirvió en el continente, y que habiéndose presentado al cardenal Richelieu, este predijo su futura elevacion: fábulas relegadas hoy al olvido. Cromwell recibió los primeros rudimentos de las letras en Huntingdon, bajo la férula de un doctor llamado Tomás Beard, párroco de esta pequeña ciudad. El doctor fue un mal maestro, aunque componia piezas dramáticas para sus alumnos, pues Cromwell nunca supo bien la ortografía.

Enviado á Cambridge al colegio de Sydney-Sussex, el 23 de abril de 1616, estudió bajo la direccion de Ricardo Howlet, y aprendió un poco de latinidad. Waller dice que conocia bien la historia de Grecia y Roma; era aficionado á los libros, y escribia fácilmente mala prosa y pésimos versos.

Muerto su padre, y habiéndole su madre llamado cerca de sí, fue, durante dos años el asombro de Huntingdon, por sus excesos. Enviado luego á Lincoln-Inn, para que estudiase leyes; lejos de dedicarse á ellas, se encenagó en la disolucion; y habiendo regresado de Londres á su provincia, contrajo matrimonio con Isabel de Bouchier, hija de sir James Bouchier, natural del condado de Essex, mujer fea y bastante infatuada

con su nacimiento; una sola carta soya que ha llegado á nosotros, prueba que su educacion habia sido completamente descuidada (1).

Cromwell, que solo tenia á la sazón veinte y un años, cambió súbitamente de costumbres, se afilió en la secta puritana y se entregó al entusiasmo religioso, que, unas veces fingido y otras verdadero, conservó toda su vida. En adelante veremos los extraños contrastes de su carácter.

Habiéndole rodeado de algunas comodidades, una herencia, llegó á ser *gentleman farmer* en la isla de Ely, siendo elegido en 1628 miembro del tercer parlamento de Carlos en el que solo se hizo notable por su fervor religioso y por sus declamaciones contra los obispos de Winchester y de Winton. Su acento era bronco y apasionado, sus ademanes groseros, y su vestir sucio y desaliñado. Su estatura era de cinco piés y cinco pulgadas, ancho de hombros, de abultada cabeza y de rostro encendido.

Despues de la disolucion del parlamento de 1628, Cromwell desaparece de la escena pública, donde no vuelve á presentarse hasta la convocacion del parlamento de 1640. Sábese únicamente que habiendo las censuras y la intolerancia de la cámara Estrellada obligado á muchos ciudadanos á trasladarse á la Nueva-Inglaterra, Hampden y su primo Oliverio Cromwell determinaron emigrar á este país. Mas, es el caso que habiendo elegido por punto de su residencia en las regiones salvajes una pequeña ciudad puritana, fundada en 1635 con el nombre de Say-Brook, por los lones Brook y Say, hallábase ya á bordo de un buque surto en el Támesis, cuando le obligó á desembarcar un edicto concebido en estos términos:

«Se prohíbe á todos los mercaderes, dueños y propietarios de buques, hacer salir al mar un bajel ó bajeles con pasajeros, antes de haber obtenido una licencia especial de algunos de los lones del consejo privado de S. M., encargados de las plantaciones de Ultramar.»

Así pues, Hampden y Cromwell, en lugar de ir á sepultarse en los desiertos de la América, según habian resuelto, se vieron detenidos en Inglaterra por orden de Carlos I: no existe en los anales humanos un ejemplo mas evidente de la fatalidad.

Obligado Cromwell á permanecer en Inglaterra, por mandato del rey á quien debia conducir al cadalso, y no sabiendo qué direccion dar á su turbulenta inquietud, se opuso al desecamiento, muy útil por otra parte, de las lagunas de Cambridge, de Huntingdon, Northampton y Lincoln, que habia emprendido el conde de Bedford. Esto le valió, por parte de los poderosos á quienes atacaba, el sarcástico nombre de *lord de las lagunas*; pero los partidos popular y puritano le eligieron miembro de la cámara de los Comunes por Cambridge, en el parlamento del 5 de mayo de 1640, á causa del ataque que dirigia contra la nobleza. Habiendo sido disuelto bruscamente este cuarto parlamento, el oscuro diputado volvió á mostrarse el mismo año en ese largo parlamento que debia labrar su fortuna y ser luego destruido por él.

La naciente revolucion no se equivocaba acerca de su caudillo, aunque era aun el miembro mas ignorado de aquellos famosos Comunes. El genio del Protector se despertó al primer grito de la guerra civil: voluntario primero, y luego coronel parlamentario, organizó un regimiento de fanáticos, que sometió á la mas severa disciplina, pues el fraile se convierte fácilmente en soldado; y para vencer el principio de honor que animaba á los *caballeros*, reclutó en su servi-

(1) Es preciso no confundir las faltas de ortografía y de lenguaje en los manuscritos de la primera parte del siglo xvii, con la ortografía y las lenguas de la misma época, que aun no se habian fijado y variaban en cada país, según las diferentes provincias.

cio el principio religioso que inflamaba las *cabezas redondas*. No tardó pues, en ser el alma de todo; refundió y reconstituyó el ejército; y sabiendo hacerse eximir de los bills que inspiraba al Parlamento, se ostentó como un poder arbitrario en medio de una nacion enteramente democrática.

DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

HASTA LA PRISION DEL REY.

1642-1647.

Cromwell se encumbró adoptando el partido de ponerse á la cabeza de los *independientes*; secta derivada del puritanismo, y cuya exageracion constituyó su fuerza. Los miembros *independientes* del Parlamento llegaron á ser los tribunales de la república: los generales y oficiales del ejército fueron reemplazados por generales y oficiales independientes, y en cada regimiento se establecieron comisarios que desconcertaban las medidas de los capitanes moderados; el resultado de esto fue exaltar hasta el colmo del fanatismo el espíritu de las tropas.

En vano Carlos, revestido aun de una sombra de poder, quiso tratar con Huxbridge, pues rota la negociacion se renovó la guerra. Montrose alcanzó algunas estériles victorias en Escocia. «El conde de Montrose, escocés y cabeza de la casa de Graham, dice el cardenal de Retz, es el único hombre del mundo que me ha traído á la memoria la imagen de algunos héroes que solo se ven ya en las *Vidas* de Plutarco; este no le habia defendido en su país el partido del rey de Inglaterra con una grandeza de alma sin ejemplo en aquel siglo.»

A pesar de esto, Montrose no era un varon de Plutarco, sino uno de esos hombres que un siglo que termina lega á otro que empieza: sus antiguas virtudes son tan hermosas como las nuevas, pero son estériles, porque plantadas en un suelo exhausto de vida, ya no las fecundan las costumbres nacionales.

Mientras unos y otros se degollaban en los campos de Inglaterra, les Comunes daban batallas en Londres, derribando cabezas sin arriesgar las suyas. El arzobispo Laud, preso hacia mas de tres años, fue sacado del calabozo por la venganza de Prienne, y subió al patíbulo el 10 de enero de 1645. Este inflexible prelado habia sido muy perjudicial á Carlos, puesto que le habia inculcado la idea de la supremacia episcopal, é induciéndole á emprender lo que no tenia fuerzas bastantes para llevar á cabo. Laud, apoyado en su báculo pastoral, se hallaba naturalmente tan cercano al fin de su carrera, que bien hubiera podido prescindirse del trabajo de empujarle hacia él. «De edad de setenta y seis años, venerable por sus virtudes... miró la muerte sin caer en esa pusilaminidad propia de los viejos, que desde el borde del sepulcro piden al cielo les conceda algunos desgraciados momentos, que intentan agregar al considerable número de sus años (1).»

Batido en todas partes y completamente derrotado en Naseby en junio de 1645, Carlos creyó hallar un asilo entre sus verdaderos compatriotas; y sabiendo de Oxford, á donde se habia refugiado, fue á reunirse al ejército escocés, con cuyos gefes habia tratado en secreto. Fue conducido á Newcastle, donde se abrieron nuevas comunicaciones. Llegaron comisarios del gobierno inglés, y todos instaban á Carlos para que aceptase las condiciones propuestas: los escoceses ó los *santos*, que tal nombre se daban á sí mismos; los *presbiterianos* temerosos de los *independientes*; el

(1) Vida de Enriqueta de Francia.

embajador de Francia, Bellievre, y la misma reina ausente, pero que se hacia entender por conducto de Montreuil. Carlos rechazó el arreglo porque chocaba con los principios de su conciencia. En aquella época la fe brillaba por donde quiera, á excepcion de un reducido número de filósofos y de libertinos, é imprimía á las faltas, y á veces á los crímenes de los diferentes partidos, cierta gravedad y hasta moralidad, si así puede decirse, dando á la victima de la política la conciencia del mártir, y al error el convencimiento de la verdad.

Predicando un ministro escocés en presencia de Carlos empezó el salmo 51: *¿Por qué, tirano, te envaneces de tu iniquidad?* Carlos se levantó y entonó el salmo 56: *Señor, apídate de mí, porque los hombres quieren devorarme.* El pueblo enternecido continuó el salmo con el caído monarca: uno y otro no se entendían ya sino á través de la Religión.

Empero estas señales de piedad se desvanecieron: los santos de Escocia concluyeron un tratado con los justos de Inglaterra, y el ejército *covenantaire* entregó á Carlos al parlamento inglés por la suma de 800,000 libras esterlinas. «Los fieles guardias de nuestros reyes, dice Bossuet, vendieron el suyo.» Cuando Carlos tuvo noticia del tratado, pronunció estas bellas y desdenosas palabras: «Prefiero verme en poder de los que me han comprado á tanto precio, que en el de los que me han vendido cobardemente.»

Prisionero de los hombres que iban á inmolarse en breve, Carlos fue trasladado al castillo de Holmby, el 9 de febrero de 1647, recibiendo en todas partes demostraciones de respeto; la multitud le salía al encuentro, y le llevaban enfermos para que los tocara y les devolviese por este medio la salud: virtud que se le atribuía como *rey de Francia*; esto es, como heredero de San Luis. Guanto mas desgraciado era Carlos, con mas fe se le creía dotado de esta benéfica virtud: extraña mezcla de poder y de impotencia! Suponíase en el régio cautivo una fuerza sobrenatural, siendo así que ni aun tenía la de romper sus cadenas; podía cerrar todas las llagas, mas no las suyas. ¡Ah! No era su mano, sino su sangre, la que debía curar la enfermedad de libertad de que adolecía la Inglaterra.

Libres los presbiterianos de todo temor por parte del rey, se propusieron licenciar el ejército, en el que dominaban los independientes; pero estos vencieron y formaron en sus campamentos una especie de parlamento militar, á las órdenes de Cromwell. Los oficiales componían la cámara alta, y los soldados y llamados *agitadores*, la cámara baja; no de otro modo la Constitución republicana de Roma pasó á las legiones del imperio: Sesenta y dos miembros independientes del verdadero parlamento, con los oradores á su cabeza, fueron á reunirse al ejército militante, predicador y deliberante, que entró en Londres y expulsó de Westminster á quien le plugo. Al mismo tiempo el alférez de caballería Joyce, antiguo sastro que había trocado la aguja en espada, sacó al rey del castillo de Holmby, le condujo prisionero del ejército á Newmarket, y desde aquí á Hamptoncourt.

Los hombres que se lanzan los primeros á las revoluciones, parten de un punto de reposo, y han sido formados por una educación y una sociedad muy diferentes de las que las revoluciones producen. En las mas violentas acciones de estos hombres hay siempre algo de lo pasado, algo que no está en armonía con sus acciones, es decir, ciertas impresiones, recuerdos y hábitos que pertenecen á otro orden de tiempos. Estos atletas parecen unos tras otros en la liza á distancias desiguales, segun el diferente grado de sus fuerzas; ó bien, deteniéndose súbitamente, se niegan á avanzar. Empero, en pos de ellos nacen otros hombres, facciosos engendrados por las facciones: nin-

guna impresion, ningún recuerdo, ningún hábito les contraria ni detiene en los hechos del presente; y como realizan por naturaleza lo que sus antecesores emprendieran por pasión, van mucho mas allá que estos primeros revolucionarios, á quienes sacrifican y reemplazan.

DESDE LA PRISION DEL REY

HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA. 1647—1649.

Casi la mitad de la propiedad inglesa había sido secuestrada por el Parlamento, so pretexto de la adhesión de los propietarios á las opiniones realistas. El clero anglicano vagaba errante por los bosques, y las victimas hacinadas en pontones en el Támesis, succumbían á las enfermedades, y algunas veces al hambre. Habíanse establecido comités investidos del derecho de vida y muerte, que sin forma de proceso despojaban á los ciudadanos. Estos comités ejercían venganzas, traficaban con la justicia y patrocinaban el crimen.

Todos estos males hicieron muy popular la empresa del ejército contra el Parlamento, porque en el choque de las combinaciones y en medio de las miserias públicas, no se examinó hasta qué punto las victorias de la revolucion habían reconocido por causa unos rigores que la humanidad, la equidad y la moral no podían justificar.

Después de haber expulsado á los presbiterianos del Parlamento, el ejército entabló, á ejemplo de este, negociaciones con el rey.

¿Pensó Cromwell en reunirse á Carlos? Así se ha creído. John Cromwell, uno de sus primos, le oyó decir en Hamptoncourt: «El rey es tratado con injusticia; pero hé aquí lo que hará que se le dispense.» Y mostraba su espada. Es verdad que Ireton y Cromwell tuvieron frecuentes conferencias en Hamptoncourt con los agentes del rey, quien, segun se dice, ofreció á aquel la orden de Jarretiera y el título de conde de Essex; pero Cromwell previó tanta oposicion por parte de los *agitadores* y *niveladores*, que se decidió á seguirles. El espíritu republicano, que obligaba á un simple ciudadano á rechazar un cordon, le dió una corona. Cromwell hubiera permanecido obscuro pero virtuoso vasallo; la libertad le impuso el crimen, el despotismo y la gloria.

Cromwell jugaba probablemente con dos barajas: si las negociaciones con Carlos producían buen efecto, le llevaban á la fortuna, y si fracasaban hallaba, abandonándolo, otros honores; por un lado la prudencia y el interés le aconsejaban acercarse á Carlos; por otro, su odio plebeyo y su desmedida ambicion le alejaban de él. Así se explica mejor la ambigüedad de la conducta de Cromwell, que por la profunda hipotesia de una traicion no interrumpida, é irrevocablemente decidida de antemano á entregarse á los últimos excesos.

En estas negociaciones, tantas veces reanudadas é interrumpidas con los diferentes partidos, el mismo Carlos fue generalmente acusado de falsedad. Adolecía del defecto de escribir y hablar mas de lo que dictaba la prudencia, lo cual era causa de que sus misivas, sus cartas, sus declaraciones y sus dichos, concluyesen por ser conocidos de sus enemigos, que al efecto solían servirse de medios poco honrosos. Después de la batalla de Naseby, el 14 de junio de 1645, halláronse en una cajita perdida cartas y papeles importantes, que fueron leídos en una asamblea popular en Guildhall, y publicadas luego con notas, por orden del Parlamento con este título: *La cartera del rey, abierta*, etc. Estos papeles y estas cartas del rey y de

la reina probaban hasta la evidencia que Carlos no miraba su palabra como comprometida, que intentaba llamar ejércitos extranjeros, y que seguía encañonado como siempre en sus máximas absolutistas.

Así tambien, antes de abandonar á Oxford para entregarse á los escoceses, habia escrito á Digby que si los presbiterianos ó los independientes no se unían á él, se degollarían unos á otros, y que entonces volvería á ser rey.

Cuando preso en Holmby por el ejército, Carlos fue conducido á Hamptoncourt, escribió á la reina una carta, en la cual, después de haberse explicado acerca de su situacion, añadía: «En tiempo y lugar oportunos sabré obrar como se debe con esos bribones, y les daré un cordon de cañamo en lugar de una jarretiera de seda.» Ireton y Cromwell, que trataban con el rey, sacaron esta carta de los cogines de una silla de montar, en que habia sido encerrada. Como hombre, Carlos era naturalmente sincero; pero como rey, el orgullo de sangre y de poder le hacían desdenoso y falaz. Montrose empleó mas noblemente esta imagen de los cordones, cuando dijo marchando al suplicio: «El difunto rey me hizo el honor de recompensarme con la orden de la Jarretiera; pero la cuerda hace mas ilustre mi posicion.»

Los *niveladores*, á cuya política debió Cromwell su poder, eran otra faccion engendrada por los independientes, cuyos principios llevaban hasta las últimas consecuencias.

Amedrentado por las amenazas, y no pudiendo entenderse con el ejército y con el Parlamento, que trataban separadamente con él, el rey tuvo la debilidad de fugarse de Hamptoncourt, dejando sobre su mesa una declaracion dirigida á las dos cámaras y diferentes papeles. Huntingdon dice que Cromwell habia escrito una carta al gobernador de Hamptoncourt, advirtiéndole el peligro de Carlos.

Tan abandonado juzgaba este su causa, que no intentó internarse en Inglaterra y reunirse á su partido, aunque tuvo por un momento la idea de retirarse á Berwick. Después de haber marchado toda la noche, sin mas séquito que el ayuda de cámara Legg, y dos gentiles-hombres, Ashburnham y Berckley, llegó á la costa, donde solo vió un mar desierto. El que domina el abismo y separó sus aguas para abrir paso á su pueblo, no permitió que una barca pescadora se presentase para facilitar un camino sobre las olas al fugitivo monarca. Carlos fue á llamar á la puerta del castillo de Tickfield, donde la condesa viuda de Southampton le dió hospitalidad, y luego tomó el partido desesperado de solicitar la proteccion del gobernador de la isla de Wight, el coronel Hammond, hechura de Cromwell.

Advertido por Jacobo Ashburnham y por Berckley, Hammond se negó á prometer su proteccion á Carlos, y pidió ser presentado á él. El rey, sabiendo la inesperada llegada del gobernador, se creyó de nuevo victima de una de esas traiciones á que estaba acostumbrado, y exclamó: «¡Jacobo, me has perdido!» Ashburnham, anegado en lágrimas, propuso á Carlos dar puñaladas á Hammond, que esperaba á la puerta, pero el monarca no quiso acceder á este asesinato, que acaso le habria salvado.

El rey cayó otra vez prisionero de la faccion militar, en el castillo de Carisbrook. Cromwell, que merced á sus incertidumbres, habia llegado á ser sospechoso al Parlamento y á los soldados, reunió los oficiales, y se resolvió en un consejo secreto que cuando el ejército hubiese acabado de apoderarse de todos los poderes, se juzgase al rey por el crimen de tiranía; crimen que aquel independiente ejército monopolizaba en su provecho, mirándolo sin duda como uno de sus privilegios ó como una de sus libertades.

El Parlamento, aunque ya muy mutilado, intentó resistir todavía, y continuó tratando con el rey. Cuán-

do los comisarios de esta asamblea, ya impotente, fueron introducidos en el castillo de Carisbrook, se mostraron llenos de respeto en presencia de aquella cabeza blanca y *descoronada*, como la llama Carlos en algunos versos que de él nos quedan. Los debates entre los comisarios y el rey se abrieron sobre ciertos puntos de disciplina religiosa, mas no se entendieron: tal era el genio de aquella época, que se sacrificaba todo al capricho de una controversia. Sin embargo, las libertades públicas, y especialmente la de imprenta por las cuales se decia hacer todo, eran inmoladas á los partidos, alternativamente vencedores. Los folletos titulados *Causa del ejército y Acuerdo del pueblo*, eran declarados por los parlamentarios como atentatorios á la autoridad del gobierno, en tanto que la fuerza militar por su parte obtenía, á petición del general Fairfax, que todo escrito fuese sometido á la censura, siendo el censor designado por el general. Las facciones, sin excaptuar las republicanas, nunca han querido la libertad de la prensa; hé aquí el mas cumplido elogio que de esta libertad puede hacerse.

No obstante, los *niveladores* dieron tal ensanche á su política de teoría, que inspiraron serios temores á Cromwell, quien, presentándose bruscamente en uno de sus conciliábulos con el regimiento *rojo* que acaudillaba y cuyos soldados eran conocidos con el nombre de *costillas de hierro*, dió muerte por su mano á dos demagogos, hizo ahorcar algunos otros, y dispersó el resto. ¿Qué decían las leyes, de estos homicidios arbitrarios, en aquel tiempo de libertad legal?

Avergonzados los escoceses de haber entregado á su señor, corrieron á las armas; Cromwell los hirió é hizo prisionero á su general, el duque de Hamilton; y los realistas, obligados á capitular en la ciudad de Colchester, fueron expuestos á la venta como un rebaño de negros y enviados á la Nueva-Inglaterra; Carlos II, reinstalado en su poder, olvidó rescatarlos; así pues, la ingratitude de los reyes hizo de la posteridad de aquellos desventurados prisioneros, unos hombres libres en el mismo suelo donde habian sido vendidos como esclavos de los reyes.

El ejército victorioso pidió, primero en términos embozados y luego sin rodeos, el enjuiciamiento del rey; petición apoyada por diferentes guarniciones del reino. Luis XVI fue victima de la animosidad de un cuerpo político, pero Carlos I solo sucumbió á la animosidad de la faccion militar: sus acusadores, una parte de sus jueces, y hasta sus verdugos, fueron oficiales.

Alarmado por tantas tentativas atrevidas, el Parlamento aceleró las negociaciones con el augusto prisionero, á fin de oponer el poder de la corona al de la soldadesca: la única respuesta de Cromwell fue marchar á Londres.

Al mismo tiempo se dió al coronel Hammond, en la isla de Wight, la orden de reunirse al general Fairfax, y que entregase la guardia de la persona del rey al coronel Ewers.

El Parlamento prohibió á Hammond que obedeciese, y él se hubiera sometido á los órdenes de la autoridad civil; pero viendo á los soldados de la guarnicion dispuestos á la rebeldía, salió al campo, donde fue preso. El rey lo fue asimismo, y desde la isla de Wight fue trasladado al castillo de Hurst, y luego á Windsor. Carlos, que habia enviado su *ultimatum* á los Comunes, y prometido á Hammond esperar en la citada isla la respuesta definitiva del Parlamento, no intentó fugarse, como hubiera podido hacerlo fácilmente: su fidelidad á la palabra empeñada le condujo al cadalso; así, pues, el honor del príncipe fue el crimen de la nacion.

Los *independientes*, que habian anteriormente expulsado de la cámara electiva á los presbiterianos mas probos, iban á ser expulsados á su vez. Esta fue la única circunstancia en que aquellos famosos Comunes

dieron muestras de valor, pues en presencia del ejército que sitiaba las puertas de Westminster, declararon que las condiciones que habían llegado de la isla de Wight eran insuficientes, y que se podía concluir un tratado con el rey. Las grandes revoluciones, cuando son tardías, casi nunca son coronadas con un éxito feliz, porque no pertenecen ni á la inspiración de la virtud, ni al impulso del carácter, puesto que son el mero resultado de una situación desesperada, que produce una superioridad momentánea sobre el miedo: una vez en este caso, ó se carece del valor necesario para sostener estas revoluciones, ó de los medios necesarios para llevarlas á cabo.

La equitativa historia debe tomar en cuenta que este voto de los Comunes fue principalmente la obra de Prinne, el presbiteriano tan perseguido por el partido de la corona y del episcopado; el hombre que por la independencia de sus opiniones, había sufrido dos veces la mutilación, tres la exposición á la pública vergüenza, ocho años de prisión y considerables multas.

Al día siguiente de la resolución parlamentaria, el coronel Pride, de oficio carretero, detuvo á cuarenta y siete miembros de los Comunes, cuando se presentaron á las puertas de Westminster; al otro día se negó la entrada á noventa y ocho, y habiendo declarado Prinne que no se retiraría voluntariamente, á despecho de todos los obstáculos, fue preciso sacarle á viva fuerza. Después de diferentes espurgos, el parlamento Largo quedó reducido á setenta y ocho miembros, y poco después á cincuenta y tres, á causa de espontáneas retiradas: trescientos cuarenta votantes habían asistido á la deliberación relativa á las negociaciones con el rey. El puñado de sediciosos conservado por la irrisión de los soldados, retuvo el nombre de *Parlamento*, pero el desprecio popular le añadió el sobrenombre de *rump*, que le ha quedado.

El *rump* desechó todo proyecto de arreglo con Carlos, y habló también de forjar uno de esos planes de república que los ilusos conciben y de que se aprovechan los bellacos. El bill para enjuiciar á Carlos y constituir á este efecto un tribunal, fue propuesto y votado en la pretendida cámara de los Comunes. La cámara alta, de que no quedaba ya sino la sombra, y que solo contaba en su seno diez y seis Pares, deshecho por unanimidad el doble bill; en vista de esto, el *rump* expidió al punto este decreto: «En consideración á que los miembros de los Comunes son los verdaderos representantes del pueblo, de quien, después de Dios, se deriva todo poder, la ley nace de la cámara de los Comunes, y no necesita para ser obligatoria, ni el concurso de los Pares, ni el del rey.»

Extendióse un acta autorizando á ciento cuarenta y cinco jueces nombrados en ella, ó solo á treinta de entre ellos, á constituirse en alto tribunal, á fin de hacer el proceso á Carlos Estuardo, rey de Inglaterra. Coke fue el abogado general, y Bradshaw obtuvo la presidencia de este tribunal, de que Cromwell formaba parte. Al abrirse el procedimiento, solo se hallaron presentes sesenta y seis miembros, y solo sesenta al dictarse el fallo.

El rey fue conducido de Windsor al palacio de San James, y desde aquí á la barra del tribunal, que funcionaba en la extremidad del gran salón de Westminster. El presidente Bradshaw estaba sentado en un sillón de terciopelo carmesí, y los sesenta y seis comisarios, colocados á los dos lados del presidente en banquetas forradas de escarlata; otro sillón situado en frente del presidente estaba destinado al acusado. Al anunciarse la llegada del rey, Cromwell se precipitó á una ventana para verlo, y se retiró igualmente presuroso, pálido como la muerte.

Carlos entró con paso firme, calado el sombrero y con un bastón en la mano; primero se sentó, y luego

se levantó y examinó á sus jueces con segura mirada; acacia esto el 20 de enero de 1649, día que debía tener un terrible aniversario: el 20 de enero de 1793 se leyó á Luis XVI, preso en el Temple, la sentencia de muerte.

Conducido cuatro veces á presencia de sus asesinos, Carlos hizo alarde de una nobleza, de una paciencia, de una sangre fría y de un valor que borraron el recuerdo de sus debilidades. Rechazó la competencia del tribunal, y sin descubrir su cabeza, habló como rey.

Bradshaw opuso á Carlos la soberanía del pueblo, y le acusó de haber violado la ley, hollado las libertades públicas y derramado la sangre inglesa. Esta controversia política no era otra cosa que un proceso burlesco en presencia de la muerte, verdadero presidente del tribunal. Los testigos probaron que el rey había mandado sus tropas en diferentes encuentros; en Francia no se hubiera dado muerte á un rey por haberse batido.

Lady Fairfax mostró esa generosa audacia propia de las mujeres, pues se atrevió á contradecir á los comisarios desde la tribuna en que asistía al proceso, habiendo sido amenazada de que se mandaría á los soldados hacer fuego sobre las tribunas.

Los jueces, que se reconocían verdugos, habían colocado una espada sobre la mesa á que estaban sentados los dos secretarios del tribunal. Al pasar por delante de esta mesa, Carlos tocó la espada con la punta de su bastón, y dijo: «No me intimida.» Y así era la verdad.

Con el mismo bastón había tocado también el hombre del abogado general, Coke, dirigiéndole el grito parlamentario *hear! hear!* (¡escuchad! ¡escuchad!); al empezar aquella defensa, el puño de plata del bastón cayó al suelo, y así amigos como adversarios concluyeron de este hecho que el rey sería decapitado.

Carlos sonrió con desprecio al oír en su derredor estas encontradas exclamaciones: *¡Justicia! ¡Justicia! ¡Ejecucion! ¡Ejecucion!*

Habiendo un miserable, acaso uno de sus jueces, escupióle en el rostro, se limpió sin inmutarse: «Los pobres soldados, dijo luego á Herbert, el Clergy del antecesor de Luis XVI, los pobres soldados no me aborrecen, sino que son excitados á estos insultos por sus gefes, á quienes tratarían del mismo modo por un puñado de plata.» Uno de los soldados, que le manifestaba alguna compasión, fue rudamente golpeado por un oficial: «El castigo me parece superior á la falta,» dijo Carlos.

La Religión sostenía al monarca, que creía comparir sus afrentas con el Rey de los reyes; esta comparación elevaba su alma sobre las miserias de la vida, y solo se le vió enternecerse cuando oyó al pueblo gritar detrás de los guardas: *¡Dios preserve á V. M.!* No son los ultrajes, sino las muestras de bondad, las que rompen el corazón de los desgraciados.

En los intervalos de las sesiones, los comisarios se retiraban para deliberar en la *Sala pintada*; esto sucedía el tercer día del juicio, cuando el rey propuso explicarse ante un comité compuesto de lores y de miembros de los Comunes, pues tenía que hacer, según decía, una proposición propia para devolver la paz á su pueblo. Bradshaw desechó tal propuesta; y habiendo reclamado el coronel Downes, uno de los jueces, el tribunal fue á deliberar al aposento inmediato; Cromwell triunfó del coronel, y se decidió no admitir la propuesta del rey. Proponíase Carlos, al menos así se ha creído, declarar que abdicaba la corona en favor del príncipe de Gales.

Antes y durante la instrucción del proceso, se trató de exaltar por todos los medios posibles, el espíritu del pueblo.

Un predicador anunció en el púlpito «que acababa

de tener la revelación de que, para asegurar la felicidad del pueblo, era urgente abolir la monarquía; que el rey era visiblemente Barrabás, y el ejército, Cristo; que no se debía imitar á los judíos, entregando el ladrón en lugar del justo; que en el ejército había mas de cinco mil santos, cuales no los había mayores en el paraíso; y que por lo tanto debía hacerse justicia del gran Barrabás de Windsor.» Este predicador, procedente de Nueva-Inglaterra, se llamaba Peters; extraña semejanza de nombre con aquel otro Peters, que contribuyó á la pérdida de Jacobo II.

En aquellos críticos momentos se vió lo que tantas otras veces: es decir, la probidad común, suficiente en tiempos normales, é ineficaz en los de peligro. Aquella especie de hombres de bien, que habían querido la revolución de buena fe, carecieron de energía para encerrarla dentro de justos límites. Whitelocke, que pertenecía á este rebaño de hombres débiles, declaró que rechazaba sobre el ejército la farsa de proceso hecho al rey; cosa muy natural en su opinión, toda vez que el ejército había pedido la acusación. Whitelocke tenía razón; pero el ejército no lo entendía así, sino que pretendía hacer de los parlamentarios unos verdugos en pro de sus planes. Whitelocke, guarda-sellos, fue á ocultarse en el campo con su colega Weddington, y Elsing, amanuense del Parlamento, hizo renuncia de su cargo. John Cromwell, entonces al servicio de Holanda, fue á Inglaterra de parte del príncipe de Gales y del de Orange, con el designio de salvar al rey. Introducido con mucho trabajo cerca de su primo Oliverio, procuró disuadirle de la enormidad del crimen próximo á perpetrarse, y le recordó que le había visto en otro tiempo en Hamptoncourt animado de mas leales opiniones. Oliverio le replicó que los tiempos habían cambiado, y que aunque había ayudado y orado por Carlos, el cielo no le había dado aun respuesta alguna. John se arrebató y fue á cerrar la puerta, y Oliverio creyó que su primo se proponía asesinarle. «Vuelve á tu posada, le dijo, y no te acuerdes sino después de haber oído hablar de mí.» A la una de la madrugada, un mensajero de Oliverio fue á decir á John que el consejo de los oficiales *había buscado al Señor*, y que este quería que el rey muriese. En otra ocasión se había oído exclamar á Cromwell: «Se trata de mi cabeza ó de la del rey; mi elección está hecha.»

La orden para la ejecución de la sentencia de muerte fue firmada en la *Sala pintada*, por unos sesenta miembros, que la sellaron con sus sellos; el original de esta orden se conserva: muchos de los nombres de los firmantes están escritos de modo que no es posible leerlos; otros están borrados y reemplazados por otros nombres entre renglones. La bajeza en lo presente y el temor respecto del porvenir habían aconsejado estas villanas precauciones, propias de una conciencia insegura.

Cromwell estampó su nombre en la orden de ejecución, con esas bulonadas que acostumbraba mezclar con las acciones mas serias; ya porque intentase aparentar que era superior á ellas, ya porque su carácter se compusiese de lo grotesco y lo grande, sirviendo aquel de distracción á este.

Habiasele visto en su primera juventud tan dado á la disolución, que los taberneros cerraban sus puertas al verle pasar por las calles de Huntingdon. Una vez, en casa de uno de sus tíos, obligó á los concurrentes á huir de un baile, merced á cierto perfume con que había frotado sus guantes y vestidos. Algun tiempo después, ocupándose de una constitución para Inglaterra, arrojó una almohada á la cabeza de Ludlow, que le arrojó otra á las piernas, cuando le vió huir. Habiéndole sorprendido un día los santos bebiendo, dijo á sus alegres amigos: «Green que *buscamos al Señor*, y buscamos un tirabuzón.» Este había caído al suelo.

Cromwell, al firmar la orden de ejecución de Carlos I, embadurnó de tinta el rostro de Enrique Martyn, que firmaba á su lado; el regicida Martyn devolvió la chanza á su camarada de asesinato: aquella tinta era sangre, é imprimió en ellos la señal que marcaba la frente de Cain.

El coronel Ingoldsby, pariente de Oliverio, nombrado comisario en el alto tribunal, donde no llegó á tomar asiento, entró casualmente en la *Sala pintada* en aquel momento. Instóle Cromwell á que uniese su nombre á los ya inscritos, mas él se negó á hacerlo. Los comisarios se apoderaron de Ingoldsby; Cromwell le puso á viva fuerza la pluma entre los dedos, con grandes carcajadas; y guiándole la mano, le obligó á trazar la palabra *Ingoldsby*.

Por lo demás, este escarnio abominable es muy frecuente en la historia. Los mayores revolucionarios de Francia eran fanfarrones é indiscretos, y se jactaban de derramar la sangre con la misma indiferencia que el agua. La conciencia del protervo y la del hombre virtuoso producen la misma paz y sostienen agradablemente la vida; hay entre ellas, no obstante, una diferencia: la una no siente el peso de los remordimientos, la otra no siente el de la adversidad.

Cromwell representó otra farsa respecto de Fairfax: proponíase este intentar libertar al rey con su regimiento; pero Cromwell, secundado por Ireton, se esforzó en persuadirle que el Señor había rechazado á Carlos; y le incitaron á que apelase al cielo para obtener un oráculo, ocultándole, sin embargo, que habían firmado ya la orden de ejecución.

El coronel Harrison, tan sencillo como Fairfax, pero movido por diferentes ideas, fue dejado por el yerno y el suegro cerca de Fairfax, é hizo durar las oraciones hasta el momento en que llegó la nueva de que había caído la cabeza del rey.

Los lores Richmond, Lindsay, Southampton y Herforth, antiguos ministros de Carlos, pidieron sufrir la muerte en lugar de este, como únicos responsables, según el texto de la Constitución, de los actos de la corona. Las facciones no reconocieron esta noble responsabilidad; y el crimen dió un bill de indemnidad á los ministros. La Escocia amenazó; Francia y España hicieron representaciones bastante frias, y la Holanda obró con mas viveza, pero en vano.

Carlos escuchó la lectura de su sentencia sin dar mas señales de conmoción que una desdeñosa contracción de labios, cuando se oyó declarar tirano, traidor, asesino, enemigo de la república, y condenado como tal á ser decapitado. Los sesenta y tres comisarios que quedaban de los ciento cuarenta y cuatro nombrados, se levantaron en señal de adhesión á la sentencia, que fue leída en alta voz. Carlos mostró deseo de hablar después de la lectura, pero no se le permitió, pues no estaba ya vivo á los ojos de la ley.

Durante los tres días concedidos al preso para prepararse á la muerte, el único rumor de la tierra que llegó á su soledad fue el de los operarios que levantaban el cadalso. Los republicanos tenían en su poder á los dos hijos de Carlos, la princesa Isabel y el duque de Gloucester, de edad de tres años, que fueron conducidos á su presencia. El monarca tomó al duque en sus rodillas, y le dijo: «Se va á cortar la cabeza á tu padre; acaso se trata de hacerte rey, pero no puedes serlo mientras vivan tus hermanos mayores, Carlos y Santiago.» El niño respondió: «Primero me dejaré hacer pedazos.» El padre abrazó al huérfano, derramando lágrimas de ternura. Cromwell, que se reservaba la corona, quería hacer del duque de Gloucester un mercader de botones. El rey Luis XVIII, niño aun, y su noble hermana recibieron después en el Temple las bendiciones de Luis XVI.

Un comité nombrado por el tribunal había elegido el lugar de la ejecución: el patíbulo se erigió delante del palacio de Whitehall, al nivel de la sala de los

banquetes. A consecuencia de esta disposición, Carlos debía hallarse á pié llano con su nuevo trono al salir por las ventanas. La mano de Dios había escrito en las paredes de esta sala de los festines, la ruina del imperio de los Estuardos (1).

El rey había pedido la asistencia del obispo Juxon, virtuoso defensor de Strafford, y le fue concedida por la mediación de Peters, el predicante fanático, que tanto se asemejaba á los clérigos de París en tiempo de la Liga. Herberto, que no se separaba de su señor, se acostaba en un camastro inmediato á su lecho.

En la noche del 29 al 30 de enero, el rey durmió profundamente hasta las cuatro de la madrugada. Entonces despertó á Herberto y le dijo: «Ha llegado el día de mi segundo matrimonio; necesito, pues, un traje digno de esta solemnidad.» Indicó el vestido que quería llevar, y se puso dos camisas á causa del rigor de la estación. «Si temblase de frío, dijo, mis enemigos lo atribuirían á miedo.»

Habiendo advertido Carlos que Herberto había tenido un sueño agitado, le preguntó la causa. «He soñado, dijo aquel, que veía entrar al arzobispo Laud en vuestro aposento, y que habiéndole dado la orden de acercarse á vuestra persona, le habeis hablado con aire triste. El arzobispo exhaló un profundo suspiro, y se retiró inclinando la cabeza.» Carlos asombrado por este sueño, replicó: «Ese arzobispo no existe ya; pero si viviese le hubiera dicho algunas cosas que le habrían hecho suspirar.»

El monarca pasó algunas horas en oración con el obispo, y recibió la comunión de manos de este verdadero amigo de Dios. El republicano Ludlow desfiguró esta escena patética, refiriendo que Juxon, llamado por Carlos, vistió con premura sus vestiduras pontificales, y que no teniendo ningún discurso dispuesto al efecto, leyó á su penitente uno de sus antiguos sermones. Las Memorias de Clery, falsificadas por orden de los interesados, alteran las palabras del rey mártir, y satirizan los rasgos de la virtud y del infortunio.

Herberto volvió á entrar en la cámara del rey, y poco despues el coronel Hacker fue á anunciar que era tiempo de partir para Whitehall.

Carlos, vestido de luto, adornado con el collar de San Jorge, y con un sombrero con una pluma negra en la cabeza (así se había vestido Falkland para morir), salió á pié del palacio de San James el 30 de enero de 1649, á las ocho de la mañana, y atravesó el patio entre dos filas de soldados: sus servidores y carceleros, y el mismo coronel Thomlinson, jefe de su guardia fúnebre, le acompañaban con la cabeza descubierta: el respeto era igual á la grandeza de la víctima.

El rey entró en su palacio de Whitehall, donde se le había preparado un banquete, pero solo tomó un poco de pan y vino; y aun esto por consejo de Juxon. Dos horas trascurrieron antes de ser llamado al suplicio, no habiendo podido formarse sino vagas conjeturas acerca de esta misteriosa dilación.

Los embajadores de Holanda llegaron á Londres el 25 de enero, y no recibieron audiencia de los Comunes hasta la noche el 29, víspera de la catástrofe.

Seymour se hallaba entre ellos, y era portador de dos cartas del príncipe de Gales, una dirigida al rey y la otra á Fairfax, y además llevaba consigo una firma en blanco del príncipe, Seymour estaba autorizado á declarar que los parlamentarios podían escribir en él todas las condiciones que estimasen oportuno imponer para el rescate de la vida del preso; y el nombre del heredero de la corona, escrito al pié de estas condiciones, sería la garantía de su plena y entera aceptación. Este incidente puede suscitar dudas, y si hu-

(1) Algunas Memorias dicen que se había practicado una abertura en la pared.

biese ocurrido con algunos días de antelación, hubiera quizá salvado al rey. Sea de esto lo que quiera, es cierto que se deliberó al pié del cadalso, y que el sacrificio se suspendió dos horas, por razones de que no tenemos noticia. Hallamos una prueba singular de la irresolución de los conjurados hasta el último momento.

Fairfax, que se encontraba en Whitehall durante la ejecución, se había negado á pertenecer al número de los jueces; habíase opuesto á la sentencia, y lady Fairfax con mayor energía que él, había amenazado con sublevar los soldados de su regimiento, y solo fue engañado, como hemos visto, por las chocarrerías de Cromwell. Hallóle Herberto rodeado de algunos oficiales en un corredor de Whitehall, y Fairfax le dijo al verle: «¿Cómo sigue el rey?» pregunta que causó no poca sorpresa á Herberto. ¿Deberemos creer que Fairfax imaginaba que no seguían las negociaciones? ¿O es que ignoraba el verdadero estado de las cosas? La rectitud sin luces naturales produce los mismos resultados que la perversidad, porque sino consuma los hechos, deja consumarlos, y su propia conciencia le tiende unos lazos de que no sabe desahorsarse.

Acaso la demora de que hablamos provino de la dificultad de hallar verdugos, y de vestirlos con traje adecuado á la escena. El proceso formado por los regicidas, demuestra que no se sirvieron del verdugo ordinario; que habiendo sido llamados bajo juramento, todos los soldados de un regimiento se negaron á prestar sus brazos á esta obra; y que Hulet, oficial acusado en el proceso de haber sido el verdugo, sostuvo en su defensa que se le había mantenido preso en Whitehall por haber rehusado el hacha de honor de los regicidas.

El coronel Thomlinson tuvo la humanidad de permitir á Seymour que entregase á Carlos la carta de su hijo. Seymour recibió las últimas instrucciones del monarca para el príncipe de Gales. No bien se hubo retirado, cuando entró el coronel Hacker, que iba á anunciar al monarca que había llegado su postrer momento.

Carlos le siguió sin titubear, y atravesó acompañado de Juxon, una dilatada galería ocupada por soldados; estos se mostraban harto cambiados, y en su aspecto se echaba de ver la parte que al fin tomaban en tan alto infortunio. El rey salió por la extremidad de la galería, y se halló de repente sobre el cadalso: sonaban á la sazón las diez y media.

El patíbulo estaba cubierto de negro. Dos verdugos enmascarados, misteriosos fantasmas que aumentaban el terror de la catástrofe, se mantenían en pié al lado del tajo sobre el cual se veía brillar el hacha: los dos estaban igualmente vestidos con trajes de carnicero, especie de saco ó blusa estrecha de lana blanca: el uno, de negro cabello y barba, llevaba un sombrero con ala caída; el otro ostentaba una larga barba parda, y en su cabeza una peluca del mismo color, cuyos pelos colgaban en desorden sobre la máscara. Cuatro argollas de hierro fijadas en el patíbulo, estaban destinadas á pasar por ellas unas cuerdas que obligasen al rey á poner su cabeza sobre el tajo en caso que opusiese resistencia: así los antiguos sacrificadores ataban el toro al altar. Varios regimientos de caballería é infantería, con casacas encarnadas, rodeaban el cadalso, y un pueblo numeroso, colocado fuera del alcance de la voz de su soberano, se agrupaba en silencio á espalda de las tropas.

Dominaba Carlos aquel formidable espectáculo desde lo alto del fúnebre monumento, y en sus miradas se advertían cierta intrepidez y serenidad. No pudiendo hacerse oír de la multitud, habló de toda clase de negocios á las personas que le rodeaban; no mostró zozobra ni prisa al aspecto de la muerte, y hubiera podido creerse un hombre ocupado en su aposento

de la acción mas comun, mientras sus domésticos le preparaban su lecho.

Aquella noche se vendió en las calles de Londres una relación popular de los últimos momentos del rey, llena de esos pequeños pormenores de que tanto gustan los ingleses. En estos retratos hechos sobre el modelo vivo, brillan una sencillez y una naturalidad que todas las copias del mundo no alcanzan á reproducir. Hé aquí esta relación, en la que se advertirá la libertad de espíritu de Carlos, y sus discursos mezclados de controversia religiosa y política; el régio orador parecía olvidar que estaba allí para morir, y solo sus paréntesis relativos al hacha, revelaban que se acordaba de todo. Y admirárase tambien en esta relación el dolor de los concurrentes, y hasta el respeto del verdugo, pues Hulet, velado el rostro con su antifaz de barba parda, no dió el golpe sino por orden del único que tenía derecho de dictársela.

Nos servimos de la traducción francesa de este documento, hecha en 1649, y no menos sencilla que el original.

RELACION VERIDICA

LA MUERTE DEL REY DE LA GRAN-BRETAÑA,

CON LA ARENGA DIRIGIDA POR S. M. DESDE EL PATIBULO, INMEDIATAMENTE ANTES DE SU EJECUCION.

«El día 29 de enero, á las diez de la mañana, el rey fue conducido desde San James á pié por el interior del patio, en medio de un regimiento de infantería, tambor batiente y banderas desplegadas, con su guardia ordinaria, armada de partesanas, precediéndole y siguiéndole algunos de sus gentiles-hombres con la cabeza descubierta; el señor Juxon, doctor en teología, y poco antes obispo de Londres, le seguía, y el coronel Thomlinson, encargado de la custodia de S. M., le hablaba con la cabeza tambien descubierta, desde el parque de San James á través de la galería de Whitehall hasta la cámara de su gabinete, donde acostumbraba dormir y hacer sus oraciones; habiendo llegado á la citada galería, se negó á comer, pues habiendo comulgado una hora antes, había bebido luego un vaso de vino y comido un poco de pan.

«Desde allí fue acompañado por el señor Juxon, el coronel Thomlinson y algunos otros oficiales encargados de seguirle, y por su guardia de corps, rodeado de mosqueteros, desde la sala del banquete inmediata al cadalso, que se alzaba cubierto de negro, con el hacha y el tajo en medio. Muchas compañías de caballería y de infantería estaban colocadas á entrambos lados del cadalso, y á su espalda se agolpaba el pueblo, deseoso de presenciar el espectáculo. Habiendo el rey subido al patíbulo, miró detenidamente el hacha y el tajo, y preguntó al coronel Hacker si lo había mas alto; luego habló en los términos siguientes, dirigiendo particularmente sus palabras al coronel Thomlinson:

«Muy poco tengo que decir; por esto me dirijo á vos, y os diré que callaría muy gustoso á no temer que mi silencio diese á algunos motivos para creer que sufro la falta con tanta indiferencia como el castigo; pero creo que para sincerarme para con Dios y mi país debo justificarme como buen cristiano y buen rey, y finalmente como un hombre de bien.

«Empezaré hablando de mi inocencia, y en verdad no creo me sea necesario hablaros largo rato sobre el particular. Todo el mundo sabe que no he roto la guerra con las dos cámaras del Parlamento; y pongo por testigo á Dios, á quien pronto habré de dar estre-

cha cuenta, que nunca he intentado usurpar sus privilegios; por el contrario, ellos inauguraron la discordia, apoderándose de los arsenales; confiesan que me pertenecen, pero juzgan que ha sido necesario arrebatármelos; y para reasumir, diré que si alguno quiere confrontar las fechas de las diputaciones de sus diputados con las de los míos, verá con toda claridad que ellos han empezado estas fatales disensiones y no yo; así es que espero que Dios vengará mi inocencia... No! no quiero que esto acontezca! Tengo caridad, y no quiera Dios que yo impute la falta á las dos cámaras del Parlamento; no es necesaria la una ni la otra, y las juzgo exentas de todo crimen, porque creo que los malos ministros de su parte y de la mía, han sido los principales causantes de la sangre derramada. Bien examinado todo, así como yo me conceptúo libre de culpa, espero (y pido á Dios que así sea), que ellas lo estén igualmente. No obstante, no permita Dios que yo sea tan mal cristiano que no confiese que los juicios de Dios son justos contra mí, pues muchas veces castiga justamente por medio de una venganza injusta, como lo vemos con harta frecuencia. Diré únicamente que una sentencia injusta que he permitido ejecutar (1), es castigada en este momento por otra, tambien injusta, dictada contra mí. Lo que he dicho hasta aquí tiene por objeto demostraros mi inocencia.

«Ahora, para haceros ver que soy buen cristiano, ved aquí á un hombre justificado (mostrando con el dedo al señor Juxon), que dará testimonio de que he perdonado á todo el mundo, y en particular á los autores de mi muerte; Dios sabe quienes son, y le ruego les perdone. Pero esto no basta: es preciso que mi caridad vaya mas lejos: deseo que se arrepientan, porque verdaderamente han cometido un enorme pecado en este caso. Pido á Dios con San Esteban que no reciban el castigo; y no solo esto, sino que puedan hallar el verdadero medio de restablecer la paz en el reino; porque la caridad me manda perdonar, no solo á los particulares, sino procurar, hasta mi último suspiro, consolidar la paz en el reino.

«Así, señores, lo deseo con toda mi alma, y espero que hay aquí algunos (2) que lo harán conocer á todo el país, para ayudar á esta pacificación.

«Ahora, señores, debo haceros ver que estais en un mal camino, y colocaros en otro mejor. En primer lugar, para probaros que os desvias de la justicia, os diré que todo lo que habeis hecho ha sido, á mi parecer, por via de conquista; ciertamente esta es una pésima via, porque una conquista, señores, nunca es justa sino se apoya en alguna buena y legítima causa, ya sea esta algun agravio recibido, ya algun indisputable derecho; y en tal caso, si os excedeis de esto, la primera contestación que aventurais hace vuestra causa injusta al fin, aunque al principio no lo fuese; mas si solo es por conquista, cometéis un gran robo; recordad que un pirata acusó un día á Alejandro de ser un ladrón en grande, siendo así que él se daba por contento con ser un ladrón en pequeño. De manera, señores, que el camino que ahora emprendéis me parece muy desacertado, y estáis seguros de que para poneros en otro mas seguro, nunca hareis bien ni Dios os asistirá sino dais á Dios lo que es de Dios y al rey lo que es del rey (quiero decir á mis sucesores), y al pueblo lo que le pertenece. Yo amo al pueblo tanto como vosotros. Debeis dar á Dios lo que es de Dios, arreglando rectamente su Iglesia (segun la Escritura), pues hoy está en gran desorden. No puedo deciros detalladamente en este momento cual sea esa via; os diré únicamente que sería oportuno reunir un sínodo nacional, donde todos pudiesen discutir con entera

(1) La sentencia de muerte del conde de Stafford.

(2) Volviéndose hácia algunos gentiles-hombres que anotaban lo que decia.

libertad, siendo admitidas las opiniones que parecieran evidentemente buenas.

»Por lo que respecta al rey, en verdad no puedo... Luego, volviéndose á un noble que tocaba el hacha, le dijo: «No deterioreis el hacha. (1) Por lo que respecta al rey las leyes del reino os instruyen claramente; y no obstante, solo os diré una palabra relativamente á mi persona.

»En cuanto al pueblo, deseo tanto como el que mas su libertad y emancipacion; pero debo deciros que estas deben ser conservadas por las leyes que garantizan la vida y las fortunas; no es esto decir que el pueblo tenga parte en el gobierno, pues esto no le pertenece. Un soberano y un vasallo son muy diferentes entre si; y no obstante, hasta que hagais esto (quiere decir, que deis al pueblo esta especie de libertad), ciertamente no disfrutarán de ella.

»Señores: por este motivo me hallo aquí. Si hubiera querido dar lugar á un arbitraje para cambiar las leyes, segun el poder de la espada, hubiera podido evitar esto; y no obstante os digo (y pido á Dios desvíe su castigo de vuestras cabezas), que soy martirizado por el pueblo.

»En verdad, señores, no os entretendré mucho tiempo: únicamente os diré que hubiera podido pedir algun tiempo para coordinar todo esto y presentarlo mejor; espero, sin embargo, que disimularéis este desaliño.

»He descargado mi conciencia, y pido á Dios que adopteis los medios mas á propósito para el bien del reino y para vuestra propia salvacion.

»Entonces el señor Juxon dijo al rey: «¿Gusta V. M. decir algo para la satisfaccion del pueblo, aunque vuestra adhesión á la religion es harta notoria?»

«—Os doy gracias con todo mi corazón, monseñor, porque casi lo habia olvidado. En verdad, señores, creo que mi conciencia y religion son bien conocidas de todo el mundo; no obstante, declaro en presencia de todos vosotros que muero cristiano profesando la religion de la Iglesia anglicana, tal cual me la ha dejado mi padre, y creo que este recto varon (señalando al señor Juxon), dará testimonio de ello.»

»Luego, volviéndose á los oficiales les dijo: «Escusadme en esto: mi causa es justa y mi Dios es bueno; no diré mas.»

»Luego dijo al coronel Hacker: «Procurad, si sois servido, que no se me atormente mucho.»

»Como en aquel momento se acercase un gentil-hombre al hacha, el rey le dijo sobresaltado: «Cuidado con el hacha! cuidado con el hacha!»

»Dirigiéndose luego al ejecutor, dijo: «Haré una oracion breve, y cuando extienda los brazos...»

»Esto dicho, pidió su gorro de dormir al señor Juxon y habiéndoselo puesto dijo al ejecutor: «¿Os molestan mis cabellos?» El ejecutor le pidió que se ocultase bajo el gorro, lo que él hizo ayudado del obispo y del mismo ejecutor. Luego, volviéndose otra vez al señor Juxon, repitió: «Mi causa es justa y mi Dios es bueno.»

»Solo falta ya un paso, que aunque muy triste es muy corto, y podeis considerar que os llevará en breve muy lejos; él os trasladará de la tierra al cielo, donde hallaréis gran alegría y consuelo.»

»Voy á trocar una corona corruptible por otra imperecedera, en la que no puede haber turbacion mundana.»

»Cambiareis una corona temporal por otra eterna: ¡hermoso cambio!»

»El rey preguntó al ejecutor: «¿Están bien mis cabellos? Dejó caer su manto y dió su cordon azul, distintivo de la Orden de San Jorge, al señor Juxon diciéndole: «Recibid esta memoria.»

»Despojóse luego de su ropilla, y volviendo á colo-

(3) Quería decirle que no mellase el filo.

car el manto sobre sus hombros, miró al tajo y dijo al ejecutor: «Es preciso que lo sujetéis bien.»

»—Está bien sujeto.»

»—Hubiera podido hacerse uno mas alto.»

»—No puede serlo mas, señor.»

»—Cuando extienda los brazos, entonces...

»Pronunció en pié y con voz baja tres ó cuatro palabras, dirigiendo al cielo las manos y los ojos; arrojóse bruscamente y puso su cuello sobre el tajo; entonces el verdugo volvió á colocar sus cabellos debajo del gorro; y el rey, creyendo que iba á descargarse el golpe, le dijo: «Esperad la señal.»

»—Así lo haré, si V. M. lo desea.»

»Después de una breve pausa, el rey extendió sus brazos. El ejecutor separó de un golpe la cabeza, y tomando esta en su mano la mostró á los espectadores: el cadáver del rey fue depositado en un cofre, forrado al efecto de terciopelo negro, y que ahora se halla en su aposento de Whitehall.»

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI.

(Fin de la relacion.)

Clarendon refiere que el cadáver del rey, que se veía en la noche de la ejecucion en su aposento de Whitehall, no pudo ser hallado á la restauracion de Carlos II. No obstante, Herberto habia escrito positivamente que la inhumacion habia tenido lugar en Windsor en la cueva del coro de la capilla de San Jorge, donde descansaban los restos de Enrique VIII y de Juana Seymour. Trabajando los operarios en esta capilla en 1843, abrieron casualmente la cueva. El principe regente, mas tarde Jorge IV, mandó practicar investigaciones cuyo resultado fue descubrir un ataúd de plomo, sobre el cual se veía una plancha de metal con estas palabras CARLOS, REY; esto estaba enteramente conforme con la relacion de Herberto.

Levantóse la tapa, y después de haber quitado un lienzo impregnado en una materia crasa, dejóse ver el rostro de un difunto cuyas desfiguradas y confusas facciones se asemejaban al retrato de Carlos I. Segun el proceso verbal de sir Enrique Halford, la cabeza del cadáver separada del tronco, tenia los ojos medio abiertos, y se pudo emparar un pañuelo blanco en una sangre aun bastante líquida. Este testigo extraordinario, de regreso del sepulcro, después del asesinato de Luis XVI, ha venido á revelar las faltas de los reyes, las demasías de los pueblos, el transcurso del tiempo, el íntimo enlace de los acontecimientos, y la complicidad del crimen de 1649 con el de 1793.

Es notable la omision de que adolece la relacion popular de la ejecucion de Carlos, pues no habla de la máscara de los verdugos. El regicida Ludlow guarda tambien silencio sobre el particular. La hoja volante de que se trata no pudo ser vendida en las calles de Londres sino después de haber pasado por la censura de los vencedores. Ahora bien: ó los verdugos disfrazados eran una horrorosa saturnalia, ó la confesion de que se habia perpetrado un asesinato en una cabeza que ningun ser con rostro humano tenia el derecho de tocar.

Para llegar á la fatal ejecucion, Cromwell habia necesitado esos gritos y esas lágrimas que, contrariándose en él, delataban su mútua hipocresia; y mostrándose franco después del golpe, hizo abrir el fúnebre, y se cercioró, tocando la cabeza de su rey, que estaba realmente separada del cuerpo, y aun observó que un hombre de tan buena complexion hubiera podido vivir mucho tiempo. El terrible Cromwell, oscuro y desconocido como el destino, armado en aquel momento del inexorable poder de este, se complacia en la victoria alcanzada por él sobre un monarca y sobre la naturaleza.

Sus compañeros de asesinato, que no participaban de su seguridad y alegría, apresurabanse á abandonar aquella sangrienta escena. El principal verdugo, Hulet, capitán de caballería en el regimiento del coronel Hewson, deseoso de atravesar el Támesis, se arrojó en la barca de un marinero llamado Smith, que fue obligado por unos mosqueteros á tomarlo á su bordo. Habiéndose alejado de la orilla, Smith dijo al siniestro pasajero: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?—No, respondió Hulet; y esto es tan cierto como que soy pecador delante de Dios.» Y temblaba de piés á cabeza. Smith replicó sin dejar de remar: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?» Hulet negó de nuevo, y contó que le habian tenido preso en Whitehall, pero que se habian apoderado de sus instrumentos. Smith le dijo: «Echaré á pique mi barca, sino me dices la verdad.» La cabeza del monarca habia sido pagada á Hulet en cien libras esterlinas. «Yo probaré que tu has dado el golpe,» le dijo el abogado general Turner, cuando se instruyó el proceso de los regicidas, «y te arrancaré tu máscara.»

LA REPUBLICA Y EL PROTECTORADO.

1649—1658.

La ejecucion de Carlos produjo dos resultados en Inglaterra.

Por una parte, los hombres de bien quedaron consternados; hubo dolores profundos y muertes repentinas causadas por ellos; y como la nacion era religiosa, hubo tambien remordimientos. El *Eikon Basilike* hizo echar de menos á Carlos I, bien así como el testamento de Luis XVI hizo admirar á este. El *Eikon Basilike* no era de Carlos; el doctor Gauden es considerado actualmente como su autor. Milton acometió la odiosa tarea de ilustrar este punto de crítica, pero á pesar de toda la sublimidad de su genio, apoyado en la verdad del hecho, no pudo triunfar de una suposicion gratuita, obra de un espíritu vulgar, pero cimentada en la verdad de la desgracia.

¿Qué queda hoy en Inglaterra de todos aquellos dolores? Una ceremonia establecida por Carlos II, que se celebra anualmente el 30 de enero. Hay obligacion de ayunar, pero nadie ayuna; ciérranse los espectáculos, pero el público se divierte en salones y tabernas; ciérrase tambien la Bolsa con no pequeño disgusto de los especuladores, á quienes importa poco hallar la cabeza de un rey en el camino de su fortuna ó de su ruina. Los siglos no adoptan estos legados de luto, porque tienen que llorar hartos males propios, sin encargarse ademas de derramar lágrimas hereditarias.

Por otra parte, en los tres reinados posteriores á la muerte de Carlos I, se esparció suma confusion, pues cada cual tenia un plan de república y de religion. Los millenarios, ó los hombres de la quinta monarquía, pedian la ley agraria y la abolicion de toda forma gubernamental, á fin de esperar el próximo gobierno de Cristo, y no conocian otra Carta que la Escritura. Los Antonianos pretendian que la ley moral estaba destruida, y que todos debian guiarse en lo sucesivo por sus propios principios, y no por las antiguas nociones de justicia y de humanidad; reclamaban la libertad de hacer cuanto les viniese á las mientes: la fornicacion, la embriaguez y la blasfemia, entraban en su opinion en las vias del Señor, puesto que este es quien habla en nosotros. Ni estaban lejos de hacerse tureos, pues se complacian en la lectura del Alcoran, recién traducido. Los cuáqueros y especialmente las cuáqueras, pasaban tambien por una secta mahometana. Los políticos tronaban contra toda especie de culto, y querian que el poder no reconociese ninguna religion particular; otros pretendian refundir las leyes

civiles y borrar completamente lo pasado. Despojados de sus bienes y sus honores, los obispos gemian en las cárceles, mientras los presbiterianos veian el fruto de la revolucion sembrada por ellos, y recogido por los independientes, los agitadores y los niveladores.

Eran estos de muchas especies: unos los *escavadores* y *desarraigadores*, se apoderaban de los matorrales, y de los campos en barbecho; otros, los *guerreros* y los *turbulentos*, sublevaban los soldados ó se hacian ladrones en los caminos reales: todos pedian la disolucion del parlamento Largo y la convocatoria de otros. En esta completa disolucion social, en medio de las horcas y de los cadalsos que se levantaban para castigar el vicio y la virtud, no habia ningun partido decisivo; y merced á una especie de buena fe que la anarquía dejaba en libertad, era muy comun oír á los republicanos hablar de poner á Carlos II á la cabeza de la república, y á los realistas declarar que la república era acaso el mejor gobierno.

Subsistian, no obstante, en Londres dos principios de gobierno y de administracion, el *rump* y el consejo de los oficiales que habia subyugado ya á aquel.

Examinóse primero si la cámara de los Pares formaba parte integrante del poder legislativo; y á despecho de la opinion de Cromwell, que movido por sus intereses queria retener su dignidad de par, decidióse que la cámara hereditaria era inútil y peligrosa, quedando decretada su disolucion. La monarquía no corrió mejor suerte; empero el corregidor de Londres se negó á proclamar el acta de la abolicion del poder real.

Una vez trasformado en república el reino de Inglaterra, se acuñó un nuevo y grande sello, que representaba por el anverso la cámara de los Comunes con esta inscripcion: *Gran sello de la república de Inglaterra*; en el reverso se veian una cruz y un harpa, armas de Inglaterra y de Irlanda, con esta leyenda: *Dios con nosotros*; y en el exergo se leía: *Año primero de la libertad, por la gracia de Dios. 1649.* ¡Aciaga es para la libertad la fecha de un crimen!

Cinco miembros de los Comunes, entre ellos Ludlow, recibieron el encargo de componer un consejo de Cuarenta, al que fue confiado el poder ejecutivo. Este comité de los Cinco presentó treinta y cinco candidatos, á los que se agregó el comité de los Cinco. Este fue ademas encargado de examinar la conducta de los parlamentarios que no habian asistido á Westminster durante el proceso del rey.

Era muy natural inmolarse víctimas en honor de los funerales de un príncipe; el duque de Hamilton, el conde Holland y lord Capell, presos á la sazón, fueron decapitados: el primero, contra el derecho de gentes, los dos últimos contra el de la guerra. Todos los partidos lloraron la muerte de lord Capell, de quien hizo Cromwell un magnífico elogio, asegurando al mismo tiempo que se le debía sacrificar á causa de su misma virtud. Ya en el cadalso, el noble par preguntó al ejecutor: «¿Has cortado la cabeza de mi señor?—Si, replicó el verdugo?—¿Dónde está el instrumento que descargó el golpe?—El verdugo le mostró el hacha.—¿Estás seguro de que es la misma?—volvió á preguntar lord Capell; y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, tomó el hacha, besóla con respeto y la devolvió al ejecutor, diciéndole: «Miserable! ¿Cómo osaste manejarla?» El verdugo respondió: «Me vi obligado á cumplir mi oficio, y recibí treinta libras esterlinas por mi trabajo.»

El verdugo mentía y se jactaba de una victoria ajena, pues no habia manchado ni santificado sus manos y su hacha en la sangre de su rey. Aquel hombre, llamado Brandon, era el verdugo ordinario; y nadie le habia llamado (ó tal vez habia renunciado por temor su ministerio), á la gran ejecucion. Cuando cesó el miedo, se anunció la vanidad, y Brandon pensó en salvar sus derechos y su honor: la misma noche de al

libertad, siendo admitidas las opiniones que parecieran evidentemente buenas.

»Por lo que respecta al rey, en verdad no puedo... Luego, volviéndose á un noble que tocaba el hacha, le dijo: «No deterioreis el hacha. (1) Por lo que respecta al rey las leyes del reino os instruyen claramente; y no obstante, solo os diré una palabra relativamente á mi persona.

»En cuanto al pueblo, deseo tanto como el que mas su libertad y emancipacion; pero debo deciros que estas deben ser conservadas por las leyes que garantizan la vida y las fortunas; no es esto decir que el pueblo tenga parte en el gobierno, pues esto no le pertenece. Un soberano y un vasallo son muy diferentes entre si; y no obstante, hasta que hagais esto (quiere decir, que deis al pueblo esta especie de libertad), ciertamente no disfrutarán de ella.

»Señores: por este motivo me hallo aquí. Si hubiera querido dar lugar á un arbitraje para cambiar las leyes, segun el poder de la espada, hubiera podido evitar esto; y no obstante os digo (y pido á Dios desvie su castigo de vuestras cabezas), que soy martirizado por el pueblo.

»En verdad, señores, no os entretendré mucho tiempo: únicamente os diré que hubiera podido pedir algun tiempo para coordinar todo esto y presentarlo mejor; espero, sin embargo, que disimularéis este desaliño.

»He descargado mi conciencia, y pido á Dios que adopteis los medios mas á propósito para el bien del reino y para vuestra propia salvacion.

»Entonces el señor Juxon dijo al rey: «¿Gusta V. M. decir algo para la satisfaccion del pueblo, aunque vuestra adhesión á la religion es harta notoria?»

«—Os doy gracias con todo mi corazón, monseñor, porque casi lo habia olvidado. En verdad, señores, creo que mi conciencia y religion son bien conocidas de todo el mundo: no obstante, declaro en presencia de todos vosotros que muero cristiano profesando la religion de la Iglesia anglicana, tal cual me la ha dejado mi padre, y creo que este recto varon (señalando al señor Juxon), dará testimonio de ello.»

»Luego, volviéndose á los oficiales les dijo: «Escusadme en esto: mi causa es justa y mi Dios es bueno; no diré mas.»

»Luego dijo al coronel Hacker: «Procurad, si sois servido, que no se me atormente mucho.»

»Como en aquel momento se acercase un gentil-hombre al hacha, el rey le dijo sobresaltado: «Cuidado con el hacha! cuidado con el hacha!»

»Dirigiéndose luego al ejecutor, dijo: «Haré una oracion breve, y cuando extienda los brazos...»

»Esto dicho, pidió su gorro de dormir al señor Juxon y habiéndoselo puesto dijo al ejecutor: «¿Os molestan mis cabellos?» El ejecutor le pidió que se ocultase bajo el gorro, lo que él hizo ayudado del obispo y del mismo ejecutor. Luego, volviéndose otra vez al señor Juxon, repitió: «Mi causa es justa y mi Dios es bueno.»

»Solo falta ya un paso, que aunque muy triste es muy corto, y podeis considerar que os llevará en breve muy lejos; él os trasladará de la tierra al cielo, donde hallaréis gran alegría y consuelo.»

»Voy á trocar una corona corruptible por otra imperecedera, en la que no puede haber turbacion mundana.»

»Cambiareis una corona temporal por otra eterna: ¡hermoso cambio!»

»El rey preguntó al ejecutor: «¿Están bien mis cabellos? Dejó caer su manto y dió su cordon azul, distintivo de la Orden de San Jorge, al señor Juxon diciéndole: «Recibid esta memoria.»

»Despojose luego de su ropilla, y volviendo á colo-

(3) Quería decirle que no mellase el filo.

car el manto sobre sus hombros, miró al tajo y dijo al ejecutor: «Es preciso que lo sujetéis bien.»

»—Está bien sujeto.»

»—Hubiera podido hacerse uno mas alto.»

»—No puede serlo mas, señor.»

»—Cuando extienda los brazos, entonces...

»Pronunció en pié y con voz baja tres ó cuatro palabras, dirigiendo al cielo las manos y los ojos; arrojóse bruscamente y puso su cuello sobre el tajo; entonces el verdugo volvió á colocar sus cabellos debajo del gorro; y el rey, creyendo que iba á descargarse el golpe, le dijo: «Esperad la señal.»

»—Así lo haré, si V. M. lo desea.»

»Después de una breve pausa, el rey extendió sus brazos. El ejecutor separó de un golpe la cabeza, y tomando esta en su mano la mostró á los espectadores: el cadáver del rey fue depositado en un cofre, forrado al efecto de terciopelo negro, y que ahora se halla en su aposento de Whitehall.»

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI.

(Fin de la relacion.)

Clarendon refiere que el cadáver del rey, que se veía en la noche de la ejecucion en su aposento de Whitehall, no pudo ser hallado á la restauracion de Carlos II. No obstante, Herberto habia escrito positivamente que la inhumacion habia tenido lugar en Windsor en la cueva del coro de la capilla de San Jorge, donde descansaban los restos de Enrique VIII y de Juana Seymour. Trabajando los operarios en esta capilla en 1843, abrieron casualmente la cueva. El principe regente, mas tarde Jorge IV, mandó practicar investigaciones cuyo resultado fue descubrir un ataúd de plomo, sobre el cual se veía una plancha de metal con estas palabras CARLOS, REY; esto estaba enteramente conforme con la relacion de Herberto.

Levantóse la tapa, y después de haber quitado un lienzo impregnado en una materia crasa, dejóse ver el rostro de un difunto cuyas desfiguradas y confusas facciones se asemejaban al retrato de Carlos I. Segun el proceso verbal de sir Enrique Halford, la cabeza del cadáver separada del tronco, tenia los ojos medio abiertos, y se pudo emparar un pañuelo blanco en una sangre aun bastante líquida. Este testigo extraordinario, de regreso del sepulcro, después del asesinato de Luis XVI, ha venido á revelar las faltas de los reyes, las demasías de los pueblos, el transcurso del tiempo, el íntimo enlace de los acontecimientos, y la complicidad del crimen de 1649 con el de 1793.

Es notable la omision de que adolece la relacion popular de la ejecucion de Carlos, pues no habla de la máscara de los verdugos. El regicida Ludlow guarda tambien silencio sobre el particular. La hoja volante de que se trata no pudo ser vendida en las calles de Londres sino después de haber pasado por la censura de los vencedores. Ahora bien: ó los verdugos disfrazados eran una horrorosa saturnalia, ó la confesion de que se habia perpetrado un asesinato en una cabeza que ningun ser con rostro humano tenia el derecho de tocar.

Para llegar á la fatal ejecucion, Cromwell habia necesitado esos gritos y esas lágrimas que, contrariándose en él, delataban su mútua hipocresia; y mostrándose franco después del golpe, hizo abrir el fúnebre, y se cercioró, tocando la cabeza de su rey, que estaba realmente separada del cuerpo, y aun observó que un hombre de tan buena complexion hubiera podido vivir mucho tiempo. El terrible Cromwell, oscuro y desconocido como el destino, armado en aquel momento del inexorable poder de este, se complacia en la victoria alcanzada por él sobre un monarca y sobre la naturaleza.

Sus compañeros de asesinato, que no participaban de su seguridad y alegría, apresurabanse á abandonar aquella sangrienta escena. El principal verdugo, Hulet, capitán de caballería en el regimiento del coronel Hewson, deseoso de atravesar el Támesis, se arrojó en la barca de un marinero llamado Smith, que fue obligado por unos mosqueteros á tomarlo á su bordo. Habiéndose alejado de la orilla, Smith dijo al siniestro pasajero: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?—No, respondió Hulet; y esto es tan cierto como que soy pecador delante de Dios.» Y temblaba de piés á cabeza. Smith replicó sin dejar de remar: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?» Hulet negó de nuevo, y contó que le habian tenido preso en Whitehall, pero que se habian apoderado de sus instrumentos. Smith le dijo: «Echaré á pique mi barca, sino me dices la verdad.» La cabeza del monarca habia sido pagada á Hulet en cien libras esterlinas. «Yo probaré que tu has dado el golpe,» le dijo el abogado general Turner, cuando se instruyó el proceso de los regicidas, «y te arrancaré tu máscara.»

LA REPUBLICA Y EL PROTECTORADO.

1649—1658.

La ejecucion de Carlos produjo dos resultados en Inglaterra.

Por una parte, los hombres de bien quedaron consternados; hubo dolores profundos y muertes repentinas causadas por ellos; y como la nacion era religiosa, hubo tambien remordimientos. El *Eikon Basilike* hizo echar de menos á Carlos I, bien así como el testamento de Luis XVI hizo admirar á este. El *Eikon Basilike* no era de Carlos; el doctor Gauden es considerado actualmente como su autor. Milton acometió la odiosa tarea de ilustrar este punto de crítica, pero á pesar de toda la sublimidad de su genio, apoyado en la verdad del hecho, no pudo triunfar de una suposicion gratuita, obra de un espíritu vulgar, pero cimentada en la verdad de la desgracia.

¿Qué queda hoy en Inglaterra de todos aquellos dolores? Una ceremonia establecida por Carlos II, que se celebra anualmente el 30 de enero. Hay obligacion de ayunar, pero nadie ayuna; ciérranse los espectáculos, pero el público se divierte en salones y tabernas; ciérrase tambien la Bolsa con no pequeño disgusto de los especuladores, á quienes importa poco hallar la cabeza de un rey en el camino de su fortuna ó de su ruina. Los siglos no adoptan estos legados de luto, porque tienen que llorar hartos males propios, sin encargarse ademas de derramar lágrimas hereditarias.

Por otra parte, en los tres reinados posteriores á la muerte de Carlos I, se esparció suma confusion, pues cada cual tenia un plan de república y de religion. Los millenarios, ó los hombres de la quinta monarquía, pedian la ley agraria y la abolicion de toda forma gubernamental, á fin de esperar el próximo gobierno de Cristo, y no conocian otra Carta que la Escritura. Los Antonianos pretendian que la ley moral estaba destruida, y que todos debian guiarse en lo sucesivo por sus propios principios, y no por las antiguas nociones de justicia y de humanidad; reclamaban la libertad de hacer cuanto les viniese á las miénes: la fornicacion, la embriaguez y la blasfemia, entraban en su opinion en las vias del Señor, puesto que este es quien habla en nosotros. Ni estaban lejos de hacerse tureos, pues se complacian en la lectura del Alcoran, recién traducido. Los cuáqueros y especialmente las cuáqueras, pasaban tambien por una secta mahometana. Los políticos tronaban contra toda especie de culto, y querian que el poder no reconociese ninguna religion particular; otros pretendian refundir las leyes

civiles y borrar completamente lo pasado. Despojados de sus bienes y sus honores, los obispos gemian en las cárceles, mientras los presbiterianos veian el fruto de la revolucion sembrada por ellos, y recogido por los independientes, los agitadores y los niveladores.

Eran estos de muchas especies: unos los *escavadores* y *desarraigadores*, se apoderaban de los matorrales, y de los campos en barbecho; otros, los *guerreros* y los *turbulentos*, sublevaban los soldados ó se hacian ladrones en los caminos reales: todos pedian la disolucion del parlamento Largo y la convocatoria de otros. En esta completa disolucion social, en medio de las horcas y de los cadalsos que se levantaban para castigar el vicio y la virtud, no habia ningun partido decisivo; y merced á una especie de buena fe que la anarquía dejaba en libertad, era muy comun oír á los republicanos hablar de poner á Carlos II á la cabeza de la república, y á los realistas declarar que la república era acaso el mejor gobierno.

Subsistian, no obstante, en Londres dos principios de gobierno y de administracion, el *rump* y el consejo de los oficiales que habia subyugado ya á aquel.

Examinóse primero si la cámara de los Pares formaba parte integrante del poder legislativo; y á despecho de la opinion de Cromwell, que movido por sus intereses queria retener su dignidad de par, decidióse que la cámara hereditaria era inútil y peligrosa, quedando decretada su disolucion. La monarquía no corrió mejor suerte; empero el corregidor de Londres se negó á proclamar el acta de la abolicion del poder real.

Una vez trasformado en república el reino de Inglaterra, se acuñó un nuevo y grande sello, que representaba por el anverso la cámara de los Comunes con esta inscripcion: *Gran sello de la república de Inglaterra*; en el reverso se veian una cruz y un harpa, armas de Inglaterra y de Irlanda, con esta leyenda: *Dios con nosotros*; y en el exergo se leía: *Año primero de la libertad, por la gracia de Dios. 1649.* ¡Aciaga es para la libertad la fecha de un crimen!

Cinco miembros de los Comunes, entre ellos Ludlow, recibieron el encargo de componer un consejo de Cuarenta, al que fue confiado el poder ejecutivo. Este comité de los Cinco presentó treinta y cinco candidatos, á los que se agregó el comité de los Cinco. Este fue ademas encargado de examinar la conducta de los parlamentarios que no habian asistido á Westminster durante el proceso del rey.

Era muy natural inmolarse víctimas en honor de los funerales de un príncipe; el duque de Hamilton, el conde Holland y lord Capell, presos á la sazón, fueron decapitados: el primero, contra el derecho de gentes, los dos últimos contra el de la guerra. Todos los partidos lloraron la muerte de lord Capell, de quien hizo Cromwell un magnífico elogio, asegurando al mismo tiempo que se le debía sacrificar á causa de su misma virtud. Ya en el cadalso, el noble par preguntó al ejecutor: «¿Has cortado la cabeza de mi señor?—Si, replicó el verdugo?—¿Dónde está el instrumento que descargó el golpe?—El verdugo le mostró el hacha.—¿Estás seguro de que es la misma?—volvió á preguntar lord Capell; y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, tomó el hacha, besóla con respeto y la devolvió al ejecutor, diciéndole: «Miserable! ¿Cómo osaste manejarla?» El verdugo respondió: «Me vi obligado á cumplir mi oficio, y recibí treinta libras esterlinas por mi trabajo.»

El verdugo mentía y se jactaba de una victoria ajena, pues no habia manchado ni santificado sus manos y su hacha en la sangre de su rey. Aquel hombre, llamado Brandon, era el verdugo ordinario; y nadie le habia llamado (ó tal vez habia renunciado por temor su ministerio), á la gran ejecucion. Cuando cesó el miedo, se anunció la vanidad, y Brandon pensó en salvar sus derechos y su honor: la misma noche de al

muerte de Carlos, Brandon dijo en una taberna las palabras que repitió á lord Capell, envaneciéndose de un crimen que no habia perpetrado.

Lord Capell entregó su cabeza, despues de haber declarado que moria por Carlos I, por su hijo Carlos II, y por todos los herederos legitimos de la corona.

El rump, fingiendo contemporizar con la opinion pública, se ocupó al parecer, de su disolucion, y

buscó los principios segun los cuales pudiera elegirse un nuevo parlamento. El rump no era sincero, pues su único objeto era perpetuarse, esperando los acontecimientos.

Sin embargo, el conde de Ormond, lord Inchiquin y el general Preston habian sublevado la Irlanda, donde Monk, que defendia á Dundalk por el Parlamento, habia capitulado.



LA REENTRADA

ULTIMA ENTREVISTA DE CARLOS I. CON SUS HIJOS,

Cromwell, á pesar de las pretensiones de Lambert y de Fairfax, fue encargado del gobierno civil y militar de Irlanda, á donde partió acompañado de Ireton, su yerno, despues de haber buscado al Señor delante de Harrison, y de haber explicado las Escrituras.

mil veteranos y una guardia particular, compuesta de ochenta hombres, todos oficiales. Tredall fue tomada por asalto, el mismo Cromwell subió á la brecha, y todos los irlandeses perecieron, incluso su gefe sir Arturo Asthon. Este antiguo militar llevaba una pierna artificial, que se creia ser de oro; por esta razon, los soldados republicanos se disputaron aquella pierna

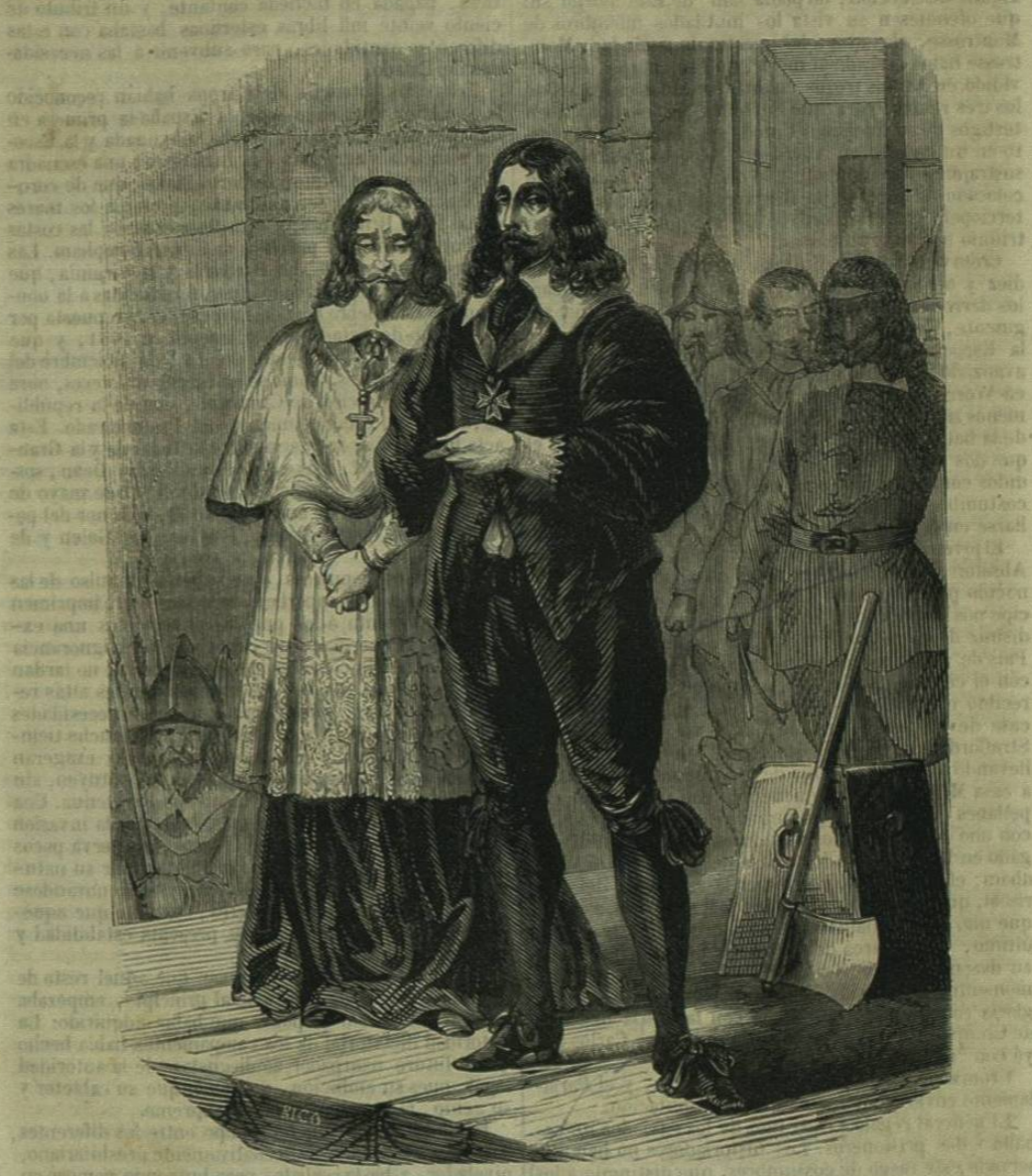
realista, que no era otra cosa que el tesoro de madera del honor y de la fidelidad.

Wexford fue saqueada, Goran entregada por los soldados, y los oficiales fueron fusilados. Kilkenny, Youghall, Coke, Kingsale, Colonnell, Dungarvan y Carrick se sometieron. Cromwell é Ireton llevaron á la Irlanda, como lo habian anunciado, el exterminio y el infierno.

Cromwell, en medio de sus victorias, fue llamado

para rechazar á los escoceses, que se habian decidido á reconocer los derechos de Carlos II; y aunque habian ahorcado al realista Montrose, porque no era convenantaire, se mostraban realistas. Nada es mas frecuente en las discordias civiles que estas inconsecuencias de los partidos.

Las negociaciones entre Carlos II y los escoceses habian sido interrumpidas muchas veces, hasta que al fin, privado el rey de todo recurso, se habia dirigido



EJECUCION DE CARLOS I.

á Edimburgo, donde habia recobrado el cetro de María Estuardo, á condicion de publicar esta deshonrosa declaracion:

- »Que su padre habia pecado tomando esposa en una familia idólatra;
- »Que la sangre derramada en las últimas guerras debia ser imputada á su padre;
- »Que le causaban profundo dolor la mala educacion

que se le habia dado y las preocupaciones que le habian sido inspiradas contra la causa de Dios; preocupaciones cuya injusticia conocia ya;
»Que toda su vida anterior habia sido una serie continua de enemistad contra la obra de Dios;
»Que se arrepentia de la comision dada á Montrose, y de todas sus acciones que hubieran podido escandalizar;

«Que protestaba ante Dios que era sincero en esta declaración, y que se atendería á ella hasta su último suspiro, así en Escocia é Inglaterra, como en Irlanda.»

No obstante, Carlos II no carecía de honor y de denuedo, pues siendo aun joven, había combatido en defensa de su padre, al frente de las fuerzas de mar y tierra. Pero era el príncipe menos á propósito para oír seis sermones de presbiterianos todos los días. Cuando abrumado por tales predicaciones, buscaba alguna distracción, no podía salir de Edimburgo sin que ofendiesen su vista los mutilados miembros de Montrose, clavados á las puertas de la ciudad. Montrose había deseado al morir, que su cuerpo fuese dividido en tantos trozos cuantas eran las ciudades de los tres reinos, para que en todas partes se hallasen testigos de su fidelidad. Uno de sus brazos fue expuesto en un cadalso en Aberdeen, pero los habitantes lo sustrajeron furtivamente y lo ocultaron; y habiéndolo colocado de pues de la Restauración, en una caja de terciopelo carmesí bordado de oro, la pasearon en triunfo por toda su ciudad.

Cromwell marchó contra los escoceses á la cabeza de diez y ocho mil hombres, y atacándoles en Dunbar, los derrotó el 31 de setiembre de 1650. El año siguiente, después de haber conquistado una parte de la Escocia, siguió la pista de Carlos II, que había avanzado por Inglaterra con un ejército, y le alcanzó en Worcester. El genio tan fatal al padre, no lo fue menos al hijo: el 3 de setiembre de 1651, aniversario de la batalla de Dunbar, se empeñó el combate, en el que dos mil realistas perdieron la vida, siendo vendidos como esclavos ocho mil prisioneros. Esta odiosa costumbre de traficar con los hombres, vuelve á hallarse en el reinado de Jacobo II.

El joven rey huyó y se cortó el cabello, temiendo como Absalon, ó como los tres reyes cabelludos, ser reconocido por el hermoso adorno de su cabeza. Este príncipe nos ha dejado la narración de sus aventuras; su disfraz de carnicero; su tentativa para entrar en el País de Gales con el pobre Pendrell; el día que pasó con el coronel Careless en la copa de una encina que recibió el nombre de encina real; sus aventuras en casa de un noble llamado Lane, en el condado de Stafford; su viaje á Bristol, viaje que hizo á caballo llevando á la grupa la hija de su huésped; su llegada á casa M. Norton; su encuentro con uno de los capellanes de la corte, que miraba jugar á los bolos, y con uno de sus antiguos servidores que le nombró anegado en lágrimas; su ida á casa del coronel del Windham; el peligro que corrió por la sagacidad del mariscal, que examinando los pies de los caballos, aseguró que uno de ellos había sido herrado en el Norte; y por último, el embarco de Carlos en Brightelmstone y su desembarco en Normandía, hicieron de aquellos momentos de la vida de este príncipe un asunto de gloria romanesca, que luchó con la gloria histórica de Cromwell. Ludlow se limita á decir que Carlos huyó con mistress Lane.

Cromwell volvió triunfante á Londres, y el Parlamento envió á su encuentro una diputación.

El general regaló á cada uno de los enviados un caballo y dos prisioneros. Los historiadores no han observado este rasgo de costumbres, que distingue á los ingleses de aquella época de todos los pueblos cristianos de la Europa civilizada, y los acerca á los pueblos orientales. Monk, á quien Cromwell había dejado en Escocia, acabó de someterla. El reino de María Estuardo quedó reunido á la Inglaterra, por acta del *rump* que no habían conseguido los mas poderosos monarcas de la Gran-Bretaña.

A la par que el cuerpo legislativo era objeto del público desprecio, había mostrado vigor y talento el consejo ejecutivo: esto ocurrió también en Francia, bajo los famosos comités emanados de la Convención. Las tierras del clero habían sido puestas en venta, no me-

mos que los dominios de la corona, así en Inglaterra como en Escocia. Las propiedades nacionales, valuadas primero al precio de diez años de su arriendo anual, llegaron á tener, merced á las victorias de la república, un valor de quince, diez y seis y diez y siete años de su arriendo líquido; los bosques se vendían á parte. Los realistas cuyos bienes habían sido secuestrados ó confiscados, obtenían su devolución ó desembargo mediante una suma mas ó menos cuantiosa, pagada en moneda contante; y un tributo de ciento veinte mil libras esterlinas bastaba con estas diferentes cantidades, para subvenir á las necesidades del Estado.

Todas las potencias de Europa habían reconocido la república, habiendo sido la España la primera en dar este paso. La Irlanda estaba subyugada y la Escocia sometida y agregada á la Inglaterra; una escuadra á las órdenes del famoso Roberto Blake, que de coronel había pasado á ser almirante, protegía los mares de las islas Británicas; y otra flota cruzaba las costas de Portugal, bajo el pabellón de Eduardo Popham. Las Indias Occidentales, las Barbadas y la Virginia, que se habían insurreccionado, fueron reducidas á la obediencia. La célebre acta de navegación, propuesta por el Consejo de Estado al Parlamento en 1651, y que adquirió el carácter ejecutivo el 1.º de diciembre del mismo año, no es, como se ha escrito mil veces, obra de la administración de Cromwell, sino de la república, antes del establecimiento del Protectorado. Esta acta hizo estallar la guerra entre la Holanda y la Gran-Bretaña en 1652. Blake, Aiskew, Monk y Dean, sostuvieron en once combates, desde el 17 de mayo de 1652, hasta el 10 de agosto de 1653, el honor del pabellón inglés contra Tromp, Ruyter, Van Galen y de Witte.

Las clases populares, que suben á impulso de las revoluciones á la superficie de la sociedad, imprimen por un momento á los pueblos envejecidos una extraordinaria energía; pero como en ellas la ignorancia y la pobreza han conservado toda su fuerza, no tardan en corromperse una vez encaramadas en las altas regiones del poder, pues llegando á él con necesidades apremiantes y apetitos excitados durante mucho tiempo por la miseria y la envidia, prohíben y exageran los vicios de los magnates á quienes substituyen, sin tener la educación que por lo menos los atenúa. Una nación que se renueva, digámoslo así, por la invasión de una especie indígena de bárbaros, conserva pocos días su energía; y no siendo mas joven por su naturaleza sino por meros accidentes, y no renovándose las costumbres como los poderes, en tanto que aquellas no cambian, nada en estos presenta estabilidad y solidez.

No dejó Cromwell de observar que aquel resto de asamblea, sometida y abyecta al principio, empezaba á mirar con recelo el poder que había adquirido. La autoridad dictatorial de los campamentos había hecho que el futuro usurpador se disgustase de la autoridad legal, pues su ambición, no menos que su carácter y su genio, le impelían al poder supremo.

Había intrigado mucho tiempo entre los diferentes partidos, mostrándose alternativamente presbiteriano, nivelador, y hasta realista, pero buscando siempre su apoyo en el ejército, dominado por el espíritu republicano, en cuanto es posible que semejante espíritu prevalezca en la milicia. Los oficiales aspiraban á la igualdad y á la libertad, sin olvidar la fortuna, los honores y el mando absoluto: de este modo han comprendido siempre los militares la república, desde las legiones romanas hasta los mamelucos.

Cromwell, después de sus victorias, volvió á ocupar su asiento en el Parlamento el 16 de setiembre de 1651, y pidió con ahínco la redacción del bill que debía poner término á aquel parlamento interminable; pero no pudo obtenerlo sino por una mayoría de dos

votos, esto es, cuarenta y nueve contra cuarenta y siete; y aun así, la ejecución del bill fue aplazada para el 3 de noviembre de 1654.

Este bill procedía á la reforma radical parlamentaria tantas veces y tan inútilmente reclamada en tiempos posteriores. La cámara de los Comunes debía componerse en lo sucesivo de cuatrocientos miembros, sin contar los diputados de Irlanda y de Escocia. Las pequeñas poblaciones desaparecían, y no se concedía el derecho electoral sino á las ciudades y puntos principales; la propiedad exigida al ciudadano por el ejercicio de este derecho, ascendía á doscientas libras esterlinas en muebles ó inmuebles.

Cromwell deseaba la disolución del *rump*, porque esperaba saltar el poder supremo por medio de diputados elegidos por su influencia y adictos á sus intereses. A fin de preparar las ideas á un cambio de cosas, había suscitado discusiones acerca de la excelencia del gobierno monárquico; pero no habiendo podido inducir al *rump* á pronunciar la disolución, tomó un camino mas corto para conseguirla.

El taimado general había tenido la astucia de llenar todos los puestos con sus favoritos, y los soldados le eran leales. Desde la batalla de Worcester, que apellidó en su carta al Parlamento la *victoria coronante*, apenas disimulaba sus proyectos. La moderación, tan necesaria á todo el que próximo á llegar al poder, intenta mantenerse en él, era el arma de Cromwell, que había hecho publicar una amnistía general y se mostraba favorable á los realistas, á quienes hallaba, en principios, menos opuestos que los demás partidos á la autoridad de uno solo; y á su vez había también menester de fidelidad.

La cámara de los Comunes, que se veía atacada, procuró defenderse: quejábese unas veces de las calumnias que Cromwell hacía propalar contra ella, y otras se esforzaba en perpetuarse de una manera menos directa, procediendo á la elección de las plazas vacantes en el Parlamento. Mas Cromwell, que no se dormía, presidía asambleas, conferencias y tratados entre los partidos, y engañaba á todo el mundo. El coronel Harrison republicano sincero, pero hombre de limitados alcances, sostenía á todas horas que el general, lejos de pretender ser rey, se ocupaba únicamente de preparar el reinado de Jesús. «¡Venga pronto Jesús, respondió el mayor Streater, ó llegará demasiado tarde!» Cromwell por su parte declaraba que el salmo CX le estimulaba á cambiar la nación en república; á este fin excitaba al comité de oficiales á presentar peticiones que debían acarrear, merced á la oposición de los parlamentarios, la destrucción de la república. Una de estas peticiones reclamaba el pago de los sueldos atrasados del ejército y la reforma de los abusos; otra pedía la disolución inmediata del Parlamento, y el nombramiento de un consejo para gobernar el Estado, hasta la próxima convocatoria de un nuevo parlamento. Arrastrados por su resentimiento, los Comunes declararon que todo el que en lo sucesivo presentase tales solicitudes, sería reo de alta traición. Comunicada esta resolución á Cromwell, que la esperaba, gritó poseído de una fingida cólera, en medio de los oficiales: «¡Mayor general Vernon! Me veo precisado á dar un paso que hace erizar mis cabellos.» Esto dicho, tomó trescientos soldados, marchó á Westminster, y dejando aquellos fuera, penetró solo en la Cámara, pues era diputado.

Después de escuchar algunos momentos en silencio la deliberación, llamó á Harrison, miembro como él de la Asamblea, y le dijo al oído: «Es tiempo de disolver el Parlamento.» Harrison le respondió: «Es una medida arriesgada: ¡meditadlo bien!»

Cromwell volvió á esperar; luego, levantándose bruscamente, abrumó de ultrajes á los Comunes, acusándolos de esclavitud, de crueldad y de injusticia. «¡Ceded el puesto! gritó fuera de sí; el Señor ha concluido

con vosotros, y ha elegido otros instrumentos de sus obras.» Sir Peters Wenworth quiso replicar, pero Cromwell le interrumpió diciendo: «Yo haré cesar esta charlatanería. ¡Vosotros no sois un parlamento; os digo que no sois un parlamento!»

El general golpeó el suelo con el pie: á esta señal se abrieron las puertas, y dos filas de mosqueteros, acudidos por el teniente coronel Worsley, entraron en la cámara y se colocaron á derecha é izquierda de su general. Vane quiso hablar, pero Cromwell le dijo: «¡Oh, señor Enrique Vane, señor Enrique Vane! ¡Libreme Dios del señor Enrique Vane! Señalando entonces unos tras otros á algunos de los diputados presentes, les dijo: «Tú eres un borracho, tú un disoluto, (y se dirigía á Martyn, el regicida cuyo rostro había embadurnado de tinta); tú un adúltero, tú un ladrón.» Todas estas calificaciones eran exactas. Harrison hizo bajar al orador de su sillón, alargándole la mano. Los diputados abandonaron despavoridos y en tropel el recinto, huyendo sin atreverse á desenvainar la espada que casi todos ceñían. «Me habeis obligado á esto, decía Cromwell, aunque he pedido al Señor noche y día me diese la muerte antes que encargarme de esta comisión.»

Entonces, señalando con el dedo á los soldados la maza de armas, les dijo: «¡Lleaos ese embeleco!» Fue el último en salir, hizo cerrar las puertas, guardó las llaves en su bolsillo, y se retiró á Whitehall. Al día siguiente pendía de la puerta de la cámara de los Comunes este sarcástico rótulo: *Se alquila esta habitación, sin muebles.* Así fue expulsado de Westminster el Parlamento; pero la libertad le sobrevivió.

Nótense las justicias del cielo: aquellos diputados, que habían dado muerte á su legítimo señor, pretendiendo que había hollado los derechos del pueblo; aquellos diputados que habían arrojado violentamente de sus puestos á no escaso número de sus colegas, fueron dispersados por uno de sus cómplices, mucho mas culpable que Carlos, respecto de los derechos de la nación. Pero es harto frecuente que lo que se disputa á la legitimidad se conceda á la usurpación, porque los hombres, en su orgullo, se consuelan de la esclavitud cuando han elegido su tirano entre sus iguales.

Bonaparte hizo saltar en Saint-Cloud por las ventanas á los republicanos, con menos firmeza y decisión política que Cromwell ostentó al disolver el parlamento Largo. La Inglaterra republicana aceptó el yugo: las tempestades habían abortado su rey, y se sometieron á él.

La verdadera república solo duró cuatro años y tres meses en Inglaterra, contando desde la muerte del rey ocurrida en 30 de enero de 1649, hasta la completa disolución del *rump*, el 20 de abril de 1653. Esta breve república no careció de gloria en lo exterior, ni tampoco de virtudes, libertad y justicia en lo interior. Es cierto que los miembros de la cámara de los Comunes se excluyeron mutuamente de la Asamblea legislativa; pero no se diezmaron ni se asesinaron unos tras otros, como los convencionales. La república francesa existió doce años, desde 1792 á 1804, hasta la erección del imperio, tiempo de gloria y de conquista en lo exterior, pero de crímenes, de opresión y de iniquidad en lo interior. Esta diferencia entre dos revoluciones que en último resultado han producido la misma libertad, procede únicamente del sentimiento religioso que animaba á los innovadores de la Gran-Bretaña, y los principios de irreligión de que hacían alarde los fautores de discordias en Francia. En la superstición pueden existir algunas virtudes, mas no en la impiedad. Los revolucionarios ingleses, fanáticos, conocieron el arrepentimiento, al paso que los revolucionarios franceses, ateos, no lo experimentaron, porque eran insensibles como la materia y la nada.

EL PROTECTORADO.

1653—1658.

Fácil hubiera sido á Cromwell convocar un parlamento libre, pero no le plugo hacerlo: buscaba el poder, que no la libertad. La Inglaterra, por otra parte, estaba cansada de parlamentos, y después de la anarquía se respiraba para el despotismo. El consejo de los oficiales, que había presentado la petición decisiva, se abrogó el derecho de elección, y eligió, siempre sugerido por Cromwell, los hombres mas oscuros, ignorantes y fanáticos del partido millenario; y ciento cuarenta individuos, así escogidos, fueron investidos del poder supremo. El mayor general Lambert, que se apellidaba republicano, siendo un servil, y Harrison, demócrata de buena fe pero de menguada inteligencia, prestaban su apoyo á todas las demasías. Harrison, partidario de la quinta monarquía, pedía únicamente que el nuevo consejo se compusiese de setenta y dos miembros, para que se pareciese mas al Senhadrin de los judíos. En el club legislativo de los ciento cuarenta santos, era preciso tener largos nombres compuestos, y tomados de la Escritura; así como los que componían los clubs durante la revolucion francesa se llamaban *Escévola* y *Bruto*. De los dos hermanos Barebone, uno, el corredor, se llamaba *Alaba á Dios*; y el otro, *Si Cristo no hubiese muerto por vosotros, os hubierais condenado, Barebone*. Este Barebone, cuyo nombre significa en francés *descarnado*, dió su nombre á los ciento cuarenta y cuatro: al parlamento *croupion* sucedió el parlamento *Condenado Barebone*, ó el *Condenado descarnado*.

En una lista de jurados del ducado de Sussex se ven los nombres de White de Emer, *Combates por la buena causa de la fe*; de Pimple de Whitam, *Mata el pecado*, y de Harding de Lewes, *Lleno de la gracia*. Cuando los santos entraban en sesion en Westminster, recitaban oraciones, buscaban al Señor dias enteros y explicaban la Escritura: hecho esto, ocupábanse de los negocios de cuyo espíritu se juzgaban poseídos. Cromwell abrió la sesion de los *descarnados* con un discurso que acompañó de piadosas lágrimas, dando gracias al cielo por haber vivido bastante para asistir al principio del reinado de los santos en la tierra.

En medio de todas estas locuras se formaban las nuevas costumbres y se arraigaban las instituciones. Estos caracteres eran tan ridiculos porque eran originales: pero todo lo que está poderosamente constituido encierra un principio de vida. Los cortesanos de Carlos II pudieron reirse de ellos, pero aquellos fanáticos de buena fe dejaron una posteridad que dió su merecido á los cortesanos.

Whitelocke dice que algunos hombres ilustrados y de elevada gerarquía tomaban asiento en el parlamento Barebone. Ludlove pinta á los *descarnados* como una turba de honrados mentecatos, bastante parecidos á nuestros filántropos. Whitelocke era un parlamentario tímido, que había huido por no verse precisado á condenar á Carlos I, y que se filiaba siempre en el partido del mas fuerte; Ludlow era un parlamentario decidido, asesino del rey y enemigo de Cromwell.

No habían trascurrido aun cinco meses, cuando los ciento cuarenta y cuatro santos, incapaces ya de gobernar en medio de la risa general, encargaron á Rouse, su orador y hechura de Cromwell, entregase la autoridad en manos del que les había investido de ella. Cromwell había previsto este caso, y aceptó gimiendo el peso de la autoridad soberana.

Algunos imbéciles, extraños á la facción militar, se obstinaron en permanecer funcionando á pesar de la desercion del orador y del alguacil que se había llevado la maza de armas. El capitán White entró en la Cámara, y preguntó á aquellos santos pertinaces qué hacían allí (era el 12 de noviembre de 1653). «Busca-

do al Señor,» le respondieron. «Buscadlo en otra parte, replicó White, pues ha muchos años que el Señor no se ha dejado ver por estos lugares.» Y diciendo y haciendo, mandó á sus esbirros expulsar á aquellos delirantes. No obstante, el verdadero principio republicano existía entonces en el ejército inglés mas que en las autoridades civiles; pero no cabe alianza duradera entre el poder constitucional y la autoridad militar, pues cuando la libertad se refugia en el altar de la victoria, no tarda en ser inmolada: sacrifícasela para obtener el viento de la fortuna.

Todos los diferentes partidos, excepto el de los santos y el de los verdaderos republicanos, el partido del rey, el del episcopado, el militar y el de los golillas que habían temido la reforma de las costumbres y la simplificación del código de procedimientos; todos los intereses, todas las ambiciones, todas las malas artes, y el cansancio general aplaudían las empresas de Cromwell: este fue cumplimentado por el ejército, por la armada y por las autoridades civiles, porque todos esperaban ansiosos y llenos de curiosidad lo que haría del poder: su fábrica estaba dispuesta y sus obreros prontos á empezar los trabajos.

Convocado el consejo de los oficiales, el mayor general Lambert leyó un escrito intitulado: *Instrumento de gobierno*, reducido á una constitucion que colocaba el poder legislativo en un parlamento y un protector. Estableciase igualmente que los miembros de este parlamento serian elegidos por el pueblo; que funcionarían anualmente cinco meses, á voluntad del protector; que este tendría el veto suspensivo; que nombraría todos los empleos civiles y militares; que en los interregnos de las sesiones, la nacion seria gobernada por el protector y por un consejo compuesto de veinte y un miembros, cuando mas, y de trece, cuando menos.

Suplicóse á Cromwell que aceptase el protectorado, y descendió sin oposicion con los votos de sus pueblos. El corregidor y los aldermen de Londres fueron invitados á concurrir á una ceremonia de instalacion en la sala de Westminster. El Protector prestó juramento al *Instrumento de gobierno*, obra suya. El general Lambert, hincando en tierra una rodilla, le presentó una espada envainada; los comisarios le entregaron los sellos, y el corregidor de Londres le dió una espada desnuda; el vasallo de los Estuardos, ya monarca absoluto de los tres reinos, fue á descansar en el palacio del rey á quien había asesinado.

El primer parlamento convocado por Cromwell no correspondió á lo que de él esperaba, pues se manifestó en su seno un espíritu de libertad, que la opresion militar no pudo ahogar. En vano el Protector habló al abrirse el Parlamento, de los excesos de la libertad; declaró ingrato contra lo que le había dado el poder, esto es, los agitadores, los niveladores, los millenarios y las otras diferentes sectas; en vano tronó contra una igualdad quimérica, y elogió la division de las clases en nobles, gentiles-hombres y estado llano; pero aunque su discurso era razonable en el fondo, y hasta de acuerdo con la opinion nacional, adicta aun á los principios de la antigua sociedad, no era esta la cuestion para los Comunes, que solo se ocuparon del poder del Protector, y del bastardo origen de que emanaba. El Parlamento no veía que era tan legítimo como el protectorado, puesto que uno y otro existían únicamente en virtud de una pretendida constitucion, confeccionada por quien no había tenido derecho de formularla.

Viéndose Cromwell en peligro, no titubeó: después de la violenta disolucion del parlamento Largo, la violacion de la representacion nacional había llegado á ser una especie de jurisprudencia política. El Protector puso guardias á la puerta de Westminster, con orden expresa de no permitir la entrada sino á los diputados que se brindasen á firmar una obligacion en

cuya virtud reconociesen la autoridad del Parlamento y de uno solo. Ciento treinta miembros firmaron desde luego, y otros se apresuraron á imitar la villanía de sus cólegas. Nada excita mas emulacion que la hajeza: hay una especie de héroes de vileza á quienes no permiten permacer ociosos los triunfos de la cobardía.

Cromwell, una vez Protector, tomó el título de Alteza. Acuñaéronse diferentes medallas en su honor: una lo representaba en busto con esta inscripcion: *Oliverius Dei gratia, Reipublice Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ Protector*; en otra cara campeaba el escudo de armas de Inglaterra, y en el exergo se leían estas palabras, grabadas después en las monedas contemporáneas: *Pax queritur bello*. Otras medallas presentan un corpulento olivo á cuya sombra descuellan otros dos mas pequeños, símbolos del Protector y de sus hijos. La inscripcion dice: *Non deficient Olivarii*. La adulacion no hablaba un latin tan castizo como en tiempo de Tiberio.

Quando los oficiales fueron á cumplimentar á Cromwell por su modestia en no haber aceptado sino el título de Protector, puso la mano sobre su espada y les dijo: «Esta espada me ha elevado; si intentara encumbrarme mas, ella me mantendrá en la esfera que me plazca ocupar.»

No obstante, por grandes que sean la pusilanimidad de los hombres y su temor al poder, es imposible apagar en una asamblea deliberante todo principio vital. Los miembros de los Comunes, á pesar de la obligacion firmada, examinando con madurez el *Instrumento de gobierno*, se reservaron el nombramiento del sucesor de Cromwell, desechando el principio del protectorado hereditario por una mayoría de doscientos votos contra sesenta.

Terminados los cinco meses de sesion, Cromwell reunió el Parlamento en 22 de enero de 1655 en la *Sala pintada*, y se desató en improprios, tratando á los diputados de parricidas por haberle disputado su autoridad, olvidando que él no era otra cosa que un regicida; declaróles ademas que si la república debía padecer, era preferible que fuese dependiente de los ricos que de los pobres, quienes, segun dice Salomon, cuando oprimen nada dejan en pos de sí. Cromwell había sido herido en su orgullo en la discusion relativa al protectorado hereditario, dejando por este medio la esperanza de sucederle á los principales oficiales y especialmente al mayor general Lambert.

Disuelto el Parlamento, Cromwell convocó otro, para obtener, segun decia, el dinero necesario para el servicio del ejército y de la escuadra, para robustecer el *Instrumento de gobierno*, y en fin, para legalizar la autoridad de los mayores generales. Eran estos unos comisarios militares, encargados de levantar sobre los bienes de los realistas, á causa de algunos movimientos insurreccionales por parte de estos, una contribucion arbitraria, equivalente al diezmo de sus fortunas. Cromwell corrompió hasta donde le fue posible las elecciones, y anuló las que le eran menos favorables.

De todo esto surgió al fin un parlamento que bajo el nombre de *Humilde peticion y parecer*, invitaba al Protector á tomar el título de rey, y á reunir otra cámara; es decir, una especie de cámara de Pares, compuesta de setenta miembros, nombrados por Cromwell.

Conceptuóse este obligado á rehusar la corona en un largo y oscuro discurso, en que trasporaban á la vez su disgusto por rehusar la diadema, y su satisfaccion por reproducir la escena representada por César. Muchas veces había hecho contravenir en su presencia la cuestion del *mejor gobierno*: casi en la misma época escribía el gran Corneille la escena de Cinna.

Bonaparte no titubeó en coronarse, bien fuese por-

que viéndose rodeado de mas gloria, abrigase mas audacia; bien porque la Francia, mas desgraciada en su revolucion que Inglaterra en la suya, temiese menos perder la libertad.

El nuevo parlamento confirmó y confirmó de nuevo á Cromwell el título de Protector, con la facultad de nombrar su sucesor, lo que hacia de hecho hereditario el protectorado. Tambien este parlamento fue disuelto á causa de los temores que inspiraba á su dueño; acaso Cromwell aborrecia en su interior á aquellos diputados harto candorosos, porque no le habían cedido á la fuerza la corona. La usurpacion se entregaba de esta manera á esas frecuentes disoluciones que habían perdido á la legitimidad; pero el brazo de Cromwell era asaz mas poderoso que el de Carlos: este brazo podía mantener en pié sobre ruinas lo que una fuerza ordinaria no hubiera podido evitar que viniese á tierra.

Prescindase de la ilegalidad de las medidas de Cromwell, ilegalidad á que después de todo se veía tal vez precisado á apelar para mantener su ilegal poder, y se verá que la usurpacion de este gran hombre fue gloriosa. En lo interior hizo reinar el orden, pues á semejanza de muchos déspotas, era amigo de la justicia en todo lo que no se relacionaba con su persona; y tal es la excelencia de la justicia, que sirve para consolar á los pueblos de la pérdida de su libertad. El fanático y regicida Cromwell, dueño del poder, fue tolerante en religion y en política; promulgó el bill de la libertad de culto y de conciencia; empleó los realistas leales; Hale, magistrado íntegro, y celoso partidario de los Estuardos, fue colocado al frente de la magistratura; Monk, que mandó los ejércitos y las escuadras del Protector, era un realista que en otro tiempo había sido hecho prisionero en el campo de batalla por los parlamentarios, y lo recordó al triunfar la restauracion.

Cromwell amaba y protegía la nobleza inglesa. Esta no pereció como andando el tiempo la nobleza francesa, porque no separó enteramente su causa de la general, y tambien porque la revolucion de 1640, emprendida en favor de la libertad y no de la igualdad, no atacaba la aristocracia. Los Falkland, los Stafford y los Clarendon habían sido miembros de la oposicion en aquellos famosos parlamentos que tanto contribuyeron á restringir los excesivos privilegios de la corona, y hasta la muerte de Carlos I hubo una cámara de Pares. Essex, Denbigh, Manchester, Fairfax y tantos otros, se distinguieron en el servicio parlamentario de tierra y de mar; multitud de lores tomó parte en la administracion, y se hicieron elegir miembros de los Comunes en los parlamentos de la república y del protectorado, y se dejó ver en los consejos y hasta en la corte de Cromwell. No hubo una emigracion sistemática; y si bien es cierto que perecieron algunos nobles, el cuerpo patricio subsistió incólume en Inglaterra, porque había tenido el buen criterio de seguir, y aun de iniciar el movimiento nacional.

La administracion del Protector fue activa, vigilante, vigorosa, pero demasiado fundada en la corrupcion de la policia, á la que tenía una decidida propension, y le sacrificaba cuantiosas sumas. Todas las clases dependientes del erario estaban pagadas con regularidad, con un mes de anticipacion; y las pingües pensiones señaladas á los hombres influyentes creaban intereses, si no podían crear deberes.

En lo exterior, Cromwell acabó de humillar la Holanda y de hacer reconocer la superioridad del pabellon británico, por lo que las naciones extranjeras buscaron su alianza. Richelieu había favorecido los primeros disturbios de Inglaterra, tomándolos por tempestades pasajeras, que ocupando en su propia casa á los enemigos, concedían algun descanso á la Francia; empeño no había reflexionado que se trataba de una revolucion, que acrecentando el vigor del pueblo inglés,

solo dejaria á Mazarino desprecios que devorar: alimento, por otra parte, muy análogo al temperamento del cardenal.

Dunquerque fue entregada á Cromwell por Mazariño; Blake se apoderó de la Jamaica, y la España se vio precisada á ofrecer grandes reparaciones. Háse advertido que Cromwell se abandonó á su pasión religiosa mas que á los consejos de una sana política, al aliarse con la Francia contra España. Esta reflexión, hecha despues de los acontecimientos, no presenta actualmente profundidad alguna, aunque es curioso hallarlas en las *Memorias de Ludlow*. Es verdad que este fue testigo de los triunfos de Luis XIV, y sobrevivió mucho tiempo á Cromwell, cuyo enemigo era.

El Protector trató á la subyugada Irlanda como país de conquista. Los desgraciados irlandeses fueron trasladados por miles á las colonias, y considerable número pereció en los suplicios. Unas leyes draconianas y extranjeras substituyeron aquellas antiguas costumbres hijas del suelo, y cuya autoridad se perpetuaba mediante las tradiciones, delante de alguna imagen de la Virgen, colocada sobre un matorral y al son de una gaita. Vendiéronse las tierras, dándose mil acres de terreno por 1,590 libras esterlinas en el canton de Dublin; por 1,000 en el de Killkenny; por 800 en el condado de Wexford, y por 600 en los diferentes de la provincia de Leinster. Las colonias militares recibieron las tierras situadas á las inmediaciones de Slego, de Colke y de Collel. Los habitantes quedaron reducidos á la condicion de siervos de los soldados ingleses en el Connaught.

Oliverio extendió su autoridad protectora hasta sobre los vandeses, en las montañas de la Suiza. Habiendo el hermano del embajador de Portugal en Londres dado muerte á un ingles, Cromwell le hizo decapitar. El orgulloso usurpador, firmando un tratado, escribió su nombre sobre el de Luis XIV. En 1657 envió su retrato á la reina Cristina con un dístico que decía que la frente de Cromwell no era siempre el espanto de los reyes.

De este orgullo del Protector nació la afectada soberbia de los ingleses por espacio de siglo y medio, y que no desapareció sino ante las victorias de la revolución francesa, que han colocado la Francia al nivel de la revolución inglesa.

Sin embargo, Cromwell no fue dichoso, pues todo su poder no alcanzó á impedir que la verdad hiciese oír su voz. Cuando se reconcentraba en sí mismo, recordaba siempre que había asesinado al rey ó á la libertad, y le era preciso optar entre uno ú otro remordimiento. El Protector contaba que en su niñez se le había presentado una mujer desconocida que le había anunciado, como las magas de Machet, que seria rey. La conciencia de Cromwell presentaba cuando aun era inocente, la tranquila vision de la soberanía real; pero al hacerse culpable le envió el sangriento fantasma de esta. Colocado entre los realistas y los republicanos, que le amenazaban igualmente, se sentia poco satisfecho del equívoco título con que la legitimidad y la libertad le habían precisado á contentarse. Estallaron muchas conspiraciones de los *caballeros*: las de Bagnal, hijo de lady Terringham, de Penruddock, del capitán Grove, del doctor Herve y de sir Enrique Slingsby. Algunos hombres de la quinta monarquía se agitaron tambien: un alférez de caballería llamado Day pertenecía á la asamblea republicana de Coleman-Street, en la que se trataba á Cromwell de perverso y traidor, y algunos regicidas sospechosos fueron encerrados en el castillo de Carisbrook, que había servido de encierro á Carlos I. Los jueces, y sobre todo los jurados, contrariaban el despotismo del Protector, que volviendo á hallar la libertad atrincherada detrás de esta barrera, se veia obligado á buscar los tribunales adecuados á su gobierno, esto es, los consejos de guerra y las comisiones.

Los folletos políticos, una petición firmada por muchos oficiales, un libelo titulado el *Memento*, y especialmente el famoso escrito *Killing no murder* (matar no es asesinar), acabaron de destruir el reposo de Cromwell. El coronel Tito, bajo el nombre supuesto de *William Allen*, era el autor del último escrito. En una dedicatoria irónica dirigida á su alteza *Oliverio Cromwell*, Tito invitaba á su alteza á morir por la felicidad y la emancipación de los ingleses: deciale que su muerte era el deseo general, el ruego comun de todos los partidos, que solo en este punto estaban de acuerdo: Tito firmaba W. A., *ahora vuestro esclavo y vasallo*.

Finalmente, la familia de Cromwell era para él otro motivo de tormento y zozobras, pues hallaba entre los suyos dos especies de oposiciones igualmente violentas: sus tres hermanas se enlazaron con hombres que habían votado la muerte de Carlos I. Tuvo dos hijos y cuatro hijas: Ricardo, protector despues de su muerte, era realista; y Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda, tenia parte de los talentos y opiniones de su padre, pero con mas moderación que él.

Su hija mayor lady Briget, de opiniones republicanas, casó en primeras nupcias con el famoso Ireton, y despues de la muerte de este se unió al teniente general Fleetwood. Lady Isabel, su segunda y mas querida hija, había dado su mano á lord Claypole, enemigo declarado de la tiranía, siendo así que ella era acérrima realista.

Lady María, cuya opinion es poco conocida, se enlazó con lord Falcombridge, muy activo en la restauración. Por último, lady Francis, la mas jóven de las hijas del Protector, se casó clandestinamente en apariencia con Roberto Rich, nieto del conde de Warwick. Roberto solo vivió tres meses, y su viuda contrajo nuevo matrimonio con sir John Russell.

El destino de esta última hija de Cromwell fue bastante singular. Lord Broghill había concebido la idea de darla en matrimonio á Carlos II. Lady Francis se brindaba á este extraño proyecto, al paso que Cromwell, bastante tentado, solo lo rechazaba diciendo: «Carlos II es bastante reprensiblemente disoluto para perdonarme la muerte de su padre.» Dificil es juzgar si Carlos había aprobado, por política ó por ligereza, esta union parricida. El proyecto fracasó porque lady Francis se apasionó de Jerry White, á la vez capellan y bufon de Cromwell, que habiendo sido sorprendido por el Protector de rodillas á los piés de lady Francis, se vió en la necesidad de casarse, para salvarse, con una de las doncellas de su amada. El matrimonio, primero clandestino, de lady Francis con Roberto Rich, se celebró luego públicamente el 11 de noviembre de 1657. Acordándose el Protector en esta solemnidad de los juegos de su primera juventud, arrancó á su yerno la peluca, y derramó confituras líquidas en los vestidos de las mujeres: esta vez á lo menos los convidados pudieron permanecer en la sala del baile.

De esta manera hallaba Cromwell en su familia, ya republicanos y republicanas que detestaban su grandeza, ya realistas que le echaban en cara sus crímenes. Lady Claypole no le dejaba respirar; Ricardo se había arrojado á los piés de su padre para obtener la vida de Carlos I. La esposa del Protector, aunque vanidosa, veía con temor su ilegal fortuna; y tratada con decoro, pero excasamente amada por su marido, deseaba se transigiese con el monarca legitimo. Por último, la madre de Cromwell, á quien este amaba y respetaba, le había suplicado tambien salvase al rey; deseaba verle todos los dias una vez al menos, y al oír la detonación de un arma de fuego, exclamaba: «¡Mi hijo ha muerto!»

Estas disensiones domésticas y de todos los momentos, que turban la vida de un hombre mucho mas que los grandes acontecimientos políticos, no podían olvidarse en las distracciones que Cromwell buscaba;

habiéndose apasionado de lady Dysert, duquesa de Lauderdale, los *santos* se escandalizaron; y tambien llegó á creerse que hacia oraciones demasiado largas con mistress Lambert. Muchos bastardos que se han envanecido, á acaso falsamente de su nacimiento, probaron que el regicida Cromwell, tan severo enemigo de la disolución y la licencia, el profeta que comunicaba directamente con Dios, había caído en la debilidad comun á casi todos los grandes hombres, tanto mas frágiles cuanto mayor es su gloria.

Todos los monarcas habían renunciado á divertirse su orgullo con el espectáculo de la degradación humana, por hallarse quizá heridos aun de algunas verdades ocultas bajo unas soeces bufonadas, y habían alejado ya de sus córtes á esos miserables llamados *locos*. Cromwell, empero, tenia cuatro; ora fuese porque este asesino de los reyes se complaciese en rodearse de lo que había degradado los reyes, regicida tambien respecto de su memoria; ora porque, no atreviéndose á empuñar su cetro, afectase la imitación de las costumbres que este supone; ora en fin porque hallase en su natural inclinación á las escenas grotescas, cierta semejanza con los placeres régios. Pero todos los bufones de la tierra no hubieran podido deterrarse de su corazón la tristeza que de él se había apoderado. Su córte, ó por mejor decir, su casa, era á la vez una especie de cuartel y un seminario, donde algunas bulliciosas fiestas desarrugaban dos ó tres veces al año la frente de los predicantes y de los veteranos. Desde la publicación del folleto *Killing no murder*, no se vió sonreír mas á Cromwell, que se veía abandonado por el espíritu de la revolución, origen de su grandeza. La revolución, que le había tomado por guía, no le quería ya por dueño; su misión había terminado, pues ni su nación ni su siglo le necesitaban ya. El tiempo no se detiene para admirar la gloria: sírvase de ella, y pasa adelante.

Este gran renegado de la independencia, sospechaba hasta de sus guardias, que hacia relevar tres ó cuatro veces al dia, y cuyas conversaciones espiaba disfrazado. Pasaba su vida escuchando los dichos de sus numerosos espías, y no se atrevia ya á mostrarse en público sino cubierto con una coraza oculta bajo su vestido, miserable cilicio del miedo; llevaba además en sus bolsillos pistolas cargadas; así es que probando cierto dia un tiro de caballos frisonas, cayó y salió el tiro de una de ellas. Cuando viajaba, lo hacia con tanta rapidez, que se sabia había pasado por un lugar cuando había salido de él. Durante la noche vagaba por el palacio de Whitehall testigo del gran sacrificio, como un espectro perseguido por otro; casi nunca se acostaba dos veces consecutivas en el mismo aposento, atormentado allí por sus remordimientos, como la viuda de Carlos se vió desolada mas tarde por sus recuerdos.

La muerte de lady Claypole aumentó la negra melancolía de Cromwell: esta mujer, jóven todavía, devorada en Hamptoncourt por una penosa enfermedad, sucumbió abrumando á su padre de reconvenções, y llamándole, por decirlo así, en pos de ella.

No tardó en seguirla: hacia algun tiempo que padecía de un humor en una pierna; y habiéndole acometido la calentura en el mismo palacio donde su hija había exhalado el último suspiro, fue trasladado á Londres. Fiel á su carácter, Cromwell declaró que había tenido revelaciones de que sanaria para ser útil á su país; y los capellanes de Whitehall anunciaban el próximo restablecimiento del profeta; mas este murió, á pesar de tan faustas predicciones, á la edad de cincuenta y nueve años, el 3 de setiembre de 1658, aniversario de las victorias de Dumbur, de Worcester y de la apertura del primer parlamento protectoral.

«Cromwell iba á destruir toda la cristiandad dice Pascal; la familia real se veía perdida, y la suya se hubiera mostrado siempre dominadora, sin un pe-

queño grano de arena que se introdujo en su uretra; la misma Roma iba á temblar ante él; pero aquella arenilla, insignificante en sí misma, pero terrible en tal lugar, fue causa de su muerte, del hundimiento de su familia y de la rehabilitación del rey.»

Nada es cierto en esta relación de Pascal sino la nada de la gloria y de la naturaleza humana á que en ella se alude. Una de esas tempestades que preceden, acompañan ó siguen á los equinoccios, estalló en el momento de la muerte del Protector: el poeta Waller, que cantaba todos los poderes, anunció en bellísimos versos que los últimos suspiros de Cromwell habían estremecido la isla de los Bretones; que el Océano se había conmovido al perder á su señor, y que Cromwell había desaparecido en una tempestad cual otro Rómulo. Toda esta poética fraseología no tenia otra realidad que una calentura y algunas ráfagas de viento.

Cromwell participó algo del carácter de Hildebrando, de Luis XI y de Bonaparte, pues fue á la vez sacerdote, tirano y gran hombre, y su genio reemplazó en su país la libertad. Encerraba en sí mismo bastante poder para que le fuese posible crear otro; así pues, mató todas las instituciones que halló ó que le plugo dar.

La mayor parte de los soberanos de Europa se pusieron crespones fúnebres para llorar la muerte de un regicida, y Luis XIV llevó el luto de Cromwell al lado de la viuda de Carlos I. ¿Una corona usurpada absuelve de un crimen?

El nombre de Cromwell, que ocasionaba la cobardía europea, hacia pasar en Inglaterra el poder absoluto á las manos del débil Ricardo; ¡tal es el poder de la gloria! Cromwell dejó el imperio á su hijo; pero los genios en que comienza un nuevo orden de cosas, sea para el bien, sea para el mal, son solitarios y solo se perpetúan por sus obras, nunca empero por sus razas.

El Protector vivió la edad propia de los hombres de su temple: su mas corto reinado es por lo regular de nueve á diez años, y el mas largo, de veinte á veinte y dos. Estos cálculos históricos, que nada parece desmentir, descansan sin duda en alguna verdad natural; acaso la fuerza física de un hombre, colocado en el punto mas alto de las revoluciones, se encuentra agotada en un período de tres ó cuatro lustros.

Acabemos ahora lo que se refiere á Cromwell, aunque sea anticipando algo los hechos.

Thurloe declaraba que Cromwell había subido al cielo, embalsamado con las lágrimas de su pueblo; pero Cromwell, mas franco en el momento en que la gran verdad, es decir, la muerte, se presenta á los hombres, dijo: «Muchos me han estimado en demasía, al paso que otros desean mi fin.» La bajeza de la lisonja que sobrevive al objeto de la adulación, no es otra cosa que la escusa de una conciencia mezquina, puesto que si se ensalza á un dueño que ya no existe, es para justificar, mediante la fingida admiración, el pasado servilismo.

Ricardo hizo magníficas exequias á su padre, cuyo cadáver embalsamado fue expuesto durante dos meses en el palacio de Sommerset, en una sala colgada de terciopelo negro, y en la que no se contaban menos de mil luces. Una figura de cera con vestido de brocado de oro forrado de armiño, ceñida la espada, con un cetro en la mano derecha y una esfera en la izquierda, representaba al Protector: esta imagen estaba tendida en un lecho fúnebre. Un epitafio compendia la historia de Cromwell y de su familia, y decía: «Murió con gran seguridad y calma en su lecho.» Palabras eran estas que se adaptaban mejor á Carlos I, excepto las tres últimas.

La figura de cera fue luego puesta en pié sobre un estrado como para anunciar una resurrección; ó como decían los *independientes*, indignados de aquellas pompas *papistas*, para representar el tránsito de un

alma del purgatorio al paraíso. El 23 de noviembre la imagen volvió a ser colocada en posición horizontal en un hermoso féretro que llevaron en hombros diez gentiles-hombres para trasladarlo a una carroza, y toda la comitiva se trasladó a Westminster, llevando lord Claypole el caballo de Cromwell. El féretro fue depositado en la capilla de Enrique VII; mas no se ve actualmente en Westminster la efígie de Cromwell, sino la de Monk, y búscanse también en vano sus cenizas.

Muchos se complacieron en decir y en escribir, en el momento de la restauración de Carlos II, que Cromwell, previendo los ultrajes de que sus restos podrían ser juguete, había mandado fuesen arrojados al Támesis, ó que se les diese sepultura en el campo de batalla de Naseby á nueve pies de profundidad; Barkstead, regicida, lugar-teniente de la Torre, y protegido por Cromwell, había, según se decía, hecho ejecutar esta orden por su hijo. Decíase finalmente que los cadáveres de Carlos I y de Cromwell habían sido cambiados de un sepulcro á otro, de manera que Carlos II, sediento de venganza, había hecho ahorcar el cadáver de su propio padre en lugar del asesino de este. Pero estas sombrías suposiciones inglesas se desvanecen á la luz de los hechos: el no verse sino la imagen de cera del Protector en la fúnebre solemnidad, consistió en que el estado de las carnes, á pesar del embalsamamiento, precisó á trasladar el cadáver á Westminster antes de la ceremonia pública; la inhumación precedió á los funerales. El cadáver de Carlos I, hallado en nuestros días en Windsor, prueba que el asesino no había ido á dormir bajo el techo del asesinado, y que satisfecho con haberle arrebatado la corona, le dejó su ataúd.

Si fuesen menester mas testimonios, diríamos que aun se conserva la plancha de cobre dorado hallado sobre el pecho de Cromwell, cuando se abrió su tumba en Westminster. Esta plancha, encerrada en una caja de plomo, fue entregada á Norfolk, heraldo de la cámara de los Comunes, y en ella se lee esta inscripción:

Oliverius Protector reipublicæ Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ, natus 25º aprilis anno 1599, inauguratus 16 decembris 1653º, mortuus 3 septembris, anno 1658, hic situs est.

Nos queda además otra prueba de la exhumación: la terrible historia ha guardado en el tesoro de sus cartas el recibo del albañil que rompió, por mandato superior, el sepulcro del Protector, y que recibió la cantidad de 15 chelines por su trabajo. Hé aquí este recibo con su redacción original, para que hasta las faltas del ignorante artesano atestigüen la autenticidad del documento:

May the 4th day, 1661, rec.^d then in full, of the worshipful serjeant Norfoke, fiveteen shillings, for taking ut the corpses of Cromell et Ierton, et Brasaw.

Rec. by me JOHN LEWIS.

«El cuarto día de mayo de 1661 he recibido en totalidad del respetable heraldo Norfoke, quince chelines, por sacar los cuerpos de Cromell, et Ierton et Brasaw.

«Recibido por mí, JOHN LEWIS.

Vemos por la fecha de este documento, 4 de mayo de 1661, que John Lewis había presentado una larga cuenta al gobierno: los huesos de Cromwell fueron expuestos en Tyburn el 30 de enero del mismo año.

La Francia conserva también algunos recibos de los asesinos del 2 de setiembre de 1792, declarando haber recibido cinco francos por haber trabajado en pro del pueblo. En uno de estos recibos se ve impresa

la huella de los dedos ensangrentados del firmante.

Finalmente, hé aquí literalmente traducido el documento oficial que da cuenta de la exhumación:

Enero 30 (1661).

«Los odiosos esqueletos de O. Cromwell, H. Ireton y J. Bradshaw, arrastrados sobre zarzos hasta Tyburn, fueron arrancados de su ataúd: allí colgados en los diferentes ángulos de aquel triple árbol (triple tree), hasta ponerse el sol; entonces fueron descolgados, decapitados, y sus troncos inmundos arrojados á un agujero profundo al pié de la horca. Después de esto sus cabezas fueron expuestas en unas estacas en la cúspide de Westminster-Hall.»

Es, pues, evidente que el cadáver de Oliverio fue depositado en Westminster, pero no permaneció allí mucho tiempo. Mas, ¿qué había que temer de él? ¿Podía su esqueleto cortar las cabezas de los esqueletos coronados, apoderarse del polvo de los reyes, y usurpar su nada? Como quiera que sea, el 30 de enero, aniversario del regicidio, los restos del Protector pendieron de una horca.

Cromwell había visitado á Estuardo en su féretro, lo había tocado con su mano, y se había cerciorado de que la cabeza estaba separada del tronco: Carlos II fue, en su tiempo, apoyado también en una cámara de los Comunes, á devolver á los huesos del Protector la visita hecha á los de Carlos I: venganza estúpida, porque si por una parte no se puede arrancar la vida á lo que es inmortal, por otra, no es posible dar la muerte á la muerte.

Los dispendiosos funerales que nada añadian á la grandeza del hombre, y que no legitimaban al usurpador, arruinaron á Ricardo Cromwell, que se vió precisado á pedir á los Comunes un bill suspensivo de las leyes, para no ser preso á consecuencia de las deudas contraídas por las exequias de su padre. La Inglaterra, que no pagó el entierro del hombre que había reconocido como señor, se encargó después de los gastos de inhumación de un simple ministro de Hacienda.

¿Cuál fue el destino de la familia de Cromwell? Ricardo tuvo un hijo y dos hijas, pero el hijo no vivió. Enrique habitó una pequeña quinta, en la que Carlos II entró un día por casualidad, al regresar de caza. Posible es que algun heredero directo de Cromwell por la línea de Enrique, sea actualmente algun ignorado campesino irlandés, acaso católico, que se alimenta de patatas en el territorio de Ulster, que ataca durante la noche á los orangistas, y lucha con las leyes atroces del Protector. Y es posible también que este desconocido descendiente de Cromwell haya sido un Franklin ó un Washington en América.

Lady Claypole murió sin sucesión; y sabemos por un capellan de Cromwell, que lady Falconbridge murió también sin posteridad. Quedaron lady Rich, mas tarde lady John Russell, y lady Ireton, que contrajo segundas nupcias con el general Flectwood. Hallamos una mistrees Cook de Newington en Middelsex, nieta del citado general, que comunicó una carta de Cromwell á William Harris, su biógrafo.

La familia de Bonaparte no se perderá como la de Cromwell, porque la mejora de la administración civil no permitirá esta desaparición. Por otra parte, ningun punto de semejanza hay bajo este aspecto, en la posición y el destino de ambos hombres.

El Protector no salió de su isla: las convulsiones políticas de 1640 empezaron y concluyeron en la Gran Bretaña, al paso que las discordias de la Francia se mezclaron con las del mundo entero, conmoviendo las naciones y derribando los tronos. Lo que distingue los movimientos políticos de 1793 de todos los conocidos, es que fueron una emancipación para los franceses y una esclavitud para sus vecinos; una revo-

lucion y una conquista. Pregúntese á los árabes de la Libia y del mar Muerto y á los nababs de las Indias el nombre de Cromwell, y se verá que lo ignoran; preguntéseles, empero, el nombre de Napoleon, y lo repetirán como el de Alejandro.

Cromwell inmoló á Carlos I, y ocupó su puesto; Bonaparte, retrocediendo diez siglos, se apoderó de la corona de Carlo-Magno; mas, aunque ensalzó y destronó reyes, á ninguno dió muerte.

Cromwell tomó por esposa á Isabel Bourchier, y tuvo por yerno principal á un procurador; todos los hijos de Isabel Bourchier volvieron á la oscura condición de su madre, no bien desapareció su famoso padre.

Bonaparte se enlazó con una hija de los Césares, casó sus hermanas con los soberanos que había creado, y sus hermanos con las princesas cuyas dinastías había protegido. No perteneció á ninguna asamblea legislativa, ni fue en tiempo alguno como Cromwell,



CROMWELL EXAMINA EL CADÁVER DE CARLOS I.

un tribuno popular; menos culpable que él para con la libertad, porque había contraído menos compromisos con ella, se juzgó libre para escribir su nombre con la punta de su espada en la genealogía de los reyes: los siglos futuros se han encargado de exhibir sus títulos de nobleza.

RICARDO CROMWELL.

1658.—1660.

Aunque heredero del protectorado, Ricardo era un hombre vulgar que no supo qué hacer de la gloria y los crímenes de su padre. El ejército, dominado mucho tiempo por su caudillo, recobró el imperio. El tío de

alma del purgatorio al paraíso. El 23 de noviembre la imagen volvió a ser colocada en posición horizontal en un hermoso féretro que llevaron en hombros diez gentiles-hombres para trasladarlo a una carroza, y toda la comitiva se trasladó a Westminster, llevando lord Claypole el caballo de Cromwell. El féretro fue depositado en la capilla de Enrique VII; mas no se ve actualmente en Westminster la efígie de Cromwell, sino la de Monk, y búscanse también en vano sus cenizas.

Muchos se complacieron en decir y en escribir, en el momento de la restauración de Carlos II, que Cromwell, previendo los ultrajes de que sus restos podrían ser juguete, había mandado fuesen arrojados al Támesis, ó que se les diese sepultura en el campo de batalla de Naseby á nueve pies de profundidad; Barkstead, regicida, lugar-teniente de la Torre, y protegido por Cromwell, había, según se decía, hecho ejecutar esta orden por su hijo. Decíase finalmente que los cadáveres de Carlos I y de Cromwell habían sido cambiados de un sepulcro á otro, de manera que Carlos II, sediento de venganza, había hecho ahorcar el cadáver de su propio padre en lugar del asesino de este. Pero estas sombrías suposiciones inglesas se desvanecen á la luz de los hechos: el no verse sino la imagen de cera del Protector en la fúnebre solemnidad, consistió en que el estado de las carnes, á pesar del embalsamamiento, precisó á trasladar el cadáver á Westminster antes de la ceremonia pública; la inhumación precedió á los funerales. El cadáver de Carlos I, hallado en nuestros días en Windsor, prueba que el asesino no había ido á dormir bajo el techo del asesinado, y que satisfecho con haberle arrebatado la corona, le dejó su ataúd.

Si fuesen menester mas testimonios, diríamos que aun se conserva la plancha de cobre dorado hallado sobre el pecho de Cromwell, cuando se abrió su tumba en Westminster. Esta plancha, encerrada en una caja de plomo, fue entregada á Norfolk, heraldo de la cámara de los Comunes, y en ella se lee esta inscripción:

Oliverius Protector reipublicæ Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ, natus 25º aprilis anno 1599, inauguratus 16 decembris 1653º, mortuus 3 septembris, anno 1658, hic situs est.

Nos queda además otra prueba de la exhumación: la terrible historia ha guardado en el tesoro de sus cartas el recibo del albañil que rompió, por mandato superior, el sepulcro del Protector, y que recibió la cantidad de 15 chelines por su trabajo. Hé aquí este recibo con su redacción original, para que hasta las faltas del ignorante artesano atestigüen la autenticidad del documento:

May the 4th day, 1661, rec.^d then in full, of the worshipful serjeant Norfoke, fiveteen shillings, for taking ut the corpses of Cromell et Ierton, et Brasaw.

Rec. by me JOHN LEWIS.

«El cuarto día de mayo de 1661 he recibido en totalidad del respetable heraldo Norfoke, quince chelines, por sacar los cuerpos de Cromell, et Ierton et Brasaw.

«Recibido por mí, JOHN LEWIS.

Vemos por la fecha de este documento, 4 de mayo de 1661, que John Lewis había presentado una larga cuenta al gobierno: los huesos de Cromwell fueron expuestos en Tyburn el 30 de enero del mismo año.

La Francia conserva también algunos recibos de los asesinos del 2 de setiembre de 1792, declarando haber recibido cinco francos por haber trabajado en pro del pueblo. En uno de estos recibos se ve impresa

la huella de los dedos ensangrentados del firmante. Finalmente, hé aquí literalmente traducido el documento oficial que da cuenta de la exhumación:

Enero 30 (1661).

«Los odiosos esqueletos de O. Cromwell, H. Ireton y J. Bradshaw, arrastrados sobre zarzos hasta Tyburn, fueron arrancados de su ataúd: allí colgados en los diferentes ángulos de aquel triple árbol (triple tree), hasta ponerse el sol; entonces fueron descolgados, decapitados, y sus troncos inmundos arrojados á un agujero profundo al pié de la horca. Después de esto sus cabezas fueron expuestas en unas estacas en la cúspide de Westminster-Hall.»

Es, pues, evidente que el cadáver de Oliverio fue depositado en Westminster, pero no permaneció allí mucho tiempo. Mas, ¿qué había que temer de él? ¿Podía su esqueleto cortar las cabezas de los esqueletos coronados, apoderarse del polvo de los reyes, y usurpar su nada? Como quiera que sea, el 30 de enero, aniversario del regicidio, los restos del Protector pendieron de una horca.

Cromwell había visitado á Estuardo en su féretro, lo había tocado con su mano, y se había cerciorado de que la cabeza estaba separada del tronco: Carlos II fue, en su tiempo, apoyado también en una cámara de los Comunes, á devolver á los huesos del Protector la visita hecha á los de Carlos I: venganza estúpida, porque si por una parte no se puede arrancar la vida á lo que es inmortal, por otra, no es posible dar la muerte á la muerte.

Los dispendiosos funerales que nada añadian á la grandeza del hombre, y que no legitimaban al usurpador, arruinaron á Ricardo Cromwell, que se vió precisado á pedir á los Comunes un bill suspensivo de las leyes, para no ser preso á consecuencia de las deudas contraídas por las exequias de su padre. La Inglaterra, que no pagó el entierro del hombre que había reconocido como señor, se encargó después de los gastos de inhumación de un simple ministro de Hacienda.

¿Cuál fue el destino de la familia de Cromwell? Ricardo tuvo un hijo y dos hijas, pero el hijo no vivió. Enrique habitó una pequeña quinta, en la que Carlos II entró un día por casualidad, al regresar de caza. Posible es que algun heredero directo de Cromwell por la línea de Enrique, sea actualmente algun ignorado campesino irlandés, acaso católico, que se alimenta de patatas en el territorio de Ulster, que ataca durante la noche á los orangistas, y lucha con las leyes atroces del Protector. Y es posible también que este desconocido descendiente de Cromwell haya sido un Franklin ó un Washington en América.

Lady Claypole murió sin sucesión; y sabemos por un capellan de Cromwell, que lady Falconbridge murió también sin posteridad. Quedaron lady Rich, mas tarde lady John Russell, y lady Ireton, que contrajo segundas nupcias con el general Flectwood. Hallamos una mistrees Cook de Newington en Middelsex, nieta del citado general, que comunicó una carta de Cromwell á William Harris, su biógrafo.

La familia de Bonaparte no se perderá como la de Cromwell, porque la mejora de la administración civil no permitirá esta desaparición. Por otra parte, ningun punto de semejanza hay bajo este aspecto, en la posición y el destino de ambos hombres.

El Protector no salió de su isla: las convulsiones políticas de 1640 empezaron y concluyeron en la Gran Bretaña, al paso que las discordias de la Francia se mezclaron con las del mundo entero, conmoviendo las naciones y derribando los tronos. Lo que distingue los movimientos políticos de 1793 de todos los conocidos, es que fueron una emancipación para los franceses y una esclavitud para sus vecinos; una revo-

lucion y una conquista. Pregúntese á los árabes de la Libia y del mar Muerto y á los nababs de las Indias el nombre de Cromwell, y se verá que lo ignoran; preguntéles, empero, el nombre de Napoleon, y lo repetirán como el de Alejandro.

Cromwell inmoló á Carlos I, y ocupó su puesto; Bonaparte, retrocediendo diez siglos, se apoderó de la corona de Carlo-Magno; mas, aunque ensalzó y destronó reyes, á ninguno dió muerte.

Cromwell tomó por esposa á Isabel Bourchier, y tuvo por yerno principal á un procurador; todos los hijos de Isabel Bourchier volvieron á la oscura condición de su madre, no bien desapareció su famoso padre.

Bonaparte se enlazó con una hija de los Césares, casó sus hermanas con los soberanos que había creado, y sus hermanos con las princesas cuyas dinastías había protegido. No perteneció á ninguna asamblea legislativa, ni fue en tiempo alguno como Cromwell,



CROMWELL EXAMINA EL CADÁVER DE CARLOS I.

un tribuno popular; menos culpable que él para con la libertad, porque había contraído menos compromisos con ella, se juzgó libre para escribir su nombre con la punta de su espada en la genealogía de los reyes: los siglos futuros se han encargado de exhibir sus títulos de nobleza.

RICARDO CROMWELL.

1658.—1660.

Aunque heredero del protectorado, Ricardo era un hombre vulgar que no supo qué hacer de la gloria y los crímenes de su padre. El ejército, dominado mucho tiempo por su caudillo, recobró el imperio. El tío de

Ricardo, Desborough, y su cuñado Flectwood, con el general Lambert se pusieron á la cabeza de los oficiales, y obligaron al débil Protector á disolver el Parlamento, único sosten con que contaba.

Cada día traía un nuevo trabajo, una nueva zozobra: Ricardo, que se olvidaba á sí mismo y que era de todos olvidado, que detestaba el yugo militar, sin tener la fuerza de romperlo; que no era republicano ni realista; que de nada se curaba, pues dejaba á sus guardias que le robasen su comida, y á la Inglaterra marchar por sí misma, Ricardo, decimos, abdicó el protectorado el 22 de abril de 1659.

De todos los cuidados que rodean el trono, el mayor para él fue el tener que salir de Whitehall, no porque tuviese apego á este palacio, sino porque le era preciso hacer un movimiento para salir de él. No llevó consigo sino dos grandes baules, llenos de *mensajes y felicitaciones* que le habían sido presentados durante su efímero reinado; en aquellas felicitaciones redactadas para gloria de todos los poderosos y para el uso de todos los hombres degradados, se le decía que Dios le había *dado la autoridad para la felicidad de los tres reinos*. Algunos amigos le preguntaron qué tesoros se encerraban en aquellos baules. «La felicidad del buen pueblo inglés,» repuso riendo. Mucho tiempo después, retirado en el campo, se divertía en leer á sus vecinos, después de haber bebido, algunos documentos de aquellos archivos de la bajeza humana y de los caprichos de la fortuna. Esta sátira filosófica no le hacía un hijo digno de su padre, pero le consolaba. Su hermano Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda, proyectó entregar esta isla en manos del rey; pero aunque mas firme y hábil que Ricardo, cedió al torrente que arrastraba á su familia, volvió á Londres, y cayó casi tan oscuramente como Ricardo.

El consejo de los oficiales, árbitro ya del país y presidido por el republicano Lenthal, convocó de nuevo el parlamento *rump*; y en la gerigonza de los partidos, los principios de este se llamaron la *antigua buena causa*. Pero solo concurrieron unos cuarenta diputados á la primera reunion, y aun fue preciso ir á buscar á la cárcel á dos de aquellos legisladores, encerrados por deudas. Aquella mal parada momia, arrancada al sepulcro, creyó un momento que era poderosa porque se acordaba haberlo sido bastante para hacer juzgar á un rey. Pero, aunque apenas resucitado, atacó la autoridad militar que le había devuelto la vida, el *rump* carecía de fuerza, porque estaba colocado entre los realistas, unidos á los presbiterianos, que deseaban la reinstalacion de la monarquía legítima, y los oficiales indóciles al yugo de la autoridad civil.

El general Lambert se puso en marcha contra un partido realista que se había levantado prematuramente, y lo dispersó. Cobarde regicida y cortesano desgraciado de Cromwell, Lambert, que se había lisonjeado siempre con la esperanza de heredar un poder azas pesado para sus hombros, se atrevió á todo después de su miserable victoria, é hizo presentar al *rump* una de aquellas humildes peticiones llenas de amenazas, cuyo uso había introducido la revolucion. El *rump* se encolerizó, destituyó á Lambert y á Desborough, y abolió el generalato. Lambert, segun la usanza de la *antigua buena causa*, bloqueó tan estrechamente con sus satélites á Westminster, que solo un miembro del pretendido parlamento, Pedro Wentworth, pudo entrar en él. Mientras esto ocurría murió Bradshaw, el famoso presidente de la comision que había juzgado á Carlos. Monk, que gobernaba la Escocia, y que sin espontanearse con nadie, meditaba el restablecimiento de la monarquía, entró en Inglaterra á la cabeza de doce mil veteranos, y avanzó hácia Londres.

El comité de los oficiales se dirigió á él, y el Parla-

mento, que ya no funcionaba, le solicitó vivamente. Monk se declaró republicano y enemigo de Estuardo, cuando iba á coronarle, tomó partido contra los oficiales, en favor de la causa constitucional, é instaló de nuevo el *rump*; pero al mismo tiempo hizo entrar en él los miembros presbiterianos, eliminados por la fuerza antes de la muerte de Carlos I: de este solo hecho resultaba el triunfo cierto de los realistas. El parlamento Largo, despues de mandar se procediese á unas elecciones generales, decretó su disolucion, y puso fin por sí mismo á su demasiado larga existencia, en la cual se hallaba ya la laguna de los años del protectorado. El pueblo quemó en señal de regocijo en las plazas públicas montones de osamentas de diferentes animales. Algunos verdaderos republicanos, como Vaney-Ludlow, se fugaron, mientras otros fueron destituidos, no por el hecho de Monk, sino por las prescripciones á que se habían condenado unos á otros. El mando del regimiento de Harlerig fue dado por Monk á lord Falconbrikge, que aunque yerno de Cromwell, sirvió á Carlos II. El coronel Hutchinson, cuya esposa nos ha dejado unas memorias llenas de interés, se retiró á su provincia. Lambert, se confesó culpable á la restauracion, obtuvo la gracia de la vida, y vivió treinta años desterrado en la isla de Guernessey, abrumado bajo el doble peso del regicidio y del desprecio.

El nuevo parlamento, dividido segun la antigua forma, en dos cámaras, se reunió el 25 de abril de 1660: los Comunes, bajo la presidencia de Harbotele-Green-Stone, antiguo miembro excluido del parlamento Largo, por haber denunciado la ambicion de Cromwell; y la cámara de los Pares, bajo la presidencia de lord Manchester, que había hecho la guerra en otro tiempo á Carlos I.

Grenville, comisario de Carlos II, se había puesto de acuerdo con Monk; el enviado, procedente de los Países-Bajos, era portador de la declaracion real de Carlos; este documento nada prometía, no era una Carta. Carlos no tenía en cuenta las conquistas de la época, ni hacía las necesarias concesiones á las costumbres, á las ideas, á la posesion y á los derechos adquiridos; desde aquel momento se hacia indispensable una segunda revolucion, y el príncipe legatario del trono desheredaba á su familia. Acriminoso á Monk por no haber obtenido garantía alguna en favor de la monarquía constitucional; y, dicho sea en honra eterna del partido realista, uno de sus individuos en la cámara de los Comunes, reclamó las libertades de la nacion: llamábase sir Mateo Hale, juez tan íntegro y estimado, que Cromwell lo había empleado, no obstante su conocida adhesion á sus legítimos soberanos. Monk respondió que si se deliberaba, no respondía de la paz de Inglaterra. «¿Qué temeis? dijo; el rey no tiene oro para compraros, ni ejército para conquistaros.»

Desatendiéronse todas las representaciones, porque se tenía sed de reposo despues de tan largos disturbios. Los comisarios del Parlamento fueron á Breda, á poner á los piés del monarca los votos y los presentes del pueblo de los tres reinos. Embarcóse Carlos II en un bajel de la flota inglesa en el Haya, desembarcó en Douvres el 26 de mayo de 1660, donde abrazó á Monk que le esperaba en la playa, y viendo una inmensa multitud ébria de júbilo, preguntó afablemente: «¿Dónde están mis enemigos?» Monk representaba en aquel momento el papel de protagonista: hoy, empero, cuán raquítico parece al lado de Cromwell, aunque su figura de cera á lo Curcio, ocupe un armario en Westminster!

El hijo de Carlos I verificó su entrada en Londres el 29 de mayo, aniversario de su nacimiento, lo que se creyó de feliz agüero. Cumplía treinta años: era jóven é insinuante, afable, y se mostraba de nuevo en una tierra donde anteriormente solo había hallado

abrigo en las ramas de una encina; era rey y había sido desgraciado: fue, pues, objeto de adoracion. ¿Quién lo hubiera creído? El pueblo de la *antigua buena causa* prorrumpia en gritos de regocijo al desembarco de los enanos en la isla de los gigantes!

Los cuerpos políticos inauguran las revoluciones, y los mismos los terminan: una asamblea deliberante, muchas veces ilegal y sin derechos reales, tiene mas poder que un ejército para restaurar á un soberano en su trono. Sin un acuerdo del parlamento de la Liga, declarando la corona de Francia intransmisible á todo príncipe no francés, nunca hubiera reinado Enrique IV. Enciérrese en la ley una fuerza invencible, de la cual deben derivar los monarcas su verdadero poder.

CARLOS II.

1660—1665.

Si fuese posible sospechar que la corrupcion de las costumbres difundida en Inglaterra por Carlos II fue un cálculo de su política, seria preciso colocar á este príncipe en el número de los monarcas mas abominables; pero es probable que no hizo otra cosa que seguir la corriente de sus inclinaciones y la ligereza de su carácter. Fórmanse los hombres con bastante frecuencia un plan de virtud, pero pocas veces un sistema de vicio; la debilidad busca un apoyo para caminar con paso seguro, mas no necesita sosten cuando le importa poco caer. Carlos, que jamás se creyó bien seguro en el poder, entre su padre decapitado y su hermano, cuyo destino era perder la corona, quiso por lo menos concluir en los placeres una vida que había empezado en los sufrimientos.

Terminadas las fiestas de la restauracion y apagadas las iluminaciones, se levantaron los cadalsos. Carlos había declinado en el Parlamento toda responsabilidad de esta naturaleza y este no escaseó las reacciones y las venganzas. Cromwell fue exhumado, y su hijo Ricardo emigró al continente; pero dicho sea en obsequio de la verdad, huía menos de su rey que de sus acreedores. El príncipe de Conti, que no le conocía, le insultó preguntándole: «¿Dónde está el cobarde y estólido Ricardo?»

¿Quién se acuerda hoy de que existió un Tomás Cromwell, conde de Essex, favorito de Enrique VIII, y que fue decapitado por un mero capricho del tirano su señor? Oliverio Cromwell mata, por decirlo así, su nombre entre los hombres que le precedieron, y lo hace vivir entre los que le han seguido y seguirán, pues una gran gloria oscurece el pasado é ilumina el porvenir.

El 9 de octubre de 1660 se reunió en Hich's-hall una comision de treinta y cuatro miembros para incohar el proceso de los regicidas; veinte y un jurados componían el gran tribunal. En la lista de los jueces se ve á muchos caudillos revolucionarios, entre otros Monk, que de abyecto servidor del regicida Cromwell, había pasado á ser caballero de la Jarretiera y duque de Albermarle. Cuando en la extraccion de la gran loteria de las revoluciones, abre cada uno su billete, ve hacerse una amarga é irónica distribucion de los bienes de la fortuna: un hombre se cubre de condecoraciones mientras otro sube al patíbulo; y no obstante, ambos son cómplices del mismo hecho, y han corrido el mismo albur. Pedro, enemigo, nada en la opulencia; Pablo, amigo, yace sepultado en la miseria. Aquel es recompensado por su traicion, al paso que este es castigado por su fidelidad.

El misero Harrison, presentado á sus jueces les dijo: «Muchos de vosotros, ahora mis jueces, fueron activos conmigo en las cosas que han ocurrido en Inglaterra... Lo que se ha hecho ha tenido lugar por

mandato del Parlamento, entonces suprema autoridad.»

La escusa era de buena fe, pero mala en su fondo, pues no basta que un poder *legal* nos prescriba una accion injusta, para que nos consideremos obligados á cometerla. La ley moral es superior en ciertos casos á la ley política: de lo contrario, pudiera suponerse una sociedad constituida de tal manera que el crimen fuese en ella el derecho comun. En fin, el *rump* no era el *verdadero* parlamento, esto es, el parlamento *legal*.

Harrison era un hombre sencillo de entendimiento y de corazon, una especie de loco fanático de la *quinta monarquía*, franco republicano, que se había separado de Cromwell, opresor de la libertad. A propósito de Harrison aplicó un juez al pueblo inglés el hermoso apólogo del niño que habiendo enmudecido recobró la palabra al ver al asesino de su padre (1). Aunque criminal, Harrison era mas estimable que otros muchos hombres; pero hay en la vida inexplicables fatalidades: tal, dotado de un carácter noble y puro, cae en un error imperdonable, y todos le rechazan, siendo así que tal otro, vil y corrompido por naturaleza, no ha tenido ocasion de equivocarse, y todos le buscan. El uno es condenado en el tribunal de los hombres; el otro lo es en el de Dios.

Descubrióse en el proceso de los jueces de Carlos I que los dos verdugos disfrazados se llamaban Walker y Hulet, ambos militares: Hulet era capitán. *Gorlland*, que ocupaba el sillón presidencial en el meeting regicida, fue acusado por un testigo de haber escupido al rostro del rey. Axtell, monstruo de crueldad, que mataba, dice el proceso, á los irlandeses como si fueran sabandijas; Axtell, anabaptista y agitador, fue convicto de haber obligado á los soldados á gritar: *¡justicia! ¡ejecucion!*; de haber inducido á hacer fuego á la tribuna de lady Fairfax, y de haberles hecho quemar pólvora en el rostro del augusto prisionero. Todos aquellos hombres sostuvieron que su causa era *la de Dios*. Tomás Scott fue el que mostró mas firmeza. Ya en el Parlamento había declarado «que nunca se arrepentiría de haber juzgado al rey, y que quería que se grabasen sobre su tumba estas palabras: *Aquí yace Tomás Scott, que condenó á muerte al difunto rey*. No desmintió este lenguaje en medio de los mas atroces suplicios. La sentencia dictada contra todos estaba concebida en estos términos:

«Sereis arrastrados sobre zarzos al lugar de la ejecución, para ser allí colgados, y estando aun vivos se cortará la cuerda. Sereis mutilados (*your privy member to be cut off*), se os arrancarán las entrañas (en vida), y serán quemadas á vuestra vista. Vuestra cabeza será cortada, y vuestros miembros divididos en cuatro cuartos. Vuestra cabeza y vuestros miembros serán puestos á disposicion del rey, y Dios se apiade de vuestras almas.»

De los ochenta regicidas que permanecían en Inglaterra en el momento de la restauracion, cincuenta y uno se presentaron á la proclamacion del rey, se reconocieron culpables y disfrutaron de la amnistía; veinte y nueve fueron juzgados; diez sostuvieron que no eran criminales, y marcharon al suplicio con la firmeza de unos mártires: el predicante Hugo Peters participó de esta suerte. John Jones declaró en la horca al rey inocente de su muerte; Carlos II en opinion de Jones, no hacía otra cosa que cumplir los deberes de un buen hijo para con su padre.

Así pues, las exhumaciones y las ejecuciones abrieron un reinado que los cadalsos debían cerrar. Veinte y dos años de disolucion transcurrieron debajo de los patibulos: últimos años de placer, á la usanza de los Estuardos, y que se asemejaban á una orgia fúnebre.

(1) He citado este pasaje de Harrison en el cap. II de las *Reflexiones políticas*.

En los primeros días de la restauración preguntáronse todos cómo se podría llegar á ser bastante esclavo para expiar el crimen de independencia: en aquella emulación doméstica, el dueño de cada hogar no tenía que ocuparse de los actos de rigor, pues el clero y el Parlamento se encargaron de esta tarea. Los Comunes sancionaron una moción encaminada á restablecer la doctrina de la obediencia pasiva; el bill de las convocatorias trienales fue abolido, y una especie de largo parlamento real duró diez y siete años, á beneficio de la corrupción, de la impiedad y de la esclavitud, como el largo parlamento republicano había existido veinte, merced al rigorismo, al fanatismo y á la libertad. Todo adquirió el carácter de una monarquía absoluta en una monarquía representativa: copióse la corte de Luis XIV, sin copiar su grandeza; se intrigó para ser ministro, hubo influencias femeninas en Windsor como en Versalles; los intereses públicos se trataron cual si fuesen meros asuntos privados, y no fueron ya las revoluciones, sino las cábalas cortesanas las que levantaron los patibulos.

La peste y un vasto incendio no fueron parte á turbar la voluptuosa existencia de Carlos. A instigación de la Francia, y cediendo á las sugerencias de Enriqueta, duquesa de Orleans, hizo la guerra á Holanda con el único fin de utilizar en provecho de sus placeres los subsidios del Parlamento.

Los desgraciados *caballeros*, aquellos realistas que habían sacrificado todo á la causa de los Estuardos, olvidados á la sazón yacían en la miseria, en tanto que las *cabezas redondas* gozaban de los bienes y honores que habían adquirido, armándose contra la familia legítima. Waller, conspirador cobarde en la época del parlamento Largo, poeta adulador de la usurpación venturosa, hacía las delicias de la legitimidad restaurada, en tanto que el fiel y denodado Butler fallecía de hambre. Carlos sabía de memoria y se complacía en recitar los versos de *Hudibras*. Esta sátira, llena de estró contra los personajes de la revolución, llenaba de placer una corte en que brillaban la disolución de Rochester y los chistes de Grammont: el ridículo era una especie de venganza muy adecuada á la índole de los cortesanos. Por lo demás, ¿las repúblicas son mas reconocidas que las monarquías? ¿Olvídó Carlos II á sus amigos mas que los otros reyes á los suyos? Hay ciertas enfermedades peculiares á las coronas, sean cuales fueren por otra parte las cualidades y los defectos de los hombres que las ciñen. «Entrad en el patio del palacio (de Enrique IV),» dice la ingeniosa duquesa de Roban, en su *Apología irónica*, «y oireis decir á los oficiales: *Hace veinte y cinco y treinta años que sirvo al rey, sin poder conseguir que se me abonen mis pagas, mientras uno que le hacia la guerra ha tres días, acaba de recibir una recompensa.* Subid las escaleras, entrad en las antecámaras, y oireis decir á los gentiles-hombres: *¿Qué esperanzas despierta el servicio de este príncipe? He arriesgado mi vida tantas veces en su defensa, he sido herido, he caído prisionero, he perdido mi hijo, mi hermano ó mi padre, pero ya no me conoce, y me rechaza con dureza si le pido el mas pequeño galardón...* Ahora bien, caballeros, ¿no es todo esto lo que decis? Pues escuchadme á mi vez: sabed que ese príncipe está dotado de virtudes sobrenaturales, y que dice claramente: *Amigos míos, ofendedme y os amaré, servidme y os aborreceré...* Oh esforzado y generoso príncipe, que no se entregó sino á los generosos, y no se deja forzar sino por la fuerza!»

Algunos recuerdos, algunas ambiciones privadas y algunas ilusiones propias de esas inteligencias menudadas que se imaginan capaces de resucitar lo pasado, fermentaban en un rincón bajo la protección de Jacobo, á la sazón duque de York y secretario del Catolicismo. Esas ambiciones, esas ilusiones y esos re-

cuertos, tomados en mal hora por una opinión posible ó aplicable, inspiraron á la nación el temor de un reinado opuesto al culto establecido y á la libertad de los pueblos. La correspondencia diplomática nos revela el odioso papel que representó entonces Luis XIV, y la funesta influencia que ejerció en el destino de Carlos y de Jacobo, pues al mismo tiempo que impulsaba al soberano á la arbitrariedad, estimulaba á los súbditos á la independencia, con la mezquina mira de involucrarlo todo y hacer á la Inglaterra impotente en lo exterior. Los ministros de Carlos y los miembros mas notables de la oposición del Parlamento cobraban pensiones del citado monarca.

La Iglesia episcopal tomaba parte activa en todos los negocios: proscrita durante las últimas conmoviciones por los fanáticos, el interés y el deseo de venganza la habían hecho á su vez fanática. Inficionado por este espíritu de reacción, el Parlamento quería la unidad del culto, y perseguía igualmente á los católicos y á los presbiterianos, aunque gran número de miembros de aquel parlamento no tenía creencia alguna. En el reinado de Carlos I la política había sido el instrumento de la Religión; en el de Carlos II la Religión fue el instrumento de la política. Los principios habían cambiado de lugar, coordinándose de manera que conducían mas directamente á la libertad civil, oprimiendo la de conciencia. Los *independientes* habían desaparecido, y la corte era deista ó atea.

En 1673 el Parlamento sancionó el acta del *test*, precaución tomada para el porvenir contra el duque de York, como papista. ¡Efecto milagroso, y no obstante natural, de la marcha de los siglos! Aquella famosa ley que sirvió para precipitar del trono á los Estuardos, y que fue la salvaguardia de una nueva dinastía, se deroga en los momentos en que trazamos estas líneas. La abolición no es aun plena y entera; pero no puede tardar en serlo. Si la familia de los Estuardos no estuviese estinguida, no hallaría ya en su religión obstáculo alguno para volver á subir al trono: ¿lo hallaría en su política? Todo se encierra en aquella para los pueblos y para los reyes.

Una pretendida conspiración descubierta por el infame Tito Oates, comprometió á la reina, cuyo destierro pidió el Parlamento, enviando al mismo tiempo á la horca algunos jesuitas. Shaftesbury, adulador de Cromwell é instrumento de la restauración; hombre de un carácter y de un talento bastante parecidos á los del cardenal de Retz; Shaftesbury, padre de un hijo célebre, pasaba de una intriga á otra. Un bill, obra de su antipatía, que no de su convicción, fue presentado á la cámara de los Comunes, para excluir al duque de York de la sucesión á la corona; pero fue desechado por la cámara de los Pares. Indignáronse los Comunes; Carlos disolvió el Parlamento y convocó otro en Oxford, que, mas turbulento aun que el otro, volvió á presentar el bill desechado. Carlos volvió á disolverlo, despojó á Londres y á algunas ciudades municipales de sus Cartas, reinó arbitrariamente hasta su muerte, y sugerido por su hermano, tornóse cruel y perseguidor.

De aquí surgieron las conspiraciones opuestas y mal concebidas de Monmouth, bastardo de Carlos, y de los lores Shaftesbury, Essex, Grey Rusel, Sidney y Hampden, nieto del famoso parlamentario. Estos tres últimos son célebres: lord Rusel es la única víctima de aquel tiempo que ha merecido la estimación completa de la posteridad. Hampden se mostró miserable en el proceso, revelando tener de menos lo que su abuelo tenía de mas. Por lo que respecta al republicano Sidney, estaba subvencionado por Luis XIV, y se manejaba de manera que vivía con todas las comodidades á expensas del despotismo, sabiendo no obstante morir noblemente por la libertad.

La inquietud creciente que inspiraba el futuro reinado; las pretensiones de María, hija del duque de

York y esposa del príncipe de Orange; la profunda y fría ambición de este yerno de Jacobo, en cuyo derredor empezaban á agruparse todos los partidos descontentos, envenenaron los últimos días de una corte frívola. Carlos sucumbió de repente el 16 de febrero de 1685 á un ataque de apoplejía, resultado harto común de una vida licenciosa, en el tránsito de la edad madura á la vejez. Los ilícitos placeres de este príncipe le dispensaron un postrer servicio, sustrayéndole á una nueva revolución, ó por mejor decir, al último acto de la revolución, pues los Estuardos no quisieron representarlo por sí mismos, utilizando en su favor lo que Guillermo supo recoger. Algunos creyeron que Carlos II había sido envenenado; no obstante es mas cierto que murió católico, si es que era algo en religión.

Este hijo de Carlos I fue uno de esos hombres ligeros, indolentes, egoístas é incapaces de afectos y convicciones, que se interponen á veces entre dos periodos históricos, para dar fin á uno y principio á otro; para amortiguar los resentimientos, sin ser bastante poderosos para ahogar los principios; uno de esos príncipes cuyo reinado sirve de paso ó de transición á los grandes cambios de instituciones, de costumbres é ideas en los pueblos; uno de esos príncipes expresamente creados para llenar los vacíos que en el órden político separan muchas veces la causa del efecto.

La inteligencia humana había marchado en razón directa de los progresos de la ciencia social, y la poesía brilló con el mas vivo resplandor. Fue aquella la época de Milton, de Waller, de Dryden, de Butler, de Cowley, de Otway y de Davenant, admiradores unos, despreciadores otros del genio de Cromwell, y todos mas ó menos sometidos á Carlos. «Alimentada en las facciones, trabajada por el múltiple fanatismo de la religión, de la libertad y la poesía, aquella alma borrascosa y sublime (Milton), al perder el espectáculo del mundo, debía hallar un día en sus recuerdos el modelo de las pasiones del infierno, y hacer brotar del fondo de sus altos ensueños, no interrumpidos ya por la yerta realidad, dos creaciones igualmente fantásticas, igualmente inesperadas en aquel siglo feroz: la felicidad del cielo y la inocencia de la tierra.» Tomamos esta admirable pintura de la historia de Cromwell, por Mr. Villemain.

Tillotson, Burnet, Shaftesbury, Hobbes, Locke y Newton se habían ya mostrado ó empezaban á dejarse ver; las ciencias, segun los tiempos, son hijas ó madres de la libertad.

JACOBO II.

1685—1686.

Cuando las revoluciones deben consumarse, se nacer ó mantenerse al frente de los negocios los hombres que por sus virtudes ó crímenes, su fuerza ó debilidad, las conducen á su complemento; vése tambien al mismo tiempo morir ó alejarse los hombres que podrían detener la marcha de los acontecimientos. Carlos I, tercer hijo de Jacobo II, no hubiera ocupado el trono si sus hermanos mayores hubiesen vivido. Su devoto padre lo destinaba á la Iglesia; hubiérase pues sentado tranquilamente en la silla arzobispal de Cantorbery en lugar de subir al cadalso. Toda la serie de los acontecimientos hubiera cambiado por la influencia personal de los monarcas que habrían reinado en lugar de Carlos I y sus dos hijos, y los Estuardos regirían tal vez aun los destinos de la Gran-Bretaña.

Jacobo II, hombre duro y débil, tenaz y fanático, no tenía la mas ligera idea de la revolución que se había verificado en los espíritus, y por consiguiente

había quedado rezagado mas de un siglo respecto de sus contemporáneos. Por esta razón quiso intentar en favor de la Iglesia romana, lo que su padre no había podido llevar á cabo ni siquiera en pro del episcopado: creíase árbitro de operar un cambio en la religión del Estado con tanta facilidad como Enrique VIII, sin tener en cuenta que el pueblo inglés no era ya el pueblo de los Tudors; y aun cuando Jacobo hubiese distribuido á sus súbditos todas las riquezas del clero anglicano, no hubiera hecho un solo católico. Su falta mas trascendental fue jurar, al ceñirse la corona, lo que no tenía intención de cumplir: la fe guardada no ha salvado siempre á los imperios; pero la fe mentida los ha perdido con sobrada frecuencia.

Jacobo tenía preocupado el ánimo por la insensata rebelión del duque de Monmouth, tan fácilmente reprimida. Monmouth, batido en Segmore, y descubierto despues del combate entre unas malezas, conducido á Londres y presentado á Jacobo, no pudo salvar su vida por la humilde sumisión que Jacobo desterrado ha referido benévolutamente, creyendo escusar su debilidad divulgando la ajena. La certidumbre de la muerte devolvió el valor á Monmouth, y se mostró valiente y ligero como su padre Carlos II; tenía todas las gracias de la cortesana su madre, y jugó con el hacha, que fue preciso descargar cinco veces para derribar su hermosa cabeza. Hase querido hacer de Monmouth la *Máscara de hierro*: eterno asunto de novelas.

Jacobo, naturalmente cruel, halló un verdugo: Jeffries había inaugurado sus fechorías á fines del reinado de Carlos II, en el proceso en que Russel y Sidney perdieron la vida. Este hombre, que á consecuencia de la invasión de Monmouth, hizo ejecutar en el Occidente de Inglaterra á mas de doscientas cincuenta personas, no carecía de cierto espíritu de justicia: una virtud que no se echa de ver en un hombre recto, resalta sobremanera cuando está colocada en medio de los vicios.

Arrastrado por su celo religioso, el monarca solo escuchaba los consejos de su confesor el jesuita Peters, á quien había intentado hacer cardenal. Misionero en su propia corte, Jacobo había convertido á su ministro Sunderland, que no era mas fiel á su nuevo Dios que á su rey. El nuncio del papa hizo una entrada pública en Windsor, vestido de pontifical: estas cosas, que en el espíritu tolerante ó indiferente de nuestro tiempo serían asaz insignificantes, eran entonces criminales á los ojos de un pueblo á quien se había enseñado á mirar la comunión romana como enemiga de las libertades públicas.

Viendo el rey que no podía llegar directamente á su objeto, quiso alcanzarlo por medios oblicuos: declaróse protector de los cuáqueros y pidió la libertad de conciencia para todos sus súbditos. Cromwell había tambien aspirado á esta libertad, mas solo con el objeto de defenderse, no con el de atacar, como alevemente se proponía hacerlo Jacobo. Este intrigó sin resultado alguno, para conseguir una mayoría sobre este punto en el Parlamento. Habiendo fracasado su plan, publicó por propia autoridad una declaración de libertad de conciencia. Siete obispos, que se negaron á leerla en sus iglesias, fueron conducidos á la Torre; pero habiendo sido absueltos por un juicio solemne, su prisión y su libertad fueron objeto de un triunfo popular. Jacobo había formado un campamento que hacia maniobrar á algunas millas de Londres, pero no halló á los soldados mas dispuestos que los obispos, á admitir la libertad de conciencia.

Hé aquí como, merced á un acto justo y generoso en principio, acabó Jacobo de descontentar á la nación; y en verdad no es difícil hallar la doble razón de esta especie de iniquidad de los hechos: había por un lado fanatismo protestante, y se advertía por otro que la tolerancia régia distaba mucho de ser sincera,

y que solo pedía una libertad particular con el torcido designio de destruir la libertad general.

Harto menos fácil es darse cuenta de la conducta del rey. Durante el reinado de su hermano había visto proponer un bill de incapacidad á la posesion de la corona, fundada en la profesion de cualquiera religion que no fuese la del Estado: estas hostiles disposiciones podian sin duda haber irritado al católico Jacobo; pero ¿cómo no comprendió, por este mero hecho, que para conservar la corona en semejante pueblo, debía evitar herirle en su lado sensible? Lejos de obrar así, en lugar de mostrarse prudente al llegar al poder supremo, Jacobo no fue escaso en la adopcion de las medidas que debian abismarle.

Mucho tiempo hacía que la Holanda era el foco de las intrigas de los diferentes partidos ingleses, cuyos emisarios se reunian allí, bajo la proteccion de Maria hija primogénita de Jacobo y esposa del príncipe de Orange, hombre que no ha inspirado admiracion alguna, y que no obstante llevó á cabo empresas admirables. Avisado muchas veces por Luis XIV, de los peligros que le rodeaban, el obcecado Jacobo nada quería creer; pero al fin le fue preciso rendirse á la evidencia: un despacho del marqués de Abbeville, embajador de la Gran-Bretaña en La-Haya, desenvolvió á sus ojos todo el plan de invasion. Abbeville había recibido sus datos del gran pensionista Fagel, pero el conde de Avaux había tenido mucho antes noticia de todo el negocio. Habíase armado en Texel una escuadra cuyo destino era operar contra Inglaterra, donde el príncipe de Orange decia haber sido llamado por la nobleza y el clero.

Luis XIV, cuya política había sido desastrosa y miserable hasta el desenlace, volvió á mostrarse grande á la catástrofe: hizo ofertas magnánimas, y hubiéralas ciertamente cumplido, á no haber cometido al mismo tiempo una falta irreparable, pues en vez de atacar los Países-Bajos, lo que hubiera detenido al príncipe de Orange, llevó la guerra á otra parte. La flota se dió á la vela, y Guillermo desembarcó con trece mil hombres en Broxholme, en Torbay.

Grande fue su asombro al no encontrar allí á nadie, y esperó diez dias en vano. ¿Qué hizo Jacobo en estos diez dias? Nada. Tenia á sus órdenes un ejército que se hubiera batido, y no adoptó resolucion alguna. Su ministro Sunderland lo vendió; el príncipe Jorge de Dinamarca, su yerno, y Ana su hija predilecta, lo abandonaban, como también su hija Maria y su otro yerno, Guillermo. La soledad empezaba á extenderse en derredor del monarca, que se había aislado de la opinion nacional: en tal apuro pidió consejos al conde de Bedford, padre de lord Russel, decapitado en el reinado anterior, perseguido por Jacobo: «Yo tenia un hijo que hubiera podido socorrerme,» respondióle amargamente el anciano.

Jacobo no mostró firmeza en aquel momento crítico sino por su religion, pues esta había robado en su provecho el natural valor del príncipe. Jacobo revocó, es cierto, las medidas favorables á los católicos; incurriendo, sin embargo, en una extraña contradiccion, hizo bautizar á su hijo en la comunión romana, y el papa fue declarado padrino de este tierno rey, que no debía ceñir la corona. La conciencia era la única virtud de Jacobo II, pero no la aplicaba sino á un solo objeto; esta viva luz convertíase para él en tinieblas, siempre que no tocaba el altar.

El príncipe de Orange avanzaba lentamente hacía Londres, donde la sola presencia de Jacobo combatía al usurpador; la desercion empezó poco á poco en el ejército inglés, y el *Lille Ballero*, especie de himno revolucionario, se cantó entre los desertores. Sabido esto por Jacobo, dijo: «Dénselos los pasaportes en mi nombre, y vayan á buscar al príncipe de Orange; yo les evitaré la ignominia de la traicion.»

No obstante, el rey tomaba la más desastrosa de las

resoluciones: la de abandonar á Londres. Hizo partir primero á la reina y á su tierno hijo, acompañados de Lauzun, favorito de la fortuna, como sus suplicantes eran su juguete. Jacobo se embarcó en el Támesis, donde arrojó el sello del Estado, ó por mejor decir, su corona, que las aguas no volvieron á traerle. Detenido casualmente en Feversham, volvió á Londres, donde el pueblo le saludó con las mas vivas aclamaciones: esta inconstancia popular estuvo á punto de dar en tierra con la obra de la paciente y culpable ambicion del príncipe de Orange. Ese duque de York, tan denodado en su juventud, bajo las banderas de Turena y de Condé, y tan valiente y hábil almirante en las flotas de su hermano Carlos II, no sabia revestirse como rey de su antiguo valor; y no obstante, hubiérase bastado permanecer y mirar de frente á su yerno ó hija. Guillermo le hizo mandar que se retirase al castillo de Ham: y él, en lugar de indignarse contra tan ultrajante mandato, solicitó bajamente el permiso de trasladarse á Rochester. El príncipe de Orange adivinó sin dificultad que su suegro abrigaba la intencion de fugarse del reino, puesto que se acercaba al mar: el usurpador, que no anhelaba otra cosa, se apresuró á concederle el permiso. Jacobo ganó furtivamente la playa, y se embarcó en un bajel que le esperaba, y de cuya direccion nadie quería encargarse.

El austero católico que así sacrificaba un reino á su fe, no tenia otro séquito que su hijo natural, el duque de Berwick, tenido de Arabela Churchill, hermana del duque de Marlborough, quien, aunque debía su fortuna á Jacobo, le abandonó porque le veia desgraciado, para entregarse á un protervo protegido por la fortuna. Berwick y Marlborough, bastardo aquel, traidor este, debian ser, andando el tiempo, dos famosos capitanes: Marlborough conmovió el imperio de Luis XIV, y Berwick aseguró la España al nieto de este gran rey, sin que le fuese posible reconquistar la Inglaterra á su padre Jacobo II. Berwick tuvo la doble gloria de morir de un balazo de cañon en Philipsbourg por la Francia el 12 de junio de 1734, y de haber merecido los elogios de Montesquieu.

Jacobo llegó á los campos de su eterno destierro el 2 de enero de 1689, mes funesto, desembarcando en Ambleteuse, en la Picardía. Cuatro años habían bastado al último hijo de Carlos I para perder un reino.

Una asamblea nacional convocada en Westminster, bajo el nombre de *Convencion*, declaró el 23 de febrero de 1689 que Jacobo, segundo de este nombre, había abdicado, en el mero hecho de abandonar la Inglaterra; que su hijo, el príncipe de Gales, era un hijo supuesto (impudente mentira); y que Maria, hija de Jacobo y princesa de Orange, era de derecho heredera de un trono abandonado: así pues, la usurpacion se estableció sobre una ficcion de legitimidad.

El príncipe de Orange y su esposa Maria aceptaron la sucesion régia, no vacante, bajo condiciones que llegaron á ser la constitucion escrita de la Gran-Bretaña: tal fue el último acto y el desenlace de la revolucion de 1640; así, despues de algunos siglos de discordias, se trazaron los limites que separan hoy en Inglaterra el justo poder de la corona de las libertades legales del pueblo.

Por lo demás, ni Jacobo ni los ingleses mostraron la menor dignidad en aquel memorable acontecimiento, pues dejaron hacer todo lo que le plugo á Guillermo con un escaso ejército de trece mil hombres, entre los que se contaban mil doscientos ó mil cuatrocientos soldados y oficiales franceses protestantes, que espulsados de Francia por la revocacion del edicto de Nantes, fueron á Inglaterra á destronar un príncipe católico, aliado de Luis XIV: así se encadenan los sucesos humanos. Una guardia holandesa se encargó de Londres, y relevó las guardias de Whitehall. Los historiadores de la Gran-Bretaña, que apellidan á la re-

volucion de 1688 la *gloriosa revolucion*, debieran limitarse á llamarla la *revolucion útil*, pues los hechos dejan sus beneficiosos resultados, pero niegan la gloria de ellos á Inglaterra. El mas ligero grado de firmeza en el rey Jacobo hubiera bastado para detener al príncipe Guillermo, pues en los primeros momentos casi nadie se declaró en su favor. Por lo demás, aquella revolucion, que hubiera podido ser aplazada, no era menos inevitable, porque estaba consumada ya en el espíritu de la nacion. Si Jacobo pareció hallarse poseido de un vértigo en el momento decisivo; si durante su reinado solo se le vió ocupado en procurarse un punto seguro en Inglaterra, ó un medio de huida á Francia; si se dejó vencer en todas partes; si no se aprovechó de los consejos ni de los ofrecimientos de Luis XIV, esto consiste en que tenia la conciencia de que sus destinos estaban cumplidos. La libertad, desconocida en tiempo de Jacobo I, ensangrentada en el de Carlos I, deshonrada en tiempo de Carlos II y atacada en el reinado de Jacobo II, había sido, sin embargo, conservada en las formas constitucionales, las cuales la trasmitieron á la nacion, cuyo suelo continuó fecundando despues de la expulsion de los Estuardos.

Estos príncipes no pudieron perdonar jamás al pueblo inglés los males que les había hecho sufrir; y el pueblo inglés nunca pudo olvidar que ellos habían intentado usurparle sus derechos: había pues por una y otra parte muchos resentimientos justos y demasiadas ofensas. Destruida toda confianza recíproca, unos y otros se miraron en silencio durante algunos años, porque las generaciones que habían sufrido juntas, igualmente cansadas, consintieron en concluir juntas sus dias; pero las nuevas generaciones, que no experimentaban este cansancio, y que, no alimentando ya enemistades, no necesitaban aceptar los compromisos del infortunio, reivindicaron los frutos de la sangre y las lágrimas de sus padres, siendo por lo tanto preciso dar un eterno adiós á las cosas pasadas. Al verificarse la revolucion de 1688, solo quedaban en los dos partidos algunos testigos de la catástrofe de 1649: el mismo Jacobo, que iba á morir en el desierto, y el viejo regicida Ludlow, que volvió de él para gozar del placer de ver expulsar á un monarca cuyo padre había condenado. Ludlow por otra parte era tan extranjero en Londres con sus principios republicanos, como Jacobo II con sus máximas absolutistas.

Otro personaje asistió también al advenimiento de Guillermo. Un hombre llamado *Clark*, del condado de Exford, que había tenido un litigio con sus hijas, había ido á pleitear á Londres despues de la muerte de su hijo único, y le asaltó la idea de asistir á una sesion de la cámara alta. Habiéndole preguntado uno de los circunstantes si había visto en su vida cosa semejante, Clark le respondió: «No, desde que he dejado de sentarme en aquel sillón.» Y diciendo estas palabras, señalaba el trono: era Ricardo Cromwell.

¿Habrian podido los Estuardos reinar despues de la restauracion? Muy facilmente, si hubieran hecho lo que Guillermo hizo en Inglaterra, y lo que Luis XVIII en Francia, dando una Carta y aceptando de la revolucion lo que tenia de invencible y de bueno; lo que estaba realizado en los espíritus y en el siglo; lo que había sido consumado en las costumbres, lo que no podía intentarse destruir, sin chocar violentamente con la corriente de las edades, sin inprimir á las sociedades un movimiento retrógado, sin conmover de nuevo la nacion. Las revoluciones que se verifican en los pueblos en el sentido natural, es decir, en el sentido de la marcha progresiva del tiempo, pueden ser terribles, pero son duraderas, al paso que las que se intentan en sentido contrario, esto es, pugnando con el natural desarrollo de las cosas, no son menos sangrientas; pero, azote de un momento, nada fundan ni crean, y todo su alcance se reduce al poder de exterminar.

Volvamos al rey Jacobo: ¿cuál fue su paradero? «Al dia siguiente, dia de su llegada, el rey fue á esperarle á Saint-Germain, en la alcoba de la reina. Su magestad se mantuvo allí una media hora ó tres cuartos de hora antes que aquel llegase; cuando se hallaba en el soto, se dió aviso á su magestad, y lo mismo se verificó al llegar Jacobo á palacio. Entonces su magestad dejó á la reina de Inglaterra, y salió á su encuentro á la puerta de la sala de guardias. Los dos reyes se abrazaron muy tiernamente, con la diferencia de que el de Inglaterra, conservando la humildad de actitud de una persona desgraciada, se inclinó casi hasta las rodillas del rey. Despues de este primer abrazo en medio de la sala de guardias, diéronse nuevas pruebas de amistad; y luego, teniendo estrechadas sus manos, el rey lo presentó á la reina, que estaba en cama. El rey de Inglaterra no abrazó á su esposa, probablemente por respeto.»

Despues de un cuarto de hora de conversacion, el rey llevó al de Inglaterra al aposento del príncipe de Gales. El aspecto de Jacobo no había inspirado respeto á los cortesanos, y sus palabras produjeron aun menos efecto que su aspecto. Refirió al rey en la cámara del príncipe de Gales los principales sucesos en que se había visto envuelto; pero los refirió con tal desaliño que los cortesanos no quisieron acordarse de que era inglés, y que por consiguiente hablaba muy mal el francés; además, tartamudeaba un poco, estaba cansado, y no es cosa extraña que una desgracia tan grande como la que le abrumaba, disminuyese una elocuencia mayor que la suya.»

Luis XIV dió una flota al rey Jacobo y lo envió á Irlanda; mas habiendo perdido la batalla de la Boyne en junio de 1690, volvió á San German. Un partido bastante numeroso quiso reinstalarle en el trono, pero el monarca negociaba y lo embrollaba todo con sus absurdas pretensiones. Bossuet se mostraba menos exigente que él, pues sostenía que un rey católico podía tolerar la preeminencia de la religion protestante en sus Estados; no obstante, Bossuet deja traslucir al establecer este principio, un pensamiento ulterior poco digno en verdad de su genio y su virtud.

Jacobo vió desde el cabo de la Hogue la destruccion de la segunda flota que debía trasladarle de nuevo á los tres reinos. A consecuencia de este segundo descalabro escribió á Luis XIV: «Mi contraria estrella ha hecho sentir su influencia sobre las armas de V. M., siempre victoriosas, hasta que han combatido por mí; vos suplico, pues, no os tomeis mas interés por un príncipe tan desgraciado.»

Conoció Luis XIV el valor de estas palabras, y duplicando su interés por su augusto cliente, volvió á armarse en 1696 en apoyo del partido jacobista. Jacobo se negó á todo complot de asesinato contra Guillermo, y tampoco quiso subir al trono de Polonia, que su régio huésped se encargaba hacerle obtener. En la época del tratado de Ryswick, Luis XIV, que iba á verse obligado á reconocer á Guillermo por rey de Inglaterra, propuso á este que reconociese á su vez al tierno hijo de Jacobo por su propio heredero. El príncipe de Orange, que no tenia hijos, accedia á ello, pero Jacobo rechazó tal proposicion, diciendo: «Me resigno á la usurpacion del príncipe de Orange, pero mi hijo no puede heredar la corona sino de mí, porque la usurpacion no puede darle ningún título legítimo.» Hay en esta conducta cierta grandeza y una especie de política negativa, magnánima. Jacobo destronado, y colocado ya en la condicion de un simple cristiano, dejaba de ser un hombre vulgar, y era digno de que se viese en él algo mas que sus devociones con los jesuitas.

Jacobo tuvo el consuelo y el dolor de ver algunas veces en su retiro á los súbditos fieles á su adversa fortuna. «Formáronse en una compañía de soldados al servicio de Francia, dice Dalrymple, y fueron

«revistados por el rey (Jacobo), en San German en «Lave. El rey les saludó con una inclinación y con la «cabeza descubierta; volvió, tornó á inclinarse y se «anegó en lágrimas. Ellos se pusieron de hinojos y «bajaron sus cabezas hasta el suelo; luego se levanta- «ron todos á la vez, y le hicieron el saludo militar... «Eran siempre los primeros en una batalla, y los últi- «mos en la retirada. Muchas veces carecieron de los «artículos de primera necesidad, y sin embargo, nunca «se les oyó quejarse; á no ser de los padecimientos «del que miraban como á su soberano.»

Hay un hecho muy poco conocido: María Estuardo «nabía deseado que la compañía escocesa al servicio de «Francia fuese mandada por uno de los hijos de los re- «yes de Escocia: en efecto, parece que Carlos I y «Jacobo II fueron á su vez capitanes de esta compañía. «Los jacobistas, que empuñaron muchas veces las ar- «mas por Jacobo y por el pretendiente su hijo, sellaron «con un carácter tierno aquella vieja y espirante so- «ciedad. Guillermo había expulsado de Inglaterra á Ja- «cobo al estribillo de una canción revolucionaria: créese «generalmente que el famoso *God save the king*, cuyo «aire es de origen francés, es un himno religioso que «los jacobistas entonaban al marchar al combate. La «lealtad, la legitimidad y la religión católica de la «antigua Inglaterra, legaron una canción á la libertad, «á la usurpación y á la comunión protestante de la «Inglaterra moderna.

El gobierno inglés no halló un medio mas seguro «para castigar á los montañeses escoceses, que mas «tarde se sublevaron en favor del hijo de su antiguo «rey, que obligarles á abandonar los trajes y las cos- «tumbres de sus padres, pues se juzgó que se les arre- «batarían sus primitivas virtudes, despojándoles de sus «antiguas usanzas.

Jacobo pasó el resto de su destierro en escribir las «memorias de su vida: y como la piedad hacia en él «las veces del poder, retirado á su conciencia, imperio «de que no podía ser desheredado, sus recuerdos le «hacían vivir en lo pasado, y su religión en el porvenir. «Había escrito de propio puño estas palabras: «Yo os «doy gracias, ¡Dios mío! por haberme quitado tres «reinos si vuestro designio ha sido hacerme mejor.»

El 16 de setiembre de 1701 murió en paz en San German.

El príncipe de Gales su hijo, que durante algun «tiempo llevó el nombre de Jacobo III, y que dejó este «mundo el 2 de enero de 1766 (siempre el mes de ene- «ro), tuvo dos hijos, Carlos Eduardo el pretendiente, «y Enrique Benito, cardenal de York. El príncipe «Eduardo tenía cualidades de héroe, pero no vivía en «el siglo de los Ricardos *Corazon de Leon*, siglo ro- «mancesco en que un solo caballero conquistaba un «reino. El pretendiente abordó á las costas de Escocia «en agosto de 1745; un giron de tafetan que había «traído de Francia, le sirvió de bandera; y reuniendo «bajo de ella á diez mil montañeses, se apoderó de «Edimburgo, dejó tendidos á cuatro mil ingleses en «Preston, y avanzó hasta catorce leguas de Londres. «Si hubiera tomado la resolución de marchar sobre

esta capital, no es posible calcular los resultados.

Obligado á ejecutar un movimiento retrógrado á la «vista del duque de Cumberland, el pretendiente ganó «sin embargo, la batalla de Falkirk, pero sufrió una «completa derrota en Culloden. Errante por los bos- «ques, cubierto de harapos, extenuado de fatiga y presa «del hambre, el rey de derecho de tres reinos vió re- «novadas en su persona las aventuras de su tío Car- «los II; pero no hubo restauración para él, y no legó «sino cadalsos á sus amigos.

Habiendo vuelto á Francia, fue desterrado de ella «por el tratado de Aix-la-Chapelle en 1748. Preso en el «teatro y conducido á Vincennes casi encadenado, re- «tiróse primero á Bouillon y luego á Roma: Luis XIV «no reinaba ya. El papa Gregorio el Grande enviaba en «calidad de misioneros á la isla de los Bretones los jó- «venes esclavos bretones bautizados: doce siglos des- «pues, la Gran-Bretaña enviaba á su vez á los sumos «pontífices, reyes bretones confesores de la fe.

El ilustre proscrito se unió á una princesa cuya «generosa fama ha continuado Alfieri. Eduardo expe- «rimentó la triste suerte reservada á los poderosos en «la adversidad: el abandono. Tenia en su favor su buen «derecho, pero el infortunio prescribe contra la legiti- «midad. Los nietos de Luis XV debían vagar por Eu- «ropa como el pretendiente inglés, y leer esta orden «en los postes clavados en los caminos de Alemania: «Se prohíbe á todos los mendigos, vagabundos y *emi- «grados*, detenerse aquí mas de veinte y cuatro horas.»

Eduardo no perdonó jamás al gobierno francés su «cobardía. Al fin de su vida se abandonó á la pasión «del vino, pasión innoble ciertamente, pero á beneficio «de la cual devolvía á lo menos á los hombres olvido «por olvido. Murió en Florencia el 31 de enero de 1788 «(¡siempre el mes de enero!), poco mas de un año an- «tes del principio de la revolución francesa. Su herma- «no, el cardenal de York, último vástago de los Es- «tuardos, falleció en la capital del mundo cristiano. «Los dos hermanos tienen un mausoleo comun: Roma «les debía en rigor un puesto en el polvo de sus des- «vanecidas grandezas.

Quando la casa de María de Escocia se hubo extin- «guido, el féretro del desterrado de 1688 ha sido hallado «en Francia casi en el momento en que lo era en «Inglaterra el ataud de la víctima de 1649. Si alguno «hubiese dicho á Luis XIV: «En menos de un siglo «habrán desaparecido tus restos mortales, y los del «príncipe tu régio huésped, será lo único que de tí «quedará en el palacio donde le diste acogida...» «¿qué hubiera pensado Luis el Grande?

Por la voluntad de Dios, las cenizas de un monarca «extranjero reclaman hoy en vano en medio de nos- «otros las cenizas de los reyes de la patria. La secular «abadía de Dagoberto ha guardado mal sus tesoros; «Jacobo II, al despertar en San German, solo ha visto «en San Dionisio á Luis XVI. La tumba del hijo de «Carlos I descuelga sobre las ruinas de la Francia: ¡triste «testigo de dos terribles revoluciones, extraordinaria «prueba de la contagiosa fatalidad que abrumó la raza «de los Estuardos!

FIN.

